

En la
Oscuridad
de la Noche

Alissa Brontë

En la
Oscuridad
de la Noche

Alissa Brontë



Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2017 María Teresa Valdearenas Ibáñez

© 2017 Harlequin Ibérica, una división de
HarperCollins Ibérica, S.A.

En la oscuridad de la noche, n.º 156 - mayo 2017

Todos los derechos están reservados incluidos
los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización
de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres,
caracteres, lugares, y situaciones son producto
de la imaginación del autor o son utilizados
ficticiamente, y cualquier parecido con personas,

vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-9756-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

A todas esas mujeres que renacen de sus cenizas. A mis hermanas Silvia y Laura, un claro ejemplo de ello. Os quiero.

Capítulo 1

«No, otra vez no... no voy a ser capaz de soportarlo de nuevo.» Lola maldecía entre dientes mientras aquel hombre la obligaba a seguirlo. Su padre era un mal nacido que la había vendido a ese degenerado que mantenía sus vicios ocultos bajo el uniforme. Él, que estaba en la cúspide del poder, era un gran hijo de perra. No entendía por qué su esposa, la dulce Catalina, permanecía a su lado, aunque supuso, no era capaz de plantarle cara. Igual que le sucedía a ella.

Nunca iba a borrar de su memoria el día que su padre la entregó para salvar su avejentado y alcoholizado culo de los calabozos, con la excusa de que trabajaría como dama de compañía de la esposa. Así leería y hablaría con la pobre mujer, que había perdido la vista y que, lentamente, iba perdiendo también la movilidad de los músculos.

«Una rara enfermedad», comentaban en el pueblo. Y ahí estaba, inocente y confiada, pensando que su padre por una vez en la vida había hecho lo correcto, lo mejor para ella, algo bueno y desinteresado por su hija. Hasta que sintió el pútrido aliento del capitán en su boca y su sudor sobre el vestido.

Habían pasado algunos días sin que la reclamara. Había estado más ocupado de la cuenta tratando de dar caza a la banda de forajidos liderados por el Caballero. Había rezado, a pesar de ser algo contrario a sus creencias, rogando para que le sucediera algo terrible y, a ser posible, perdiese la vida en ello. Pero esa noche había vuelto enfurecido por ser incapaces de dar con ellos a pesar de sus continuadas pesquisas; la gente del pueblo los protegía con celo.

Había escuchado algunas historias acerca de ellos y la verdad era que no le parecían peligrosos, más bien hombres que se sublevaban contra animales como el capitán.

Lo odiaba con todas sus fuerzas y sabía que

esa noche iba a ser dura; pagaría sus frustraciones con ella. Siempre lo hacía. Le indicó que lo siguiera a su despacho, *su guarida*, en la que cometía esos actos despreciables contra ella.

Las piernas le temblaban, sentía que no iba a ser capaz de soportarlo de nuevo. Aún le quedaban algunos moratones en las piernas y en el cuello después de su anterior visita a su cuerpo. Saboreó la bilis que llenó su boca con ese sabor amargo, tanto como lo estaba siendo su vida.

No había sido feliz nunca. Era duro admitirlo, pero era la realidad. Se agarró a la barandilla de madera que adornaba la escalinata hasta la planta superior, cuando llamaron a la puerta. Era el día libre de Héctor, el mayordomo, por lo que él dirigió su voluminoso cuerpo hacia la puerta farfullando improperios acerca de quién sería a esas horas.

Abrió la puerta y varios guardias, sin esperar invitación, entraron ocupando el gran vestíbulo de la planta superior. Llevaban a un hombre

maniatado y flanqueado por dos de ellos a los lados y varios más a su espalda que esperaban la oportunidad de asestarle algún golpe si se atrevía a intentar escapar.

Lola permaneció a un lado rezando para que su amo tuviese algo mejor que hacer que yacer sobre ella para descargar su frustración y saciar sus bajos instintos. El preso levantó la cabeza y Lola pudo ver que sus ojos, grises al igual que una nube de tormenta, la miraban directamente, no a ella, sino dentro de ella, leyéndola como un mapa abierto. Sintió un escalofrío que recorrió su larga espina dorsal y la dejó anclada en el sitio; helada.

El preso no dejó de mirarla ni un solo instante. Ninguno se atrevió a pestañear para no romper el hechizo que los había hipnotizado, atrapándola en el turbulento mar que eran sus ojos. El capitán los miró sin entender qué sucedía.

—Lo hemos pescado mientras hacíamos la ronda. No hemos sido capaces de dar con el campamento, tampoco sabemos si estábamos lejos o cerca... No ha soltado prenda.

– ¿Acaso es mudo? –bramó con esa rabia animal que lo gobernaba.

–No lo sabemos, pero no ha dejado escapar el más leve sonido; ni siquiera cuando le hemos golpeado –confesó el guardia con satisfacción.

Lola observó el color púrpura que adornaba su mejilla advirtiéndole en ese momento que tenía el labio inferior inflamado y que un reguero de sangre, ya reseco, cubría la herida.

–Quiero verlo –exigió el capitán.

Uno de los guardias, ansioso, golpeó al joven en el estómago y este, a pesar de doblarse por el dolor, no dejó escapar nada más que el aliento.

Ella no podía creer lo que estaba viendo. Quizás sí que era mudo, pues no era posible que un hombre aguantase esa embestida brutal en el estómago sin soltar ni la más leve de las quejas.

–Otro –pidió curioso.

El joven guardia volvió a golpearle repetidas veces en el estómago y los riñones e incluso le hirió el rostro ya lastimado. Lola contempló, con horror, cómo un hilillo de sangre salía disparado y daba en la perfectamente planchada chaqueta

del monstruo, que miró la sangre con desprecio y se deshizo de ella en el acto.

—Tendré que quemarla, no sea que la sangre de este delincuente pordiosero me contagie de tisis, tuberculosis o algo peor.

Sus ojillos de cerdo brillaron de malicia, se divertía poniendo a prueba el aguante del bandido.

—Está bien, mañana le haremos hablar. Ahora llevadle abajo, a las celdas. Haced guardia, estoy cansado.

Lo dijo con tono divertido, tal vez su humor sería más agradable tras haber dado con uno de ellos. Ella volvió a mirar al joven y él le devolvió la mirada y asintió, como si descifrara lo que el cuerpo de Lola callaba pero su mente gritaba en silencio, una súplica ahogada del terror que inspiraba en ella.

Los guardias cogieron al hombre por los brazos y lo levantaron para llevarlo abajo. De camino a las celdas pasaron cerca de ella, que estaba cobijada en el hueco de la escalera que daba acceso a la planta inferior, donde además

de otras dependencias se encontraban los calabozos. Arropada por las brumas de las sombras, Lola le miró directamente a los ojos.

Había algo en su mirada que la calmó. Sabía que debía temerle, que pertenecía a los rudos y sanguinarios bandoleros, sin embargo un calor nuevo y extraño se abrió paso en sus entrañas. El hombre levantó de nuevo la vista hasta fijar de nuevo sus hermosos ojos en los de Lola. Por un instante, le pareció verle sonreír y su corazón latió por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Cuando los guardias desaparecieron, su dueño le indicó que volviese a seguirlo.

—Por favor —suplicó con la voz rota por el dolor—, no quiero hacerlo. No... no me obligue.

—Vamos, niña, sabes que te va a gustar. Sé buena y te haré disfrutar de lo lindo hasta que te corras y grites como la ramera que en el fondo eres.

Lola pudo oler en su aliento un fuerte aroma a *brandy* y continuó el camino hacia su celda particular, esa en la que él la torturaba cada vez que se le antojaba.

Cuando llegaron a su despacho, cerró la puerta y el pestillo, como siempre hacía. Una tenue luz iluminaba la estancia. La chimenea estaba apagada y las cortinas gruesas cerradas, por lo que la única claridad provenía de la triste lámpara colocada encima de la mesa. La estancia era lúgubre y fría; igual que su vida.

Los ojos empezaron a quemarle a causa de las lágrimas que se derramaban sin control por sus mejillas.

—Por favor, señor, no lo aguanto más... por favor —suplicó de rodillas.

—Vamos, vamos, pequeña... No llores así. Ven, levanta. Ya sabes que solo cojo un poco de ti y así salvas del calabozo al borracho de tu padre, que no sabe hacer otra cosa que beber, apostar y meterse en líos con la gente menos indicada. Al fin y al cabo es solo una manera de que pague por sus pecados.

El silencio que precedía a la muerte se apoderó de ellos. Lola sabía que no iba a poder librarse de él hasta que se cansara de ella o la matase y otra desdichada ocupara su lugar.

—Él está libre —continuó—, yo disfruto y te hago disfrutar. Todos contentos.

—Pero... Yo no quiero, por favor, no me gusta, me lastima —gimió desesperada.

— ¡He dicho que te calles, zorra desagradecida! —gritó mientras se desabrochaba el cinturón que sostenía sus pantalones.

Ella, apoyada contra la mesa, lo miraba asustada. Trataba en vano de infundirse ánimos repitiéndose una y otra vez que poseería su cuerpo pero nunca su alma ni su corazón, pero en esos momentos en los que el terror de lo que se avecinaba la dejaba atrapada e inmóvil, sus vanos intentos de consolarse no le daban ningún resultado.

De nuevo él volvería a introducirle su verga fláccida en el cuerpo, otra vez notaría sus sucias babas resbalándole por la cara hasta empapar el vestido y sus manos grasientas agarrarían y lastimarían la tierna piel de su cuello, presionándolo hasta dejarla sin aire, mientras alcanzaba su repugnante alivio.

— ¡No! —gritó de repente. No sería capaz de

soportarlo, no, no lo sería, su cuerpo no lo aguantaría una vez más.

Trató de empujarlo con fuerza cuando se acercó a ella con esa sonrisa de suficiencia que le dedicaba, pero no pudo moverlo. A pesar de su edad y de la embriaguez que le recorría la sangre, con su envergadura podía controlar el pequeño y menudo cuerpo de Lola.

—Eres tan suave, tan tierna —susurró con su repugnante aliento mientras trataba de levantarle las faldas.

—No... por favor —volvió a gemir—. No siga...

Él hizo caso omiso a sus súplicas y la empujó con fuerza contra la mesa. El brusco movimiento hizo que la pequeña lámpara temblara y cayese al suelo y todo quedó sumido en la misma oscuridad en la que ella se encontraba.

—No importa —sonrió junto a su boca—, así no veré tu cara llorosa mientras te follo.

Esas palabras le devolvieron a la mierda de vida que le había tocado vivir gracias al malnacido de su padre. La había vendido y ese

era su amo, el dueño de su vida. No podía pedir ayuda a nadie, pues ese hombre representaba la ley y cuando esta era la que trasgredía los límites, ¿a quién acudir?

Sintió, mientras lloraba en vano, los empujones y las manos en su cuello; supo que se acercaba su satisfacción. Ahí estaban las manos cerrándose alrededor de su pescuezo. Rezó por que terminase pronto... hasta la siguiente noche.

Los dedos callosos se enroscaban con demasiada fuerza. Trató de indicarle que le hacía daño, mucho, y que no era capaz de respirar, pero él siguió moviéndose convulsivamente mientras la apretaba más y más.

Iba a morir, la estaba asfixiando, sentía que sus pulmones se quedaban sin aire. Comenzó a sentir que se desvanecía y por un momento pensó que era lo mejor, dejarse llevar. Morir de esa manera no era lo que le habría gustado, pero al menos, si moría, no volvería a sufrir.

De repente, una voz enfadada, es más,

furiosa, le gritó: « *¡No, no le dejes vencer! ¡Lucha por tu vida! Cambia tu destino*».

Esa voz le dio una fuerza nueva, desconocida. Era incapaz de comprender de dónde nacía, pero ahí estaba, empujándola.

Dejó de golpear la mesa con las manos y buscó a su alrededor cualquier cosa que la ayudase a librarse del abrazo feroz de la bestia. Cogió algo pesado y duro, no sabía lo que era ni le importaba. Alzó la mano con las pocas fuerzas que le quedaban y le dio un golpe en la cabeza. Tras el ruido sordo, el peso de su cuerpo fofo y grasiento cayó sobre ella, que luchaba por llenar de nuevo sus pulmones de aire. Empujó el cuerpo que oprimía su pecho y este se deslizó, desmadejado, sobre el suelo de madera haciendo un ruido sordo y hueco.

Lola inspiró con fuerza y continuó tomando grandes bocanadas del preciado elemento para recuperar el aliento. Tosió y se convulsionó cuando el aire entró a raudales en su organismo. Quería detenerse, caer sobre sus rodillas y recuperar algo de fuerza, pero necesitaba seguir

adelante, alejarse de lo que acababa de hacer, huir y dejar tras de sí el lío en el que se acababa de meter.

No quería saber qué le había hecho, su mente le gritaba que se marchase de allí antes de que la detuvieran por... ¿asesinato?

– ¿Lo he matado? ¡Lo he matado! –sollozó.

No podía estar segura, pero no iba a detenerse para averiguarlo. Salió todo lo aprisa que sus pies temblorosos le permitieron y en su rápida huida a oscuras se topó con alguna parte del cuerpo yacente que le hizo caer al suelo.

Se puso de pie con rapidez y salió de la habitación sin demora, no tenía tiempo para mucho. Agradeció que en la casa esa noche solo estuviese la señora, que no podría levantarse aunque quisiera.

Corrió a su pequeño cuarto y metió en un petate lo poco que tenía: una pastilla de jabón con olor a lavanda, una pequeña medalla de su madre, lo único que conservaba de ella, y una vieja biblia de cuero marrón a la que se aferraba por las noches rezando para tener una vida

mejor.

Miró la biblia y decidió que era mejor dejarla. Acababa de perder la oportunidad de entrar en el cielo, después de lo que había hecho no era digna de tener un sitio allí.

Agarró la pequeña bolsa de terciopelo que contenía todos los ahorros de su vida, que eran escasos, y una pequeña navaja que usaba para cortarse el pelo. Minutos más tarde salía a toda prisa sin encender las luces para no llamar la atención. Tenía que escabullirse a oscuras para que nadie lo notase y tener tiempo de alejarse todo lo posible de aquel lugar.

Bajó las escaleras tan deprisa como pudo agarrándose a la baranda para no caer. Ya casi había descendido del todo, la puerta hacia la libertad estaba a solo un par de pasos de distancia, esperando ser abierta. Esperaba que no hubiese ningún guardia cerca, pues podría extrañarle que saliera de la casa a esas horas y sola; ellos eran conscientes de que nunca salía, al menos no sin su dueño.

La respiración se le aceleraba a cada paso

que daba, pero al menos podía respirar. Se llevó una de las manos a la garganta, dolorida por el fuerte agarre. Al menos no volvería a hacerle daño a nadie, nunca más, estaba muerto. Ya casi rozaba el pomo con los dedos cuando notó que sus pies volaban; ya no estaban apoyados en el suelo. Iba a gritar, más que nada por el desconcierto que estaba sufriendo, cuando una mano áspera acalló el grito y otra, con firmeza, abrazó su cintura.

—Chis, no grites —le susurró una voz suave al oído.

Lola comenzó a patalear; no podía gritar porque alertaría a los guardias y descubrirían lo que había hecho. Alzó la mirada y se encontró con aquellos ojos del color del mar en plena confusión que pertenecían al bandolero.

¿Cómo había escapado? ¿Qué hacía allí? ¿A dónde la llevaría? ¿Querría hacerla su rehén?

Las preguntas, para las que no iba a obtener respuesta, al menos inmediata, se agolparon en su mente confusa. El bandido abrió la puerta mientras ella no dejaba de agitarse.

– ¡Maldita sea, mujer! No luches más, solo quiero ayudarte.

Su voz sosegada la ayudó a relajarse, ¿de verdad pretendía ayudarla? De todas formas no podía pasarle ya nada más terrible de lo que había vivido los últimos meses, ¿no?

Asintió con la cabeza, esperando que él se percatase del movimiento y, al parecer, lo hizo porque de pronto se encontró cabeza abajo sobre sus hombros. Parecía un saco de patatas mal atado. Temió que sus pechos se salieran por la postura, pero la impresión de verse en esa posición la dejó sin palabras.

Al salir a la noche, el viento fresco alivió un poco el sudor que le cubría el cuerpo y que, hasta ese momento, no había notado. Oyó el suave ulular de una lechuza. Mal augurio. Las lechuzas ululaban cuando alguien iba a morir... o cuando alguien había muerto.

Pensó en el maldito hijo de perra que reposaba inerte sobre el suelo de su despacho. Al menos no habría lugar a dudas de en qué asuntos se encontraba cuando murió. Una

sacudida le hizo darse cuenta de que el forajido, a pesar de tener gran parte de su cuerpo dolorido por los golpes que le habían dado en su presencia, se movía con sigilo y sin aparente esfuerzo, aun cargando con ella.

Se adentró en el camino plagado de olivos que rodeaban las cercanías de la casa cuartel en la que residía el capitán y sintió cómo algunas ramas bajas arañaban las partes de su cuerpo que quedaban expuestas.

– ¡Demonios! –maldijo una voz profunda y aguda–. ¿Qué traes contigo, Ángel?

–Un pequeño regalo que he encontrado en la noche.

Lola quiso protestar, pero su mundo de nuevo se puso del revés. El hombre la dejó bocabajo sobre la montura de un enorme corcel. Las costillas le dolían por la presión pero pensó que era mejor mantener la boca cerrada.

El jinete se subió y espoleó a su caballo, que comenzó a cabalgar con ímpetu. Las protestas de la mujer eran vanas; ese hombre, fuese quien fuese, al parecer la estaba ayudando a escapar

y no iba a quejarse de que la fortuna por una vez le sonriera, aunque podía haberlo hecho de una forma más cómoda. No iba a recriminarle nada, pues estaba dándole la libertad.

Lola perdió la noción del tiempo. No sabía cuánto rato había pasado bocabajo, bamboleándose y con dolor en las costillas, pero cuando todo cesó se sintió aliviada. Se detuvieron en un claro de la espesa arboleda, junto a un riachuelo. El frescor que emanaba del río la refrescó. El hombre la bajó de la silla y la colocó en el suelo junto al agua, con cuidado, para variar.

—Bebe —dijo sin más.

Trató de llegar hasta el caudal de agua pero las piernas le fallaron. Las costillas le dolían por la cabalgada, la garganta por el agarre de la bestia y, debido a sus bruscos envites, sentía los muslos y el interior desgarrados. Sin poder contenerse, comenzó a vaciar todo lo que guardaba su cuerpo. Sabía que más tarde se avergonzaría, pero en esos momentos no era dueña de sus actos. Lo único que quería era

deshacerse de todo lo malo que había quedado dentro de ella.

El hombre se acercó y, aunque ella trató de alejarse, la agarró con fuerza de la cintura sirviéndole de apoyo mientras vomitaba.

El vestido estaba hecho un asco, lleno de barro y de los restos de su olor; nunca podría quitarle ese hedor de encima. Pero a él no parecía importarle lo más mínimo.

–Suéltame, por favor –suplicó entre sollozos.

–Nunca –dijo con suavidad.

Una nube oscura se apartó dejando paso a la gran bola plateada que era la luna aquella noche y que parecía dejar de ocultarlos ahora que estaban a salvo.

– ¡Qué demonios...! Ven –dijo al otro.

– ¿Pero qué es eso? ¿Quién se lo ha hecho?
¿Has sido tú?

–No creo, la he cogido por la cintura.

– ¿Entonces...?

–No lo sé, cuando se calme que nos lo explique.

–Será lo mejor.

Pasaron unos minutos antes de que pudiera tranquilizar los temblores que sacudían su cuerpo y de que las arcadas desaparecieran por completo.

— ¿Te encuentras más tranquila? —preguntó él otra vez con voz melosa.

Lola asintió mientras enjuagaba los restos de bilis que habían quedado en la cara y la boca.

—Está bien, te dejaré un poco de intimidad, pero, por favor, no huyas. No vamos a hacerte daño, confía en mí —musitó.

Y ella le creyó. No debía, tenía que huir de él, de su compañero, de todos los hombres, que solo habían traído sufrimiento a su vida, empezando por el que debía haberla cuidado como a su mayor tesoro: su padre.

Ambos se alejaron, aunque a una distancia prudencial. Podía escuchar el rumor de sus voces. No es que lo deseara, pero no pudo evitar oír algo de su conversación; a pesar de que trataban de no alzar la voz, no eran capaces de guardar silencio.

— ¿Y qué querías que hiciera con ella? No iba

a dejarla allí. Por la forma en la que se escabullía de la casa estaba claro que huía de ese hijo de perra. Y tú sabes de lo que es capaz.

–Sí, lo sé, pero aun así...

–Lo siento, no podía dejarla, cuando la miré a los ojos...

–Está bien, Ángel, ya hablaremos más tarde cuando realmente estemos a salvo y ella se haya repuesto.

–Sí, será lo mejor.

Cuando los hombres se aproximaron de nuevo, Lola ya estaba más calmada. El mal sabor de boca seguía ahí y estaba segura de que duraría una larga temporada. Pero ahora eso no le preocupaba, estaba tranquila, había conseguido escapar. No tenía ni idea de cuánto tiempo duraría su libertad, pero al menos, por el momento, la tenía en las manos y pensaba aferrarse a ella con todas sus fuerzas.

Cuando regresaron junto a ella, Ángel, su salvador, se acercó de forma tranquila y con las manos extendidas. Supuso que trataba de mostrarle que no llevaba nada con lo que

pudiera lastimarla.

– ¿Te encuentras mejor?

–Sí, un poco.

–Esas marcas... –preguntó señalándole el cuello.

–Una larga historia.

–Supongo. Soy Ángel.

–Lola.

–Todo un placer, Lola –murmuró, y llevó una de las manos de Lola hasta sus labios y la besó.

En el contacto ella notó la inflamación de su labio y recordó los golpes.

–Deberías curarte las heridas. No sé cómo pudiste hacerlo.

– ¿Hacer? ¿El qué? –inquirió confuso al no saber a qué se refería la hermosa mujer.

–No gritar. Nunca había visto nada así.

–Ah, eso. No fue nada. No saben dar un buen golpe –sonrió, al tiempo que le guiñaba uno de sus hermosos ojos grises.

–Nubes de tormenta.

–No, no son nubes de tormenta –comentó alzando la mirada al cielo oscuro.

—Tus ojos, son del color de las nubes que anuncian tormenta.

Ante la extraña observación, sonrió más y unas pequeñas arrugas adornaron sus ojos. A Lola le pareció muy atractivo a pesar de su nariz algo aguileña.

—Sí, supongo que sí. ¿Vamos? —le dijo tendiéndole la mano.

Lola la agarró con fuerza y esta la levantó del suelo para colocarla sobre el animal, delante de él. Ella se subió la falda para poder montar adecuadamente y colocó la tela sobrante entre sus piernas para ocultarlas de la mirada de los hombres.

—Pronto estarás a salvo —masculló él.

Lola no dijo nada. Trató desesperadamente de no sentir el pecho de aquel hombre en la espalda, pero cada vez que intentaba no pensar en ese calor, más consciente era de él. El suave trote del animal la sumió en su propio mundo, donde las imágenes se sucedían sin orden ni concierto: la sonrisa olvidada de su madre, aquel cuerpo sudoroso sobre el suyo propio, los golpes,

las manos amables de la esposa de la bestia mientras le contaba las historias que encerraban las páginas de los libros... ¿Y ahora?

Ya no podría regresar, nunca. Quizás incluso tuviese que abandonar Andalucía, irse lejos, probablemente embarcarse hacia el Nuevo Mundo, rumbo a las Américas, donde nadie la conociera ni juzgara. Una nueva oportunidad de comenzar de nuevo, sola.

Capítulo 2

No estaba segura de cuánto tiempo habían cabalgado en silencio. A su espalda iba el otro hombre del que aún no conocía el nombre. Ninguno decía nada, incluso el bosque parecía acallarse para escuchar su llanto. Sentía los ojos inflamados y le escocían de tanto llorar en silencio. Sabía que en esos momentos era una estampa digna de ver: con la cara hinchada y roja como un globo a punto de estallar, el vestido sucio y oliendo a vómito y, si todo eso no fuera suficiente, proscrita.

A lo lejos le pareció vislumbrar una tenue luz, quizás un fuego. Un ulular llamó de nuevo su atención, y más cuando Ángel ululó a su vez, en respuesta. En ese momento, se percató del movimiento.

Un hombre alto y fuerte bajaba de la copa de un alto pino con gran destreza. Sin duda vigilaba,

¿pero qué?, ¿o a quién?, ¿a los guardias civiles?

La respuesta apareció en el instante en que contempló lo que había frente a ella: el campamento de los temibles bandoleros. Se tensó al instante. Él lo notó y posó su mano sobre la cintura femenina para transmitirle seguridad.

—No te preocupes, te protegeré. Aquí estarás a salvo —le susurró al oído.

Lola se tensó más. No quería, pero no pudo evitar que su cuerpo reaccionase al sentir el cálido aliento en su cuello provocando una oleada de calor que le recorrió la espina dorsal. Su corazón volvió a latir. Dos veces en un mismo día y ambas las había provocado él. Sin duda era agradecimiento hacia el hombre que la había rescatado.

Conforme el caballo se acercaba al forajido advirtió que iba vestido con un traje oscuro y una camisa que desde lejos parecía sucia y llena de remiendos. Su cabeza estaba oculta bajo un pañuelo de color oscuro y en sus manos portaba una escopeta a modo de advertencia.

—Has podido liberarte, ¿eh? Lo sabía, hermano.

¿Hermanos? ¿Sería una forma de hablar entre bandoleros?

—Sí, Andrés, ha sido fácil, no valían mucho como rivales.

—Estaba seguro de que serías capaz de escapar de ese agujero. ¿Y este regalo? ¿Un premio de consolación?

—No, ella no es para ninguno. Que quede claro, está bajo mi protección. Ya sabes lo que eso significa.

— ¿Y ella ha aceptado?

Ángel no dijo nada, tan solo siguió hacia el campamento a paso lento y en silencio. Cuanto más cerca estaban del refugio, más curiosidad sentía Lola. ¿Cómo sería? ¿Un antro de perversión como había oído llamarlo alguna vez a los jóvenes guardias civiles? ¿Hombres deformados y heridos, prostitutas por doquier, bebida, juegos de cartas y bandidos despiadados matando inocentes?

Lo dudaba, en verdad no creía ni una de las

palabras que salían por la sucia boca del capitán Francisco. No, no era posible que fuesen así. La gente del pueblo no los protegería tan celosamente si lo fueran. Incluso don José, el cura del pueblo, los apoyaba.

Tras un saliente rocoso apareció el campamento. Desde luego parecía más tranquilo de lo que querían hacer creer. Había una gran hoguera con algunas cacerolas hirviendo; el olor a estofado era delicioso y lo inundaba todo. Algunos hombres estaban sentados frente al fuego y charlaban tranquilamente de forma amistosa. Otros se entretenían lustrando las armas o sus botas. También había un par de muchachos sin apenas barba que desollaban algunas liebres. Y al fondo una figura imponente: un hombre alto, fuerte y con un antifaz. Era él, el famoso Caballero, el bandolero más buscado por esos lares, al que habían dado por muerto, pero que había resurgido con nueva fuerza y le paraba los pies al capitán cada vez que tenía ocasión. Sus hazañas pasaban de boca en boca. Se decía que era capaz de paralizarte con una

de sus miradas abrasadoras que envolvían el cuerpo de las damas en una espesa niebla de pasión que las volvía locas.

Lola se puso nerviosa y cuando Ángel la ayudó a bajar del caballo para continuar a pie, trastabilló. Sus piernas no fueron capaces de sostenerla, la tensión acumulada durante todo el ajetreado día le pasó factura.

La figura imponente, que hablaba de forma seria con otro hombre que le igualaba físicamente, se giró hacia donde estaban.

La sonrisa inicial que se empezó a dibujar en su cara dio paso a un rictus serio. Sin duda no esperaba ver a una mujer extraña allí, entre sus hombres. El Caballero miró a su compañero de charla y ambos, sin decir nada, se dirigieron hacia ellos a grandes zancadas.

— ¿Quién es? — increpó—. ¿Por qué la has traído? Sabes que no es seguro traer a nadie aquí.

—Lo sé, Caballero, pero escúchame. Estaba en su casa. Aún no sé muy bien qué ha sucedido pero la pillé huyendo cuando yo lo hacía. No iba

a dejarla en manos de ese malnacido, ¿no?

—No, claro que no —suspiró—. Y dime, ¿cuál es tu nombre?

—Lola —contestó, y agradeció que su voz sonase normal.

— ¿Qué has hecho?

¿Qué contestar? Si mentía tal vez se enfadaran y si les decía lo que había hecho en realidad... tal vez no la protegieran y, entonces, ¿qué haría? Sin saber qué decir o qué hacer, se derrumbó en el suelo y comenzó a llorar de nuevo. Parecía que sus ojos se hubieran convertido de repente en dos fuentes que derramaban ríos de lágrimas.

—Está bien, Ángel, tráela a la cueva. Vamos a averiguar qué ha sucedido.

Ángel la cogió entre sus fuertes brazos y caminó con paso ágil. No era tan alto como los otros dos, pero sin duda no se quedaba atrás respecto a su fuerza. Una vez dentro, la sentaron en una silla. Ángel, al notar que no podía dejar de temblar, le colocó una manta por encima de los hombros y avivó el fuego del

hogar.

–Traed algo de comida –ordenó el Caballero.

Andrés asintió y salió de la cueva dejándola allí a solas con los tres.

–Ángel –rompió el silencio el líder–, ¿estás seguro?

–Respondo por ella.

– ¿Sabes lo que eso significa?

–Sí, lo sé.

–Entonces está bien. Cuando coma algo y se calme, que nos cuente su historia.

Andrés entró de nuevo en la cueva con un humeante plato en las manos. Era estofado, como ella ya había adivinado por el olor, y estaba delicioso, pero fue incapaz de comer mucho. El nudo que se le había formado en la garganta había bajado hasta llenar su estómago de desazón.

–Deberías tratar de comer –le susurró Ángel.

Lola le miró a los ojos, esos ojos grises que la miraban de una forma extraña, atravesándole el alma y reconfortando con manos invisibles su lastimado corazón, tan herido que no podía dejar

de preguntarse si alguna vez volvería a latir a su ritmo normal. Al menos le quedaba una pequeña esperanza, pues ese hombre que la había ayudado a escapar había logrado que latiese dos veces en el mismo día. Era un comienzo.

—Sí, debería comer, pero no soy capaz. No puedo, aunque está delicioso.

—Sí, lo está. El Liebre, otra cosa no, pero tiene buena mano para la cocina, no tanto con la puntería, por eso no ponemos nuestra vida en sus manos, pero sí nuestros estómagos —volvió a guiñarle un ojo de forma natural y desinteresada y acompañó el gesto con una sonrisa que hizo que de nuevo su corazón latiese; un sonido leve, pero ahí estaba—. No digas nada, es un secreto.

Lola le devolvió la sonrisa, era algo natural, no podía evitarlo, él le contagiaba esa manera tan espontánea de hacer las cosas. Al momento dirigió de nuevo la mirada al cuenco de estofado, no podía permitirse soñar ni que sus ojos la hechizaran de nuevo.

— ¿Te encuentras mejor, Lola?

Asintió, no valía la pena seguir postergando la

condena, ellos la echarían de su lado, no necesitaban más problemas que los suyos propios, así que se iría. Acabaría lo antes posible con esa agonía que la estrangulaba, necesitaba poder volver a respirar.

–Sí, me encuentro más calmada –contestó.

–Entonces, Lola, cuéntanos qué ha sucedido y por qué huías de la casa del capitán Carvajal.

–Bueno, yo... –comenzó a retorcerse las manos nerviosa–. Yo...

No sabía cómo continuar, ¿tenía que desvelarles todos los detalles? No, en realidad no era necesario, ¿o sí? Sintió sus manos estremecerse de calor y al alzar la mirada vio a Ángel acunándolas entre las suyas para infundirle valor. Su mirada le inspiró confianza y seguridad, algo que por desgracia no era frecuente en su vida.

–Yo... Yo... Creo que lo maté –dijo de repente.

Así, sin más. Lo dejó caer. No podía creer lo que había dicho en voz alta. Miró hacia arriba y vio los rostros petrificados de sus

acompañantes. El Caballero parecía no creer lo que escuchaba. El otro del que todavía no conocía el nombre agachó la mirada y cabeceó. Andrés se había quedado con la boca abierta y Ángel... Él... ¿sonreía? Lola no podía asegurarlo, fue solo un instante, pero la verdad es que le había parecido ver que movía las comisuras de los labios para formar una leve sonrisa.

– ¿Estás segura, chiquilla? –preguntó de nuevo el Caballero.

– Bueno, segura... no, no me quedé allí para comprobarlo.

– ¿Nos puedes decir qué pasó exactamente? –inquirió el hombre cuyo nombre no conocía.

– ¿Vais a delatarme?, ¿a entregarme a los guardias civiles?

Todos, a la vez, empezaron a reír. La verdad era que Lola no le encontraba la gracia por ningún lado, pero allí estaban todos riéndose a carcajada limpia. Sus hombros se sacudían convulsionando sus fuertes cuerpos y Ángel, a su lado, la miraba con una clara sonrisa en la

boca y los ojos chispeantes de... ¿orgullo?

Era una situación de lo más extraña, no entendía qué les sucedía y eso la enfadó. ¿Acaso pensaban que les mentía? La estaban ofendiendo y se sintió dolida. No la protegerían después de todo o, tal vez, habían pensado en acabar con ella ellos mismos.

¡Pues claro! ¡Qué ingenua había sido! Ellos iban a sacar partido de ella de una forma u otra. Un ramalazo de furia se adueñó de su frágil cuerpo haciéndole sacar fuerzas de donde no las tenía. Se puso en pie y les hizo frente a todos.

Ángel la miraba confundido, sin duda no entendía su reacción.

– ¿Os reís de mí porque vais a venderme, violarme o algo peor? ¡No os preocupéis, no podéis hacerme nada que no haya sufrido antes!

La risa cesó tan de golpe como había comenzado. Lola no podía creer lo que había dicho en voz alta... ¿Acaso esa voz le pertenecía? No era débil ni indecisa, había sonado fuerte, decidida. Su boca iba por libre y siguió hablando:

–Podéis intentar lo que queráis, pero no os lo pondré fácil, igual que no se lo puse fácil al animal de mi amo.

El silencio se hizo sepulcral. Ángel avanzó hacia ella, despacio, con las manos a la vista para mostrarle que no iba a hierla.

–No voy... no vamos a lastimarte, Lola. Cree en nosotros. ¿Qué demonios te ha hecho ese malnacido?

Agachó la mirada para ocultar las lágrimas que de nuevo rebosaban sus ojos. No deseaba contarle a ese grupo de extraños las aberraciones a las que él la había sometido, no quería recordarlas siquiera, aunque estuviesen dentro de ella y la fueran a perseguir siempre.

–Nada que os interese –fue su respuesta.

–Sea lo que sea, ya pasó. Nadie volverá a lastimarte –murmuró Ángel mientras la acunaba contra su pecho.

–No, Ángel, no ha pasado ni pasará jamás, siempre me perseguirá, es una pesada carga que impide a mi corazón latir a un ritmo normal.

Él la miró de nuevo con sus hermosos ojos

grises, unos ojos que le hacían querer que todo fuese diferente, ser tan solo una chica más que se enamoraba de uno de sus vecinos, ser felices a pesar de las necesidades y algún día tener hijos, cosa que ahora no estaba segura de poder hacer, después de los sufrimientos que había padecido.

El jefe se acercó a ella. A pesar del antifaz que le cubría la cara, pudo notar que era un hombre apuesto. Debía rondar la treintena. Era alto y fuerte y tenía una espesa cabellera oscura.

—Lola —dijo en voz baja—, nadie va a entregarte a ellos. Por eso nos reíamos, nunca haríamos algo así, nosotros te protegeremos. Sabemos lo hijo de perra que puede llegar a ser el capitán.

Lola lo miró extrañada.

—Hay algo que se escapa de mi comprensión: ellos son los buenos, vosotros los desalmados, ¿cómo puede estar todo del revés? Ellos me hieren, vosotros me brindáis protección... Es una locura.

—Lola, quiero saber exactamente qué sucedió para poder estar prevenidos.

Asintió, de todas formas no tenía nada más que perder y sí algo que ganar.

—Está bien, yo tenía que acompañar a mi amo a su guarida.

— ¿Guarida? —preguntó Andrés interesado.

—Sí, es en realidad su biblioteca, pero lo llamo guarida. Allí solo entra él y, a veces, me obliga a estar allí.

—Entiendo —dijo el Caballero—. Continúa, por favor.

—En ese momento llamaron a la puerta. Él la abrió porque esa noche Héctor, el mayordomo, descansaba, por lo que estábamos en casa solos. Cuando la puerta se abrió aparecieron algunos jóvenes agentes con Ángel —explicó señalándolo—. Lo traían maniatado. Lo golpearon, pero no dijo nada, no profirió ni un solo sonido, ni el más leve quejido salió de su boca —Lola comprobó que los hombres la miraban atentos animándola a continuar.

— ¿Eso que veo en tu cara es una sonrisa,

Ángel? –preguntó el hombre cuyo nombre aún no conocía interrumpiéndola.

–Nunca sonríó, lo sabes –dijo con sequedad.

– ¿Y entonces? –preguntó el Caballero para que Lola prosiguiera.

–Entonces lo mandó al calabozo y a mí me obligó a seguirlo de nuevo. Yo no quería, no lo deseaba, peleé, traté de detenerlo... –los sollozos la sacudían, las imágenes acudían a su mente para torturarla de nuevo, para obligarla a no olvidar–. Traté de resistirme, pero era tan pesado... Me hacía tanto daño... –en un gesto inconsciente se llevó las manos a su delicado cuello. Los demás percibieron las marcas moradas y amarillas junto con las nuevas, rojizas.

Álvaro, el Caballero, agachó la cabeza. No era posible. ¿Cómo podía alguien que debía hacer respetar la ley ser tan cruel? No deseaba saber por qué cosas terribles habría pasado aquella joven, porque no era más que una niña que le recordó a su propia esposa, María. La rabia lo consumía, no podía dejar de pensar que

tal vez ese habría sido el destino de su amada esposa, tal vez su hermano la habría herido de esa forma también, de no haber acabado las cosas como acabaron.

Los recuerdos lo atravesaron como una flecha afilada. Sin esperarlo, estaba de nuevo en aquel claro del bosque, enfrentándose a su hermano.

María ya estaba a salvo, él se había encargado de ello. La rabia lo consumía, ¿cómo era posible que su hermano fuese tan vil? El fuego crepitaba y las lechuzas ululaban anunciando el final de uno de los dos, porque estaba claro que uno de los dos iba a morir esa noche y Álvaro no tenía la intención de dejar a María a merced de ese salvaje.

Todavía recordaba el golpe que le propinó en el rostro a su esposa y cómo esta le plantó cara; era lo que más le gustaba de ella.

—Así que... Has logrado dar con nosotros... ¿Y qué piensas hacer,

mequetrefe?

–Voy a matarte.

– ¿Matarme? No lo creo, no eres lo suficiente hombre para hacerlo. Ni siquiera te son leales.

–Sí, es cierto, el Gato me ha traicionado y, la verdad, me gustaría saber por qué.

–Es fácil, por dinero. Siempre es por dinero, todo tiene un precio.

–Germán, te daré una oportunidad de redimirte, solo una, aprovéchala.

– ¡Nunca voy a rebajarme! ¡Y esa puta de la que te has enamorado va a ser la mujer más desdichada del mundo! ¡Voy a torturarla hasta que se le bajen esos aires y cuando lo consiga, la torturaré más! –gritó fuera de sí.

A continuación todo sucedió demasiado deprisa. Su hermano se abalanzó hacia él. El Tuerto trató de atacarle también, pero, antes de que pudiese alcanzarlo, un disparo certero lo detuvo.

Germán aprovechó su distracción para tratar de clavarle el puñal que llevaba, pero

Álvaro fue más rápido y lo apuñaló primero.

Germán cayó fulminado sobre él. Lo empujó con manos temblorosas, todo había terminado y María iba a estar, por fin, a salvo. Todavía tenía la mandíbula apretada a causa de las amenazas que había vertido sobre María y tuvo que obligarse a calmarse.

Cuando logró recuperar el resuello y se puso en pie, vio quién había sido el artífice del disparo: Alejandro.

– ¿Estáis todos bien?

– Sí, señor –contestaron varias voces a la vez.

– Álvaro de la Vega, el famoso Caballero.

– Pero eso ya lo sabías, ¿verdad, Alejandro?

– Sí, lo sabía.

– ¿Vas a delatarme?

– No hay nada que ocultar, ha sido en defensa propia, su hombre le ha salvado de morir a manos de su propio hermano.

– ¿Es eso lo que ha sucedido?

– Sí, eso es lo que ha sucedido aquí, señor.

¿Todos de acuerdo?

—Yo... no podía respirar —escuchó la voz de Lola que lo devolvió al presente—. Traté de hacérselo entender, pero no pude. No podía hacer nada para evitarlo, así que me abandoné, era mejor morir que permanecer a su lado. Acabaría con mi vida, pero también con las vejaciones, los golpes, los abusos... Y cuando estaba sintiendo que el alma abandonaba mi cuerpo, una fuerza extraña se apoderó de mí y no fui capaz de controlarla. Cogí algo de la mesa, aunque no sé qué era, y le golpeé en la cabeza. Entonces se desplomó de repente, sobre mí, inerte. Me lo quité de encima como pude, corrí a mi dormitorio para coger mis escasas pertenencias y me marché de la casa a toda prisa sin intención de mirar atrás. En ese momento me topé con Ángel o, mejor dicho, él se encontró conmigo y me cogió.

—Está bien, Lola, sé que ha sido duro para ti. Por hoy descansa y no te preocupes de nada. Aquí estarás a salvo, nadie va a tocarte y ten

por seguro que no te vamos a entregar a esa panda de malnacidos.

– ¿Aunque lo haya matado?

–No, ni aunque hayas acabado con su vida.

Lola lo miró agradecida y de repente confió en él, en todos.

–Has confiado en nosotros, ahora tu destino está en nuestras manos, ¿comprendes eso?

–Sí, si lo desearais podríais entregarme y acabaría en la horca.

–Ahora voy a depositar en ti un secreto, así estaremos el uno en las manos del otro –dijo con suavidad, y para mayor muestra de confianza el Caballero se deshizo de su antifaz y dejó su rostro expuesto—. Eres una de los nuestros, ya no tengo que esconderme de ti.

Lola agradeció la confianza que depositaba en ella y dejó de temblar al tiempo que Ángel aparecía de nuevo a su lado. ¡Qué gran nombre para un hombre como él! Había sido su ángel salvador y ahora era su ángel guardián.

Capítulo 3

Ángel la acompañó hasta el río para que se refrescase mientras Andrés le preparaba el catre. Iba a dormir en la cueva para tener privacidad. Los demás iban a repartirse la guardia de esa noche.

Álvaro había decidido que a la mañana siguiente irían al pueblo para saber qué había sucedido de verdad, si ese cabrón estaba muerto sería la comidilla del pueblo. No entendía cómo podía abusar de su poder de esa forma: cobraba cuotas a los mercaderes por su protección, abusaba de las mujeres, utilizaba a todos los habitantes como si fuese su dueño... Alejandro no soportaba estar bajo el mando de un hombre sin honor y ellos serían bandidos, pero eran honorables.

Ángel la dejó unos minutos para que tuviese intimidad y se acercó a la luz de la candela. Sus

compañeros lo miraban en silencio.

—Si lo ha matado, nos ha ahorrado trabajo — masculló pronunciando lo que todos pensaban.

Sus compañeros no hablaron, pero asintieron conformes. A esas horas todo estaba tranquilo. Algunos entonaban suaves canciones con sus guitarras y la hoguera crepitaba con susurros provocados por los rescoldos que quedaban. Otros jugaban a las cartas sin prestar atención a nada más, relajados.

Lola se quitó la suciedad con el agua del río. Estaba helada, pero no le importaba. Por primera vez sentía una gran paz que le llenaba el pecho, parecía que al fin había encontrado un sitio donde no le harían daño.

No pudo evitar recordar el paseo junto a Ángel, ese hombre extraño que la trataba con una delicadeza que parecía no poseer, pues era rudo, fuerte y... encantador. Deseaba no sentir esa comezón en el estómago cada vez que sus ojos grises la miraban de esa forma que parecía traspasarla y empaparse de sus secretos; pero ahí estaba, no podía ignorarla. Aunque no debía,

no podía permitirse soñar pues sabía que nunca volvería a poder estar con un hombre sin entrar en pánico.

El camino hasta el río había sido tranquilo. Caminaron sobre el mullido manto que formaban las agujas de los pinos y que cubría el rocoso páramo. El olor a lavanda era agradable y limpio. La luz de la luna apenas era capaz de traspasar el espeso follaje para iluminar el sinuoso sendero.

Ángel no decía nada. Caminaban en silencio, una quietud rota tan solo por el sonido de los animales nocturnos y el de sus propias respiraciones acompasadas. De vez en cuando, sus manos se rozaban por casualidad y esos roces llenaban ese hueco vacío y solitario en el interior de Lola. ¡Era tan agradable sentir esa ruda piel sobre la suya!

—Lola —rompió el silencio—, ¿cómo acabaste con Carvajal?

—Es una larga historia —murmuró presa de la sorpresa.

—Tenemos tiempo —contestó.

—Sí, lo tenemos, supongo. Bueno... creo que no hay una manera suave de contar esto. Verás, mi padre me usó para saldar una deuda con mi amo.

—No tienes que llamarlo amo nunca más.

—Es la costumbre, espero que desaparezca con el tiempo.

—¿Te obligaba a llamarlo así?

—Le gustaba que lo llamara así.

Ángel se detuvo, lo que obligó a Lola a detenerse a su vez. Se quedó frente a ella mirándola de arriba abajo con una expresión que Lola no fue capaz de descifrar. Cuando pensó que no iba a aguantar más tanto silencio, él habló:

—¿Qué deuda?

—Mi padre bebe demasiado y apuesta aún más... Cometió varios robos para poder seguir apostando y el a... —se frenó antes de terminar la palabra—, y el capitán lo detuvo. Le propuso ser libre a cambio de que yo pasara a estar bajo su protección. Buscaba una joven que hiciera compañía a su maltrecha esposa, que la

entretuviese con largas charlas y le leyese historias.

—Ya veo. Y tu padre te entregó.

—Lo hizo.

—Pero Carvajal quería más.

—Siempre quería mas, parecía que nunca nada fuera suficiente. Aunque hay algo que nunca ha conseguido.

—Aquí es. Regresaré con los demás al campamento. Si me necesitas, grita.

Se alejó para que ella tuviera intimidad y la separación a ella le hizo sentir un frío sobrecogedor que se apoderó de su cuerpo. Cuando terminó de limpiarse, se sentó en la orilla dejando los pies sumergidos en el agua hasta los tobillos. Le dolían por la sensación heladora, era como si sus pies estuviesen siendo cortados por miles de cristales diminutos a la vez, pero tenía la necesidad apremiante de sentir algo que no fuese miedo y que le demostrara que todavía quedaba algo de vida en su interior.

Ángel pensó que ya había pasado el tiempo suficiente para que regresara y más aún.

Empezó a sentirse inquieto por la posibilidad de que le hubiese ocurrido algo, así que se levantó y comenzó a caminar a paso ligero, que pronto se convirtió en una carrera a toda velocidad hasta que la divisó sentada en la orilla del río iluminada por la luz de la luna.

Los pasos hicieron que ella volviera la mirada y se encontró con Ángel, que se acercaba.

—Lo siento, no quería asustarte, es que estaba preocupado.

—No, yo lo siento. Es solo que... necesitaba estar a solas.

—Sé lo duro que debe de ser, pero aquí estarás a salvo.

—Quiero que sepas que te estoy muy agradecida.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida.

«No, muchacha, tú me has salvado a mí», deseó decirle Ángel, pero guardó silencio. ¿Cómo explicarle que su valor y su arrojo le habían impresionado hasta tal punto que estaba pensando en quedarse con ella?

Se encogió de hombros y no dijo nada. Lola se levantó y regresaron al campamento, que estaba silencioso. Los hombres que no hacían guardia ya estaban dormidos y Lola sonrió ante la estampa. No entendía cómo era posible que roncasen sobre el duro suelo.

–Dormirás en la cueva –le indicó Ángel.

Al entrar observó que le habían preparado un catre con varias mantas y que sobre la mesa había un tazón con leche humeante y unos cuscurros de pan.

–Te he preparado leche y pan –dijo Andrés sonriendo.

–Gracias. Eres muy amable, Andrés.

Ángel se interpuso entre ellos, con los brazos cruzados sobre el pecho. Miraba a su compañero de manera hostil, algo incomprensible para ella. ¿Qué habría hecho para merecer esa mirada?

–Ya es suficiente –dijo con sequedad.

–Lo siento, no sabía que tú...

–Sí –le interrumpió.

–¿Estás seguro?

–Lo estoy.

–De acuerdo. Buenas noches.

Lola estaba perpleja. No había entendido nada de su conversación, pero estaba tan cansada y, de repente, tan hambrienta que no le apetecía pensar en ello. Se sentó y se tomó de buena gana el pan mojándolo en la leche caliente.

Ángel se quedó con ella, mirándola enfurruñado. Lola no entendía qué le podía pasar, pero no iba a asustarle con ese ceño fruncido, por desgracia se había enfrentado a ogros peores.

–¿Vas a dormir aquí? –le increpó al ver que no tenía intención de dejarla sola.

–No, estaré fuera, haciendo la ronda.

–Buenas noches entonces, Ángel.

–Descansa, Lola.

Sin más salió de la cueva dando grandes zancadas y dejando caer la tupida manta que hacía las veces de puerta. Más allá los hombres comenzaron a murmurar, supuso que de ella, pero el sueño ganó a la curiosidad y, enseguida,

se quedó dormida.

El jinete llegó sin aliento, al igual que su montura. Álvaro y María no estaban en el campamento, se habían retirado a su hogar a descansar. El embarazo pesaba ya demasiado y las camas del campamento no eran lo suficientemente cómodas para la espalda de María. Alejandro se había quedado para asegurar que todo iba bien. Se había echado a dormir un rato, pues su intención era, en cuanto amaneciera, personarse en su puesto de trabajo y de paso averiguar qué había ocurrido realmente con su capitán. Aunque fuese un cerdo cabrón que mereciese la muerte esperaba que ese peso no cayese sobre los hombros de la mujer.

Siempre abusaba de su poder. Pensó que con la muerte de Germán se calmaría, pero ahora era peor, no dejaba de hostigar al pueblo para que cada vez tuviese menos y él más: más riqueza y más poder.

Unas voces lo despertaron del letargo en el que se encontraba entre la realidad y el sueño.

Era Andrés, que lo buscaba desesperado.

—¿Qué sucede?

—Traen noticias.

Alejandro se incorporó como ayudado por un resorte y corrió hacia el fuego, donde Andrés le había indicado que le esperaba el jinete, sentado junto a la hoguera para sacudir el frío de su cuerpo y dispuesto a darles las noticias.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó al joven que le era tan familiar.

—Me envía don José. Se ha escapado.

—¿Se ha escapado? ¿Quién, muchacho?

—Su prometida.

—¡Qué demonios! —blasfemó.

—Su padre se ha personado en el cuartel para dar la voz de alarma.

—¡Qué demonios!

—Eso ya lo ha dicho.

—¿Qué quieres decir con que se ha escapado?

—Eso es lo que han oído. Al parecer el padre comentó que podría haberse ido porque no

deseaba contraer matrimonio con...

—¿Con...?

—Con el viejo barón, o sea usted.

—¿Viejo? ¡Ni siquiera me conoce!

—Tal vez sea esa la razón, viejo —rió entre dientes Andrés.

—Está bien, trataré de averiguar todo lo que pueda en el pueblo. Otra cosa, chico, ¿has oído algo sobre Carvajal?

—¡Oh, sí! Os va a encantar —sonrió demostrando lo joven que era—. Estaba en la taberna acabándome la jarra de tinto cuando entraron dos jóvenes guardias civiles como locos buscándola.

—¿Buscando a mi prometida? —preguntó, aunque tenía la certeza de saber que se refería a Lola.

—No, no a ella. Dicen que la amante del capitán lo ha atacado, le ha robado y se ha fugado. Al parecer le dio fuerte porque casi lo mata.

—Pero ¿sigue vivo? —preguntó Andrés con impaciencia.

—El doctor ha estado cosiéndole la herida y después se ha pasado por la taberna para tranquilizarnos —ante la observación todos sonrieron, ninguno le tenía simpatía a Carvajal—. Dijo que le dolerá la cabeza unos días, pero que se pondrá bien.

—¡Qué buena noticia! —soltó Andrés con ironía.

—Sí, eso mismo hemos pensado todos. Ninguno iba a decirlo en voz alta, pero todos sabemos que ese bastardo estaría mejor bajo tierra.

—Está bien, chico. Ten —le dijo ofreciéndole unos reales—. Gracias por la información.

El joven agradeció a Alejandro el gesto con una inclinación de cabeza y se marchó sobre su caballo con las mismas prisas con las que había llegado.

Todo de nuevo estaba en silencio, tan solo el crepitar de los troncos deshaciéndose con lentitud rompía la quietud.

—¿Alejandro...?

—Dime, Andrés.

–¿Quieres que vayamos a echar un vistazo y rastreemos la zona?

–Gracias, amigo, pero esto es asunto mío. ¿Dónde demonios se habrá metido esa chiquilla...?

–No lo sé, pero si él la encuentra antes...

–Lo sé, no respeta nada ni a nadie. Puede que cumpla con su trabajo o que simplemente haga con ella lo que le plazca y luego finja que la ha encontrado...

–No pienses lo peor, la encontraremos, aunque haya que levantar cada raíz de cada árbol de toda Andalucía.

Alejandro sonrió levemente, una sonrisa que no sentía pues no llegó a su mirada. Se perdió en los pensamientos que lo asaltaban y, decidido a no pensar en que podría estar muerta, hizo planes para el día que comenzaba a asomarse tímido entre las altas y escarpadas montañas.

Capítulo 4

Carmen estaba agotada. No sabía con exactitud cuántos días llevaba a la deriva perdida entre los frondosos bosques. Tan solo le servían como guía las escasas leyendas en las que se narraban las aventuras y desventuras del famoso bandolero apodado el Caballero por sus agradables modales.

Se murmuraba que había un campamento, toda una pequeña aldea, viviendo escondida en la espesura de la serranía. Nadie conocía con exactitud la ubicación de tal enclave y sin saber a dónde dirigirse dejaba que su yegua gris la guiara hacia un destino mejor, al menos uno diferente del que le hubiese esperado en el hogar del que provenía.

No había querido vestirse con sus lujosas ropas; eran demasiado incómodas por sus muchos volantes, demasiado estrechas por culpa

del maldito miriñaque y demasiado largas por la falda hecha tal y como dictaba la moda que tanto odiaba. Se había escabullido hasta los aposentos de sus criados y había tomado prestados, del mozo de cuadras que tenía una complexión igual de delgada que la suya, unos pantalones negros, muy flexibles y cómodos, unas botas altas de montar desgastadas y una camisa de tono gris. Una chaquetilla de hombre de color oscuro y recta hasta la cintura le ayudaba a ocultar sus pechos y se la había abrochado para disimular sus curvas femeninas. Había completado el atavío con un pañuelo alrededor del cuello que disimulaba sus pequeños senos y llevaba el pelo recogido y oculto bajo un pañuelo y un gran sombrero cordobés.

Había dejado que su delicada y clara piel se ensuciase y se había frotado las manos con hollín de la chimenea para disimular su piel lechosa e impoluta en la que no había rastro ni de una sola pequeña herida o dureza. Eran manos de dama, no de bandolero, lo que

pretendía parecer.

La ropa era muy confortable y, hasta ahora, le había servido de protección. Se había topado con varios carromatos que ni siquiera se habían tomado la molestia de dedicarle una triste mirada ni siquiera de reojo.

Todo lo contrario a si hubiera ido vestida con alguno de sus despampanantes vestidos y adornada con sus brillantes joyas. El primer encuentro fue el más terrorífico, no dejó ni un solo segundo de rezar para que no la reconocieran. Estaba segura de que su padre estaría removiendo cielo y tierra para encontrarla, pero ella deseaba alejarse de él, de su madre, su hermano y todo lo que la rodeaba.

Ninguno la había tenido en cuenta, ni siquiera su madre. Nadie la había escuchado. El único con posibilidades era su hermano, el primogénito varón que lo heredaría todo, ella tan solo era una moneda de cambio.

«Solterona» la había llamado su padre en tono despectivo y todo porque se había negado a casarse con ningún hombre al que no amara...

No era mucho pedir, ¿no? Pues al parecer sí lo era. Por eso, ante el ultimátum de su padre y los oídos sordos que hizo su madre ante sus súplicas, en las que no dejó de llorar, gritar y negarse, decidió darse a la fuga. Ni por un instante pensó en acceder a los deseos de su padre de casarse con un viejo noble que por lo menos le doblaba la edad.

—Solterona... —repitió entre dientes ofendida. Apenas tenía los veinte cumplidos y la habían llamado solterona.

Suspiró pesadamente, debía reconocer que de entre todas sus conocidas ella era la única de esa edad sin esposo y sin hijos, pero la costumbre tan anticuada de casarse a los catorce, los quince o los dieciséis como muy tarde era una locura. Al menos para ella.

Carmen no dejaba de darle vueltas al asunto del matrimonio. Había vivido épocas felices con sus padres. Más tarde cuando creció se dio cuenta de que la felicidad de sus progenitores residía en que cada uno hacía su propia vida.

Su padre se acostaba cada noche con una

mujer diferente, algunas veces incluso le duraban una temporada, unos cuantos meses hasta que se cansaba y volvía a empezar.

Su madre, por el contrario, mantenía una no tan secreta relación con el marido de una de sus supuestas mejores amigas.

Era algo incomprensible. Cuando lo descubrió, se sintió horrorizada. Pensó que iba a sufrir una dolorosa muerte ocasionada por la vergüenza que sintió al ver a su madre con las piernas abiertas de par en par albergando dentro de sí al ilustre Juan Antonio Fernández barón de Arahal.

Todavía notaba el escozor en los pulmones por la ajetreada carrera que se dio hasta llegar a su habitación, en la que se encerró bajo llave con el deseo asfixiante de no salir de allí nunca más. Después su adorado hermano la visitó para abrirle los ojos al nuevo mundo del que formaría parte a partir de ese momento. Un mundo que él mismo había descubierto gracias a su padre hacía varios años ya, en un tugurio de mala muerte donde dejó perdida su virginidad y su inocencia. Su padre, mientras tanto, hacía lo

propio en la habitación de al lado. Así que, su idolatrado hermano David tan solo le había dado algunas palmadas en la espalda y le había dejado entrever que no tenía otra opción que la de casarse con el que su padre y, por ende, él mismo estimasen conveniente. Ellos sabían qué era lo mejor para ella, una mujer larguirucha, con la piel clara como la leche y los ojos de un color azul extraño, casi púrpura. No era lo suficientemente atractiva como para poder elegir al hombre que deseara.

Después de esa visita tan «alentadora» de su hermano, se hundió más en la tristeza. No le apetecía hacer nada de lo que antes encontraba entretenido o apasionante: ya no salía a montar a su yegua ni practicaba el tiro con arco, algo que se le daba bastante bien, ni disfrutaba de coser en el jardín sobre la hierba. Además había dejado de salir a correr libremente con sus perros por la gran extensión de terreno que poseían sus padres y en la que se sentía segura. Ahora, pensaba con tristeza, se ocultaba de todos y de todo. Sobre todo de él.

Alejandro Pérez era el hombre que habían elegido para ella y del que estaba huyendo. No sabía mucho sobre él, no le conocía en persona, pero era viejo, muy viejo. Veintiocho años, ocho más que ella... ¡Y a sus padres esa diferencia de edad les parecía normal! Pero a ella no. No había necesitado más aliciente, esa había sido la última gota que colmó el vaso, así que esa misma noche, a hurtadillas, había metido en un burdo hatillo todo lo que necesitaría para el largo viaje en busca de los bandidos.

Se uniría a ellos. No estaba segura de si aceptarían a mujeres, por eso se había arriesgado a pasar por un joven mozo de cuabras. Cualquier futuro incierto era mejor que el que le esperaba: pertenecer a un hombre viejo.

No tenía claro cuántos días habían pasado, pero calculaba que ya hacía más de una semana que cabalgaba sin descanso. Se había ido adentrando más y más en las profundidades austeras de los montes y todavía no había encontrado nada.

Era horrible, en realidad tenía enormes deseos de darse un buen baño para quitarse toda la suciedad, soltarse el largo pelo color miel que llevaba recogido y atado con cuerdas y horquillas y sentirse limpia. Quería volver a ver sus manos sin manchas, disfrutar de una buena comida y descansar en una cama suave y con olor a lavanda. Pero había sacrificado esas cosas a cambio de algo que merecía más la pena, algo que era mucho más importante: su libertad.

Alzó la mirada. La luna estaba alta en el cielo, las estrellas iluminaban con una tenue luz que se abría paso entre las frondosas ramas de los árboles del camino. No hacía frío, tan solo el aire fresco que quedaba tras el invierno y adornaba las noches en primavera. Respiró profundamente. El aroma a romero y tomillo lo inundaba todo, dando un toque alegre con sus pequeñas flores violetas, casi iguales al color de sus ojos.

El campo estaba repleto de hermosas y sonrosadas amapolas que parecían saludar

tímidamente a su paso con un bamboleo acompasado, pero la noche traía consigo otras cosas menos agradables: los aullidos de los lobos, el ulular de las lechuzas y, el peor de todos los males, la soledad.

Carmen no se decidía por un lugar en el que descansar, ningún sitio le parecía lo bastante bueno como para pasar la fría y solitaria noche. Cabalgaba al paso e iba cavilando qué hacer cuando algo a lo lejos llamó su atención. Fijó la mirada para tratar de descubrir qué era ese pequeño fulgor que discernía a través de la espesa vegetación y le pareció que era el fuego de una hoguera. ¿Tal vez los había encontrado al fin?

– ¿Qué quieres? –retumbó una voz profunda en la oscuridad a la vez que sonaba el martilleo de una escopeta.

Se asustó tanto que no supo qué decir. Respiró tratando de mantener la calma y pensar qué debía hacer. Si salía huyendo sin más, sin duda el extraño la dispararía y era más que probable que a pesar de la oscuridad acertase,

así que levantó las manos en señal de rendición y apretó sus cansados muslos contra el caballo para mantener mejor el equilibrio.

– ¿Acaso te han cortado la lengua? ¿O es que no entiendes mi idioma? –rugió furioso–. Te he hecho una pregunta: ¿qué quieres?

Carmen tragó de golpe toda la saliva que se le había acumulado en la boca, tomó aire y supo que si no contestaba ese hombre usaría su arma contra ella.

–No quiero nada –logró susurrar.

– ¿Por qué estás aquí? ¿Cómo nos has encontrado?

– ¿A quién? –inquirió confusa, pues no tenía ni idea de a lo que ese hombre se refería.

– ¿A quién qué?

– ¿A quién he encontrado?

El extraño no dijo más. Sin duda, estaba confundido por su respuesta.

–A nosotros. Nos has encontrado a nosotros. Sígueme –ordenó.

Carmen cabalgó tras él. No había podido verle los rasgos, pero desde atrás notaba que

aquel hombre era fuerte, alto, al menos dos cuartas más que ella, y que llevaba las ropas casi tan harapientas como las suyas con mucha clase. Iban vestidos casi iguales. Pantalón y chaquetilla negros, las botas de montar oscuras también, un pañuelo blanco al cuello y un pequeño sombrero ladeado a la izquierda.

Recordó su voz y sintió escalofríos, aunque no estaba muy segura de que fuesen a causa del miedo. Su manera de montar, de llevar el arma, las riendas del animal, su voz... Todo en él era oscuro y peligroso, pero a la vez le atrajo de una manera extraña. Después de unos cientos de metros, la pequeña luz se hizo más intensa revelando ante sus ojos un espectáculo de ensueño.

La hoguera relucía como el mismo sol y calentaba incluso más que este. Sobre ella, varias ollas y pucheros colgaban, seguramente, llenos de deliciosa comida. Alrededor había varias sillas ocupadas.

Dos hombres arrancaban jadeos apasionados a las cuerdas de sus guitarras, a las que tocaban

como si de sus amantes se tratase. La música era fascinante y lo envolvía todo a su alrededor. Tres jóvenes mujeres, más o menos de su edad, se contoneaban al son de la melodía. La pasión que despedían era abrumadora. Parecían amantes de la música: la tocaban, la besaban, le susurraban con sus movimientos, seduciéndola.

Había muchos hombres. Algunos estaban sentados contemplando embelesados a las mujeres, dando caladas a sus cigarrillos mal liados y llenándolo todo de un espeso y blanquecino humo. Otros charlaban animadamente y bebían vino de las botas elevándolas por encima de sus cabezas inclinadas y dejando que el líquido del color de la sangre se derramase por sus gaxnates.

Todo parecía estar en su justo lugar, todo menos ella. Cuando se percataron de que uno de los suyos había regresado acompañado, todo se detuvo al unísono, como la maquinaria bien engrasada de un reloj.

Las miradas se volvieron hacia ellos. Las mujeres sonreían con descaro al hombre que la

guiaba, no se molestaban en ocultar el deseo que este despertaba en ellas, desviando la pasión que antes regalaban a la música hacia su nuevo objetivo.

Carmen sospechó, por la reacción de las mujeres, que él debía de ser muy apuesto o, tal vez, como había dicho alguna vez su tata, era muy bueno dando placer a las damas. Incluso su prima Beatriz, que había viajado por toda Europa, le había comentado en alguna ocasión que en las cortes europeas había hombres que se ganaban el sustento a expensas de las damas que pagaban por los servicios que estos les prestaban. Al parecer, el acto del amor incluso sin amor era algo muy placentero. Muy a su pesar recordó la imagen de su madre jadeando con las piernas abiertas mientras aquel hombre embestía contra ella y su rostro adquirió el color de la candela.

Carmen no sabía qué hacer. Estaba claro que los había encontrado, eran ellos, los bandoleros de los que todo el mundo hablaba. Vio las escopetas, dispuestas y preparadas en caso de

necesidad, y también pudo notar que todos llevaban una navaja de grandes dimensiones escondida en alguna de sus botas. El corro de hombres se deshizo y una mirada oculta bajo un antifaz habló.

Le temblaron las piernas, ¡no podía creerlo! Allí frente a sus ojos estaba el famoso Caballero. Tuvo que reprimir el grito de alegría que se había formado en su pecho, pero era tanta la dicha que no pudo ocultar la sonrisa que se dibujó en sus labios.

– ¿Quién es? –preguntó cortando la noche.

–No lo sé, lo he encontrado merodeando cerca del campamento.

– ¿Quién eres? –inquirió el Caballero.

Carmen dudó, no sabía qué contestar. No había pensado en un nombre. Nunca pensó que los encontraría y sin embargo ahora estaba allí, frente a ellos, y al parecer su disfraz era lo suficientemente bueno, por lo menos en la oscuridad, pues le estaban preguntando por su nombre masculino.

–Carmelo –murmuró sin pensar.

—Carmelo —repitió el jefe—. Carmelo ¿qué más?

—Carmelo Ibáñez, para servirle, señor.

—Aquí nadie sirve a nadie.

—Lo siento —fue lo único que se le ocurrió pronunciar.

— ¿Qué buscas, muchacho?

—Refugio.

— ¿Qué has hecho?

— ¿Eso importa?

—Sí, importa.

— ¿No sois bandoleros? ¿O me equivoco en mi presunción?

—Sí, lo somos.

—Entonces, ¿qué importa lo que haya hecho?

—Importa. No admito a cualquiera en mi hogar.

—No he hecho nada malo. Nada. Tan solo huyo de mi destino.

— ¿Has matado a mujeres o niños?

—Nunca he lastimado a nadie. Jamás — confesó aturdida.

—Deja que se quede —ordenó una voz

femenina.

Carmen miró en derredor, pero no lograba ver a la dueña de aquella voz suave y a la vez autoritaria. El bandolero del antifaz asintió y los demás hombres dejaron de apuntarla con sus armas y se relajaron.

Cuando el corro de hombres se disolvió, apareció frente a Carmen la dueña de la voz. Era hermosa, alta, fuerte y de curvas pronunciadas. Tenía unos ojos verdes que incluso a esa distancia, y pese a la oscuridad, refulgían a la par que el fuego. Vestía ropas elegantes pero carentes de los adornos que dictaba la moda. Llevaba una blusa sencilla de mangas anchas y vaporosas con un escote redondeado que dejaba adivinar sus prominentes senos. La falda, lisa y larga, era de un color verde esmeralda parecido al de sus ojos. Su pelo suelto formaba una cascada rizada hasta sus hombros.

No titubeaba, se sentía a salvo entre esos hombres rudos y, entonces, Carmen se percató de la mirada de adoración que el Caballero le

prodigaba. Sin duda alguna, esa mujer era suya. Ella no se ocultaba y Carmen no podía dejar de preguntarse cuál sería la causa.

—Acércate —ordenó el bandido.

Carmen asintió sin rechistar y bajó más la mirada, pues temía que la mujer se percatase de que en realidad no era un muchacho. No sabía la causa pero aquella mujer parecía poder ver en su interior y adivinar sus secretos ocultos bajo la ropa masculina.

—Síguenos, por favor —añadió la mujer—. Montés, puedes dejar de encañonar al chico. Es joven, demasiado para andar solo y perdido, y estará asustado y hambriento. Trae algo de estofado de conejo y un poco de vino dulce.

¿Entonces el hombre que la había capturado se llamaba Montés? Debía ser un apodo. Asintió a las instrucciones de la dama y se alejó.

Carmen no podía verlo, pero supo el momento exacto en el que se había retirado de su lado, pues había notado una ráfaga de aire frío a su espalda que había sustituido a la corriente de aire cálido que momentos antes la había estado

rodeando.

Siguió a la pareja y se adentraron en la montaña a través de un agujero que había en la misma piedra. Un aroma fresco la envolvió y se sorprendió al descubrir, gracias a la luz de las teas dispuestas por toda la pared, que era una vivienda.

Había sillas, mantas, una cama grande y varios catres, e incluso una jofaina con la que asearse. La mujer se sentó y con un gesto de su larga y elegante mano, en la que lucía un precioso anillo con una piedra verde, le indicó que tomase asiento también.

—Amor, ¿podrías dejarme a solas con el joven? —pidió con dulzura.

—Pero, querida, no sabemos si...

Ella no le dejó terminar, miró con determinación al hombre y este agachó la cabeza y claudicó.

—Está bien —refunfuñó—, pero me quedaré en la entrada, por si acaso.

Antes de salir por la puerta, justo cuando pasaba al lado de Carmen, que estaba sentada

en una de las sillas con las manos entrecruzadas sobre el regazo, le susurró:

–Si le pones una mano encima, te mataré.

El hombre salió de la cueva y Carmen pensó avergonzada que había sentido tanto miedo ante esa afilada amenaza que casi se había orinado encima. No quería ni pensar en eso, tan solo debía mantener la calma, pues no iba a hacerle ningún daño a la dama... porque estaba segura de que era una dama. Conocía a las de su rango y porte, sus modales, sus gestos... Todo le indicaba que era una mujer de abolengo. Solo debía esperar a que esa misteriosa mujer, rodeada de bandoleros, le dijese lo que tuviese a bien decirle.

Capítulo 5

Alejandro no dejaba de maldecir entre dientes, ¿quién diablos era ese mequetrefe? Apenas era un hombre, ni siquiera tenía un poco de vello en el rostro. Era tan solo un niño pequeño e imberbe con demasiados pájaros en la cabeza. Pero no era eso lo que le molestaba, lo que más le fastidiaba era la extraña sensación que ese jovenzuelo provocaba en él. Notaba cómo su entrepierna reaccionaba ante la faz aniñada y sucia del chico.

Se maldecía por ello. Sabía que había otros hombres que preferían compañía masculina, pero ¡demonios!, él siempre, siempre, había preferido a las mujeres y nunca se había sentido atraído por ningún otro de su mismo género, tuviese la edad que tuviese, fuese atractivo o no.

Debía reconocer que el muchacho era guapo, casi demasiado para ser un hombre. Tenía un

aire femenino que, junto a su cuerpo delgado y sin músculos, tal vez confundía a su mente, que lo comparaba con una mujer.

—Demonios —murmuró de nuevo.

— ¿Qué te ocurre, Alejandro?

—Nada, señor.

—No tienes por qué hacerlo.

— ¿El qué?

—Hablarle de señor, ya lo sabes.

—Sí, lo sé, Álvaro. Lo sé.

— ¿Qué te ocurre?

—Todo. Y nada. Supongo. Tengo que tratar de encontrarla.

— ¿No ha aparecido todavía?

—No, aún no. Su padre tiene a todo el cuerpo de la Guardia Civil buscándola sin descanso y eso me asusta.

— ¿Crees que podrían adentrarse tanto en el bosque?

—Bueno, el muchacho zarrapastroso lo ha hecho y está claro que no tiene ni idea de cómo rastrear.

—Es tan solo un chico perdido, supongo. Solo

sé que se ha ganado el corazón de María sin hacer nada.

– ¿Por qué habrá huido? No lo entiendo, si ni siquiera nos habían presentado.

–Bueno, podría contarte una larga historia sobre huidas –dijo sonriendo al recordar a la que ahora era su mujer–, pero mejor lo dejamos para otra ocasión. Ten paciencia. Y borra nuestras huellas.

–Lo hago, Álvaro, pero no sé durante cuánto tiempo podré mantener a los míos lejos de aquí.

–Los tuyos somos nosotros.

–Sí, a veces es difícil recordar en qué lado me encuentro.

–Es lo peor de llevar una doble vida.

– ¿Cómo eres capaz de sobrellevarlo?

–Bueno, mi mujer lo sabe y vosotros también. Así que no miento a demasiada gente, lo que facilita bastante mi vida.

– ¡Es tan complicado!

–Lo sé, Alejandro, y más para ti que se supone que deberías estar buscándonos para encarcelarnos.

—Y lo habría hecho, lo sabes, pero cuando averigüé cómo actuabais en realidad no pude hacerlo, tan solo, no pude.

—Lo sé, amigo, lo sé.

El silencio entre ellos se vio interrumpido por el suave mecer de las ramas empujadas por el viento.

—No puedo hacer algo que creo que está mal ni castigar algo que creo que está bien.

—Es complicada nuestra vida. Siempre estamos bailando en la cuerda floja y no sabemos qué giro inesperado nos hará caer, ni hacia qué lugar será...

—Al menos la tienes a ella.

—Sí. Sin ella no sería yo. Lo es todo para mí.

—Me gustaría poder sentir por mi prometida algo tan intenso. Yo... deseaba intentarlo, pero no me ha dado ni siquiera la oportunidad.

—Bueno, amigo, las mujeres son muy complicadas, pero, Alejandro, las complicaciones tienen sus recompensas.

—Es fácil decirlo, María es única. Es una mujer por la que luchar hasta morir.

–Pero es mía, no lo olvides.

–Nunca lo haría, aprecio demasiado mi cuello
–contestó tocándose.

Los dos hombres rieron al unísono. Álvaro sabía que podía confiar plenamente en Alejandro, en él había encontrado al hermano que nunca tuvo.

–No desistas, amigo, hay una mujer por ahí para ti y seguro que la encuentras cuando menos lo esperes, en la oscuridad de la noche.

–La oscuridad de la noche me ha traído a un jovenzuelo afeminado –dijo enfadado y con voz seria.

–Es tan solo un chiquillo, no le guardes rencor.

–Sí, bueno, voy a llevarle la cena, no quiero enfadar a tu mujer, creo que tiene peor genio que tú.

Y riendo de nuevo, los hombres se alejaron de la hoguera. Alejandro entró de nuevo en la cueva y dejó sobre una pequeña mesa de madera, cerca del extraño joven, un plato con estofado, un trozo de pan algo duro y una jarra

con vino dulce.

Cuando entró, notó que la mujer de su amigo y el chiquillo estaban hablando en susurros, casi intercambiándose secretos, lo que lo aturdió más.

–Aquí dejo la comida –informó de mala gana.

–Gracias, Alejandro. Otra cosa más, ¿podrías luego acompañar al joven a asearse? Está muy sucio.

–Mejor no, gracias –dijo Carmen en un susurro.

Se acababa de quedar petrificada. No podía acompañarla a asearse, se daría cuenta de que era una mujer y, ahora mismo, no deseaba que nadie lo supiese.

–Estaré fuera con vuestro esposo –dijo mientras se marchaba de la cueva.

– ¿No deseas asearte? Estás muy sucio y algo me dice que la suciedad no forma parte de tu vida.

–Sí, sí que deseo asearme, pero es algo que me gustaría hacer en la intimidad. Prefiero que no me acompañe ningún otro hombre.

—No te harán daño, sea de lo que sea de lo que huyes, aquí estarás a salvo. Te cuidarán si tú cuidas de ellos y te serán leales si demuestras lealtad.

—Parece tan sencillo...

—Lo es, créeme. Y, ahora, dime: ¿por qué has huido?

—No deseaba casarme.

Ante la inesperada confesión, María se sintió de inmediato identificada pues, no hacía mucho tiempo, había vivido algo similar. Pero gracias a la aparición de los bandoleros en su vida ahora era una mujer felizmente casada con el hombre que amaba y juntos habían conseguido salvar los obstáculos que la vida les había puesto de por medio.

En realidad era la dueña y señora de toda esa tierra junto a su marido, Álvaro, el famoso bandolero al que conocían como el Caballero y al que habían enterrado para simular su muerte.

A pesar de todo, de las tierras, las propiedades, los vestidos maravillosos... donde en realidad se sentía más feliz era ahí, en el

pequeño poblado que habían construido para ayudar a los más necesitados y para que los otros componentes de la banda pudiesen mantener a sus familias a salvo.

Así que comprendía por qué querría huir de un matrimonio concertado, aunque no fuese normal que lo hiciera un hombre, y este en concreto parecía muy joven, ni siquiera se asomaba en su aniñada tez un leve rastro de vello masculino.

A la luz de las antorchas, María se fijó más en él. Se dio cuenta de que llevaba el cuello tapado con un pañuelo, a pesar de la cálida noche, el pelo oculto bajo el pañuelo y un sombrero que no se había quitado, ni por educación, delante de una dama. Advirtió que la chaqueta le quedaba demasiado ajustada en la zona del pecho y ancha en la cintura y que el pantalón... se pegaba a sus largas piernas y marcaba más de lo normal sus redondeados muslos. No parecía un chico; parecía una chica disfrazada de chico.

—Te contaré una historia, Carmelo —dijo—. Es una historia real, muy real. Hace no mucho

tiempo conocí a una joven testaruda e indómita que se reveló contra su padre. No deseaba desposarse con el hombre que este había elegido para ella como compañero, pues en su único encuentro él se había mostrado cruel y había golpeado a su doncella. Durante el viaje hasta el que sería su nuevo hogar, no dejó de llorar y lamentarse por lo desdichada que sería su vida y por lo corta que llegaría a ser si no se comportaba como una mujer debía de hacerlo, pues seguramente su futuro marido la golpearía hasta matarla. Pero durante su viaje tortuoso tuvo un incidente inesperado.

– ¿Un incidente?

–Sí, así es. Fue asaltada por bandoleros.

– ¿Y qué ocurrió?

–Que se enamoró.

–Es muy romántico. Ojalá me pasara a mí algo similar y no tuviese que casarme con ese viejo que mi padre me ha buscado como marido.

–Puede que te haya ocurrido –sonrió María, pues había conseguido lo que quería: sin darse cuenta Carmen acababa de delatarse–. Ahora

empezaremos de nuevo, ¿de acuerdo? ¿Cómo te llamas?

—Carmen —dijo con las lágrimas desbordándole los ojos.

—No llores, ven aquí —le pidió María.

Carmen se arrodilló al lado de María y apoyó el rostro en su regazo, donde lloró y lloró largo rato. Cuando se hubo calmado, alzó la mirada y contempló a María. Parecía una mujer agradable, fuerte y en la que poder confiar. Si deseaba que su plan surtiese efecto, debía apoyarse en alguien, ¿y quién mejor que otra mujer que había luchado para librarse de su oscuro destino?

—Me llamo Carmen, Carmen María Muñoz de Arias, futura baronesa de Zahara.

— ¡No me lo puedo creer! —exclamó María medio escandalizada y medio divertida.

—Sí, supongo que es raro de creer, pero es la verdad.

— ¿Y por qué no te gusta tu prometido?

—Bueno, la verdad es que no le conozco.

— ¿No le conoces? Entonces, ¿no le has visto

nunca?

—No, nunca. Ni siquiera recuerdo su nombre y si me lo dijo mi padre, que supongo que lo haría, no lo retuve en la memoria.

— ¿Cómo sabes que no te va a gustar?

—Pues... porque es un viejo.

— ¿Un viejo? —María estaba anonadada. Sabía a quién se refería, además hacía días que no se dejaba de hablar de otra cosa en el campamento, en la hacienda, en el pueblo...

—Sí, lo es. Tiene veintiocho años. Es un anciano.

— ¿Cuántos tienes tú?

—Acabo de cumplir los veinte hace unos días, por eso mi padre me obliga a casarme. Solterona me llamó...

María se rió con una estrepitosa carcajada.

— ¿Te llamó solterona?

—Sí, ¿te lo puedes creer? ¿Acaso todas debemos casarnos con quince años?

—Yo me casé con veintiuno, mi padre también me metía prisa.

— ¿Cuánto hace de eso?

—Unos meses.

—¿Tienes mi edad?

—Más o menos —sonrió.

—Pero pareces más madura.

—Supongo que la vida que llevo me hace parecer mayor.

— ¿Tenéis hijos?

—Estoy esperando —sonrió.

— ¡Eso es maravilloso!

—Sí, lo es, aunque las primeras semanas fueron horribles —recordó a la vez que se llevaba las manos al vientre—. ¿Sabes, Carmen? Te ayudaré. Guardaré tu secreto, pero me tienes que prometer que te pensarás lo de regresar a casa, enfrentarte a tu padre y darle una oportunidad a tu futuro esposo.

—No sé apenas nada de él, solo que ostenta algún cargo en la Guardia Civil.

—Sargento, ¿no?

—Podría ser, ¿cómo lo sabes?

—Es la comidilla de la comarca. Todos te buscan.

—Supongo que al no ser algo común, la noticia

se ha extendido como la pólvora.

—Sí, así es como se ha extendido.

— ¿Cuánto vais a tardar? —las interrumpió Álvaro con voz ansiosa.

—Ya hemos acabado. Come algo —le dijo María a Carmen—, y después iremos al río a asearnos.

—No pienses, ni por un instante, que voy a permitir que vayas al río con ningún otro hombre que no sea yo.

—Vamos, mi amor, el chico es tímido.

—Me da igual, esto no tiene discusión, María. Montés lo acompañará.

María miró a Carmen y notó que esta se quedaba de piedra, pero no podía hacer más que arriesgarse.

—Tú —la increpó el bandolero enmascarado—, en diez minutos te vas al río con Montés. Más vale que te des prisa en comer algo.

—Sí, señor —balbuceó con la voz estrangulada.

La dejaron a solas en la cueva. No dejaba de pensar en busca de una posible alternativa, alguna manera de escapar, ¿pero cómo? Estaba

encerrada en una casa cueva, en lo más profundo de la serranía, en un poblado repleto de bandoleros que, según narraban las historias, no dudaban en disparar si se sentían en peligro y, además, no sabría a dónde ir. Así que no cenó nada, tan solo esperó a que su verdugo la acompañase a asearse.

–Vamos, niño –la llamó Alejandro con voz afilada.

¿Por qué ese hombre al que no conocía mostraba rechazo hacia ella? Durante todo el camino no le habló, no la miró, no hizo otra cosa que bufar a sus espaldas como un toro a punto de embestir. Notaba cómo el escaso vello de su nuca se erizaba con cada uno de sus resoplos. Aún no había podido verle la cara pues, igual que el otro al que llamaban el Caballero, se ocultaba bajo un antifaz, ¿pero quién era ella para juzgarle si también se ocultaba?

Tal vez si le pedía que se volviese de espaldas sería suficiente para tener algo de intimidad y lo peor que podría pasar era que le viese el trasero. Todo se centraba en que no la viese de

frente. Pero además había otro problema más, ¿cómo iba a disimular su larga melena dorada?

Algunos bandoleros llevaban el pelo algo largo y recogido en una cola baja, a la altura de la nuca, pero no podía peinarse de esa forma porque la melena le llegaba más abajo de la espalda. Había tenido serios problemas para poder ocultarla bajo el pañuelo... No se lavaría el cabello esa noche, por más que le apeteciera, debería dejarse el odioso pañuelo incluso para dormir. En otro momento trataría de escapar a solas al río o pediría a María que la acompañase y vigilase a su espalda mientras se frotaba la suciedad que envolvía su hermoso y sedoso pelo... Tendría que hallar la oportunidad perfecta porque lavarse bien el cabello y dejar que luego el aire lo secase le llevaría al menos una hora si no más.

También se daba cuenta de que no podría permanecer mucho tiempo en ese sitio porque tarde o temprano se darían cuenta de que no era un hombre. Seguramente con la luz del día sus formas femeninas se harían más que evidentes.

Su única aliada era María, debía aferrarse a ella e intentar que la ayudara de una forma u otra.

—Aquí es —la interrumpió la voz de Montés.

Al escucharle se dio la vuelta, tímida, quedando justo frente a ese hombre grande y corpulento. La luz de la luna apenas lo iluminaba, pero incluso así pudo vislumbrar un rostro atractivo. Tenía unos profundos ojos castaños, tanto como lo era la noche que los rodeaba. Su nariz, recta en otro tiempo, ahora estaba algo torcida, sin duda a causa de algún golpe.

Recordó aquella vez en que el doctor de la familia le había colocado la nariz a uno de los hombres de su padre que había recibido la coza de un potrillo. La nariz que le había quedado se parecía a la de Montés. Observó otra marca en la frente y una pequeña cicatriz sobre el labio superior, un labio bien dibujado y algo más fino que el inferior, que era muy carnoso, apetecible, tanto como para darle un pequeño mordisco y probarlo... un poco.

Sus pómulos, marcados, encajaban en su

mandíbula cuadrada y apreció el hoyuelo que partía su barbilla en dos. Era alto, musculoso y muy serio, demasiado. No debía de tener muchos más años que ella, pero aun así parecía mayor, cansado, con una carga demasiado pesada a pesar de su amplia espalda. Perdida en sus pensamientos no había pronunciado palabra alguna, se había limitado a analizarlo.

– ¿Por qué me miras así, muchacho? – increpó ofendido.

–Lo siento, señor –contestó bajando la cabeza avergonzada, pues sabía que ese comportamiento no era propio de un chico–. Me preguntaba si no le importaría esperar aquí; soy algo tímido.

–Hablas sin fuerza, como una niña –replicó más malhumorado–. Ve a asearte, tampoco tengo ninguna intención de mirarte, si fueras una mujer... ¿Pero a un chiquillo imberbe? No, gracias.

–Muchas gracias –dijo Carmen mientras se retiraba a toda prisa hacia el río.

Alejandro estaba enfadado consigo mismo.

No había podido dejar de mirar embelesado al chico mientras este le miraba y esa sensación había vuelto a aparecer en su entrepierna. ¿Tal vez sus gustos estaban cambiando?

No pudo evitar observar al joven mientras se apuraba hacia el río. Su forma de moverse era tan sinuosa, tan femenina... Se quedó embobado mirando su trasero, tan atrayente que no pudo evitar imaginarse agarrando esas nalgas, redondas y prietas, que se pegaban tan bien al tejido del pantalón. Se relamió al pensar en su tacto suave, dulce y apretado.

– ¡Demonios! –exclamó irritado.

¿Cómo era posible que se sintiera atraído hacia ese chico? Era pequeño, menudo, estaba cubierto de suciedad... y aun así había algo que... ¡Nada! ¡Paparruchas! Lo que pasaba era que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer, demasiado. Y esa necesidad iba a hacerle estallar, incluso lo obligaba a fijarse en chicos.

Cabeceó y se dio la vuelta. Encima de pordiosero, era remilgado. Lo odiaba, ¡menudo

mamarracho! No quería que le mirase, ¿acaso quería mirarlo y por eso estaba enfadado? No, se negaba a creer que fuese por eso. ¡Maldita su estampa! Ya no sabía nada, incluso dudaba de su sexualidad, ¡esto era lo último! Sin poder resistir más se dio la vuelta para encontrarse con el perfecto y redondeado trasero del chico desnudo entrando en el agua. Su silueta era tentadora, la espalda menuda, sin músculos, la cintura estrecha, demasiado para ser de un hombre, los glúteos altos y prietos, los muslos tersos, llenos... No podía dejar de contemplarlo, fascinado, ni de excitarse. Tenía un serio problema: su entrepierna le apremiaba, le suplicaba que fuese hasta el río y poseyera ese trasero que lo volvía loco y le secaba la boca.

Tentado estuvo de hacerlo cuando el joven se agachó y dejó más expuesto su trasero, que parecía invitarle. Pero mantuvo la compostura, se dio media vuelta malhumorado y se obligó a no mirar más. Sentado de espaldas como estaba, no dejó de torturarse con la situación. No podía evitar imaginarse mordiendo ese magnífico culo,

masajeándolo y lamiéndolo. El problema era que pertenecía a un hombre. Y eso le hacía dudar.

Él, Alejandro Pérez, sargento de la Guardia Civil, Montés, bandolero encubierto e hijo del barón de Zahara... ¡Si su padre pudiese adivinar lo que estaba pensando en ese momento! No podía más. Debía poner distancia entre el jovenzuelo y él pues se notaba a punto de hacer una barbaridad.

Se levantó y se marchó sin decir nada más. Llegó al campamento con un humor de perros y se dirigió hacia la primera mujer que vio, una de esas que siempre merodeaban por el asentamiento buscando algo de atención. Esa noche la tendría. La agarró de la mano y se la llevó a su cueva.

El Caballero presenció la escena y se preguntó dónde estaría el muchacho. Se acercó hasta el río y lo vio vestido, esperando de pie en la orilla mientras el agua pasaba lentamente a su alrededor.

—Acompáñame —le increpó—. No sé qué le has hecho a Montés, pero mejor mantente

alejado, parece ser que no eres santo de su devoción.

—Sí, me doy cuenta, me ha dejado solo. No sabía cómo regresar, así que he preferido quedarme aquí y esperar a que alguien viniese a buscarme.

Alejandro no podía creerlo; la mujer tampoco. Se había levantado airada de la cama y le había dedicado una mirada reprobatoria como recompensa por su maltrecho servicio. No había podido, no había sido capaz. Solo podía ver en su mente ese trasero que lo había trastocado. Ni siquiera había podido hacerle el amor a esa atractiva hembra que tan dispuesta estaba para él.

Le había resultado imposible. Su miembro se había puesto rígido como un palo ante la visión del muchacho, sin embargo en compañía de la mujer, nada. Como muerto. Pequeño y flácido... ¡Odiaba a ese jovencuelo! La aversión era tan grande que sentía deseos de

estrangularlo... sí, de apretar su hermoso trasero entre sus rudas manos y poseerlo.

Se llevó las manos al rostro, derrotado. Definitivamente, algo se había estropeado en él. Mejor sería beber hasta olvidarse del asunto y después tratar de dormir a pierna suelta.

Capítulo 6

Cuando Alejandro se reunió en la hoguera con los demás, supo que la mujer ya había informado a sus amigas de que no había sido capaz de llevar a cabo el acto sexual. Había llegado tan decidido como un ciclón y se había quedado en una simple brisa, un poco de aire soplado por la boca de una niña, así de leve había sido.

Miró de nuevo al joven, que estaba al lado de María, la hermosa mujer para quien se había convertido en algo parecido a un hermano. Todavía recordaba cómo se conocieron, después de la muerte en extrañas circunstancias de su padre, el duque del Valle.

Había querido poner fin a las actuaciones que llevaba a cabo su hermanastro tras heredar el título nobiliario del duque, actividades que tenían el respaldo de su capitán, Francisco Carvajal, al

que Alejandro odiaba profundamente por los abusos de poder que llevaba a cabo con los culpables... y con los inocentes.

Cuando supo quién se escondía tras la máscara del Caballero y qué era lo que en realidad hacía, no pudo hacer otra cosa que unirse a esa causa tan noble y, ahora, era uno de ellos. Se protegían el uno al otro y en esa vida que llevaban, aparte de la que les había tocado vivir, eran felices, pues era la vida que habían elegido. Miró a los demás. Estaban presentes algunos de los primeros y muchos que habían llegado después.

Entendía por qué un hombre era capaz de acabar con la vida de alguien de su propia sangre por salvarla a ella, pues era única: fuerte, divertida, audaz, hermosa y, sobre todo, una mujer enamorada de su esposo. Todo lo que deseaba para sí.

Por unos momentos se distrajo pensando en su prometida, esa chiquilla que se había escapado y que nadie sabía dónde encontrar. Había estado muy preocupado pero, al pasar los

días y no encontrar ninguna pista de su paradero, su instinto le había llevado a la triste conclusión de que no la encontrarían con vida. Barajaba dos posibilidades: si se había ido por cuenta propia no creía que una señorita de su posición llegase muy lejos sola y si la habían hecho desaparecer... Así que después de las primeras cuarenta y ocho horas en las que la buscaron removiendo cielo y tierra sin descanso ni éxito, temía en su corazón que estuviera, con toda probabilidad, muerta.

Había puesto todas sus esperanzas en ese enlace forzado, pensando que tal vez el destino fuese amable con él y le regalase a una mujer parecida a María. Estaba harto de las remilgadas mujercitas que solo pensaban en qué vestido ponerse y en los dimes y diretes. Deseaba una mujer de espíritu fuerte, como él, una que lo aceptase como era y que le guardase su secreto.

Por más que lo intentó no pudo evitar fijarse en la cara, ya limpia, del joven. Sin la mugre resultaba todavía más atractivo. Sus labios

carnosos, sus pómulos altos, su nariz pequeña y respingona, y sobre todo el increíble color de sus ojos de un azul añil que llamaba la atención.

Nunca había conocido a nadie que tuviese ese color de ojos. Sus tupidas pestañas color miel le decían que su cabello era claro, y se preguntó por qué no se deshacía del pañuelo, ¿acaso no tenía pelo? Era joven para acusar la calvicie, pero con la naturaleza nunca se sabía. Había dejado de mirar a María, una mujer de verdad, para distraerse embelesado de nuevo con la delicadeza del muchacho, que parecía entenderse demasiado bien con la mujer de su amigo.

—Deja de beber, no has dejado nada de vino en la bota. Mañana te arrepentirás.

—Supongo... No me he dado cuenta.

— ¿Qué demonios te pasa, Alejandro? — murmuró el Caballero para que nadie más le oyese pronunciar su nombre de pila. La identidad de Alejandro era secreta salvo para María y para él mismo, era más seguro así. Había nuevos integrantes en la banda y él era un

miembro de las fuerzas del orden y la ley, así que no estaba de más tomar todas las precauciones posibles.

—Nada —contestó.

— ¿Nada? Estás muy raro desde que apareciste con el chico. ¿Ha pasado algo que deba saber?

—No, nada, es solo que tengo un mal día.

—No pienses más en ella, lo que haya de suceder, sucederá.

—Sí, supongo... ¿No te parece que se llevan demasiado bien?

—Si no fuese tan solo un crío, sentiría celos, pero supongo que María lo ve como a un hijo.

—Parece contenta.

—Al parecer le divierte tu captura.

—Es un incordio.

— ¿Qué te ha hecho para que le tengas tantos recelos?

—No me fío de él. No parece... un hombre.

—Sé a qué te refieres, es un poco afeminado, pero le daremos la oportunidad que se merece cualquiera que pide nuestra ayuda.

– Me voy a la cama.

–Será mejor que te vayas a dormir antes de que vacíes las despensas de vino.

Y, así, entre bromas se retiró a descansar.

Carmen no dejaba de preguntarse qué sería lo que le sucedería a Montés con ella. No parecía un mal hombre, de hecho solo se mostraba así de agrio con ella. No pudo dejar de mirarlo mientras hablaba con el bandolero del antifaz, el Caballero. Parecían estar relajados uno al lado del otro. Se notaba la confianza que existía entre los dos.

María no dejaba de contarle detalles sobre el campamento y trataba sin cesar de hacerle comprender que debía regresar a su hogar, mientras ella miraba sin parar a Montés. Parecía molesto, enfadado y algo afectado por la bebida. No podía evitar preguntarse qué sería lo que le pasaba a ese extraño y atrayente bandolero. Ella o mejor dicho Carmelo no le había hecho nada para molestarlo, aparte de haberse adentrado demasiado en el bosque y de haber llegado a su guarida casi por accidente, pero mostraba con

ella una actitud demasiado fría, como si la odiara.

Montés se levantó y se marchó sin decir nada. Desapareció por una de las pequeñas aberturas naturales que ofrecía la montaña y que habían sabido acondicionar como vivienda.

Cuando ya no estuvo al alcance de su vista, Carmen se quedó observando a las tres mujeres que, cuando llegó, bailaban al son de las guitarras, cuchicheaban y se reían entre dientes.

– ¿Quiénes son?

– Almas perdidas, como tú.

– ¿Son... ramera?

– No les prestes demasiada atención, muchos de los hombres son solteros y necesitan compañía de vez en cuando.

– Claro –musitó.

El Caballero se acercó a su mujer y Carmen observó su porte regio. Era alto, fuerte y estaba segura de que bajo el antifaz ocultaba un rostro atractivo.

Sintió algo de celos al ver la mirada que María le dedicaba a su esposo, una mirada

cargada de amor, de felicidad. De esa misma manera quería ella mirar a su marido si es que algún día conseguía tener uno. Eso deseaba sentir por el hombre con el que tuviese que pasar toda su vida, pero al parecer no iba a tener esa suerte.

Había conseguido escapar del hombre con el que su padre la había prometido y encontrar a los bandoleros, quienes incluso la habían admitido entre ellos, al menos de momento. ¿Y ahora? ¿Qué haría? Sabía que aunque María le guardase su secreto no podría permanecer mucho tiempo oculta, en cualquier momento la podían descubrir, ¿y entonces? ¿Qué sucedería? ¿La expulsarían? ¿La castigarían por mentir? ¿La dejarían en la calle sin nada? Las mujeres necesitaban a un hombre que las cuidase y gestionase su patrimonio, que les diese hijos hermosos a los que criar y a los que dedicar carantoñas cariñosas... No había pensado antes en nada de eso. Ahora, sin embargo, arropada por el calor de la hoguera que se marchitaba a esas horas de la noche, en las que el aire más

que fresco era frío, pensaba en que quizás, solo quizás, había hecho una tontería, una chiquillada inocente que le iba a costar muy caro.

—Puedes hacerlo, es de fiar, confía en mí — escuchó que le decía María a su esposo.

Al principio no entendió muy bien a qué se refería hasta que observó perpleja cómo, con dedos hábiles, le desataba el antifaz a su marido, dejando su rostro descubierto.

El hombre no protestó, tan solo besó con suavidad las manos de su esposa y Carmen corroboró lo que creía: era un hombre realmente apuesto.

—Bueno, Carmelo —dijo marcando la «o» del final—, te presento oficialmente a mi marido, el duque Álvaro del Valle, más conocido como el Caballero.

Él, con un gesto dramático, se inclinó exageradamente arrancando una sonrisa inesperada a más de uno del grupo.

Carmen observó cómo todos se iban retirando a sus respectivas cuevas. Los guitarristas dejaban los instrumentos apoyados contra las

sillas y el fuego agonizaba al compás de los profundos suspiros de los que ya dormitaban sobre el suelo, tapados con una gruesa manta.

Las mujeres se habían retirado discretamente, dos de ellas con el primero que les había ofrecido calor, y la última... En ella había algo diferente, un recelo parecido al suyo propio. Se alejó vigilante y pudo comprobar que otro de los hombres, uno al que no podía identificar, la siguió con disimulo.

Solo quedaban ellos tres y las miradas ardorosas de sus anfitriones comenzaron a incomodarla.

—Bueno, mi querida esposa, debemos regresar a la hacienda.

—Sí, es cierto. Aunque me apetecería pasar la noche aquí, hace una noche muy agradable.

Carmen miró con ojos suplicantes a María para transmitirle su miedo. Si ellos se iban, si María se iba... ¿qué iba a pasar con ella? ¿Permanecería allí, entre bandoleros que la creían un niño imberbe? No, no podía quedarse sola en ese lugar.

–Está bien, amor, dormiremos aquí.

–Gracias –dijo María sonriendo a Carmen y guiñándole un ojo cómplice.

–Carmelo, duerme en la cueva con Montés. Es en la única que no vas a molestar.

–¿Con Montés? –balbuceó.

–Sin protestas. Obedece –gruñó el Caballero con seriedad.

Carmen miró en busca de auxilio a su inesperada y reciente amiga, pero esta se encogió de hombros. No podía hacer nada. Sin discutir, se dirigió a la cueva que le serviría de alcoba, pero ni tan siquiera allí iba a poder gozar de un poco de paz e intimidad.

Entró con sigilo, procurando no tropezar con nada y adaptar sus ojos a la escasa luz. Se guiaría hasta elegir, para tumbarse, el rincón más alejado de Montés. Pero la oscuridad era tal que sin desearlo tropezó con una silla y la tiró al suelo con estrépito.

Un gemido agudo salió de su pecho, pues temía las represalias. Ese hombre la odiaba sin ningún motivo.

—No te preocupes, no estaba dormido.

—Lo siento mucho, no era mi intención.

—Aquí tienes sitio. Acuéstate ya. No sé por qué te han mandado a dormir aquí.

—Me lo han ordenado, tampoco es que yo quiera compartir la cama contigo.

Trató de no sonar molesta, aunque lo estaba. Lo último que quería era desatar la ira de alguno de ellos, pero la actitud de ese hombre la tenía hastiada. Si de algo estaba segura era de que no había hecho nada para que él la tratase tan mal y empezaba a aburrirle esa actitud que demostraba.

—¿No había otro sitio?

—Al parecer no. Los demás están ocupados...

—¿Ocupados?

—Con mujeres.

—Podías haber dormido con alguna —espetó.

—¿Yo? ¿Con una mujer? —gritó, y al momento se arrepintió, sin duda su comentario desafortunado y revelador le pasaría factura.

—¿Por qué no? ¿No te gustan las mujeres?

—Sí, claro que sí. De hecho, las adoro —

contestó rápidamente—, pero no me gustan esa clase de mujeres.

—Entiendo, ¿y cómo te gustan? No pareces tener mucha experiencia.

—La verdad, creo que eso es asunto mío y de las damas en cuestión.

Se dio la vuelta y cerró los ojos, no deseaba tener ese tipo de conversación con un desconocido y malhumorado hombre, por muy atractivo que fuese verlo en pantalones, con el torso, musculoso y bronceado, desnudo por completo.

Trató de concentrarse en acompañar de nuevo el sonido de su corazón. Temía que pudiese oír el fuerte repiqueteo que en esos momentos estaba haciendo el dichoso órgano.

—¿Por qué no te quitas la ropa? —murmuró en la oscuridad.

—Tengo frío —fue lo único que se le ocurrió contestar.

—Hay mantas.

—Prefiero mi ropa.

—¿Y el pañuelo?

–También tengo frío en la cabeza.

–¿No tienes pelo?

–¿Perdona?

–Que si eres calvo. No entiendo por qué no te deshaces de ese pañuelo.

–Me gusta. Y no, no soy calvo. Además, si lo fuera no sería algo que te importase. Buenas noches, Montés.

–Buenas noches, Carmelo.

Carmen cerró los ojos y rezó con todas sus fuerzas para dormirse pronto y dejar de pensar en el cuerpo desnudo de su compañero de habitación.

Alejandro no dejó de dar vueltas y más vueltas y, después, algunas más. No podía dejar de recordar el trasero desnudo del joven. Observaba en la oscuridad cómo su compañero, encogido como un bebé, hacía que los pantalones marcaran todavía más ese exuberante trasero. No dejaba de pensar en que si fuese una mujer ahora mismo la cogería con fuerza y la tendería junto a él en la cama para regalarle caricias en sitios que, seguro, no sabía

que tenía. Se tensó. Su virilidad clamaba inflamada por el deseo que ese extraño chico despertaba en él y maldijo en voz baja al recordar que no había podido satisfacer a la mujer que se había llevado a la cama.

Se levantó confuso y enfadado consigo mismo y así, casi sin ropa, se largó de la cueva, que de repente le parecía demasiado pequeña.

–Ángel –le llamó al verlo.

–Dime, Montés.

–¿Todo bien? –preguntó dirigiendo la vista hacia Lola.

–Las cosas están revueltas de nuevo. El capitán aprovecha los recursos de los que disponen para buscar a tu prometida para, de paso, encontrarla a ella.

–Aquí estará a salvo, la protegeremos.

–Lo sé, pero...

–¿Pero?

–Nada, sigo con la guardia –contestó, cuando en realidad lo que deseaba decir era que la protegería con su vida si fuera necesario, que ese animal no iba a tocarla nunca más y que

ella, ahora, era suya.

–Está bien.

Lola escuchó de lejos a los hombres y un sudor frío envolvió su cuerpo logrando hacerla tiritar. El capitán la estaba buscando de nuevo y nunca iba a dejar de buscarla, lo tuvo claro desde el momento en que osó desafiarlo, en ese momento en que decidió que ya era bastante. Y esa certeza le partía el alma.

Capítulo 7

El agua del río estaba endiabladamente fría, pero al parecer no lo suficiente como para enfriarlo a él. Se sumergió bajo el agua un par de veces más y después se quedó contemplando el hermoso cielo que le servía de iluminación.

Se llevó las manos a las firmes caderas y bajó la cabeza. Cerró los ojos mientras las gotas de agua resbalaban por su cuerpo escultural. No había podido ni por un mísero instante, ni tan siquiera un ridículo segundo, borrar de su mente la imagen del muchacho desnudo. Debía poner tierra de por medio. No era lo natural, la atracción entre dos hombres era algo... inusual, desconocido para él. ¡Pero maldita sea!, sentía una fuerte atracción por ese mocoso. Estaba seguro de que no sentía nada parecido por el resto de los hombres, era solo por él. De hecho, los había observado durante las largas horas de

la noche, a todos y cada uno de ellos, y no había sentido nada, excepto cuando lo miraba a él.

Tenía que ser su apariencia femenina y delicada. Y la visión de parte de su anatomía al desnudo... ¿Cómo podía un hombre tener unas nalgas tan apetecibles? Muchas mujeres matarían por tener unas de ese tamaño y con esa forma y, sin embargo, ese chiquillo barbilampiño y escuálido las tenía. Y él lo había visto. Sí, lo había visto en todo su esplendor y ahora le era imposible quitarse esa imagen de la cabeza. Solo podía pensar en acariciar, besar y pellizcar ese trasero.

Y, para colmo, Álvaro había mandado al joven a dormir con él. No pudo, se había tenido que ir. Había huido porque no soportaba más la tensión que le chirriaba en los oídos enloqueciéndolo. Iba a perder la razón y a terminar haciendo alguna locura. Necesitaba cabalgar, despejarse, y eso era lo que iba a hacer. Se marcharía del campamento durante unos días y buscaría a su futura esposa, que seguía desaparecida, y en cuanto la encontrase la reprendería con

severidad.

Carmen observó desde su escondite el magnífico cuerpo de Alejandro. Solo con su presencia la dejaba sin aliento, sin palabras y sin saliva en la boca. Era impresionante y su propio cuerpo reaccionaba ante tal visión. Dejó que el ensueño se apoderase de ella y pensó en lo agradable que sería que su futuro prometido fuese ese bandolero que, al igual que el Caballero, llevaba una doble vida. ¡Sería tan romántico!

Era algo más mayor que ella, pero no le importaba. Era tan atractivo y fuerte que la edad pasaba a ser algo secundario. Aunque no tenía claro por qué la odiaba, no podía dejar de sentirse atraída por él, como un potente imán. Parecía como si alguien hubiera sacado de su mente la viva imagen de su hombre ideal y la hubiera plasmado en él; salvo, claro está, por la poca cortesía con la que la trataba, bueno, con la que trataba a Carmelo.

Pero sabía que para él ella era solo un chico al que había pillado desprevenido husmeando y

poniendo en peligro a su familia. Así que después de todo sí que era perfecto, pues valoraba a los hombres a los que protegía con celo y él, estaba claro, era uno de ellos.

Parecía enfadado y a la vez abatido en medio del agua, con las manos apoyadas en las caderas y cabizbajo. Sintió un súbito deseo de acercarse hasta él y rodearlo con los brazos, dejar que el agua y la luz de la luna la empapasen también a ella, aunque era algo que tan solo ocurriría en su mente. No era posible siendo Carmelo.

De repente, Alejandro salió del agua y desapareció tragado por la oscuridad. Carmen se quedó sola en su escondite y sopesó las posibilidades. Le pareció que era un momento seguro y se deshizo del disfraz para zambullirse en las aguas frías del río, dejando que toda la suciedad acumulada en su cuerpo después de varios días fuese arrastrada por la corriente.

Alejandro se disponía a marcharse. No quería esperar más, pues necesitaba ir al pueblo y conocer de primera mano todo lo que estaba

ocurriendo: el estado real de su capitán, qué demonios había pasado con su prometida... Pero de pronto se percató de que en su enfurecida huida de sí mismo se había dejado olvidada la navaja sobre una piedra en la orilla del río.

Regresaba al lugar malhumorado, estado que empezaba a parecer normal en él sobre todo en las últimas horas, cuando sintió chapoteos en el agua. Se puso en guardia, pues no era posible. ¿Acaso se habían quedado dormidos los que hacían la ronda? ¿Se habría colado alguien más en el campamento?

No, eso era absurdo, porque si alguien los hubiese encontrado y tuviese la intención de hacer daño a alguno de los hombres que vivían allí sería más discreto y no armaría semejante escándalo.

Se acercó con cautela, usando la espesa vegetación para ocultarse, y en ese momento la vio. No podía creerlo, era una aparición, sin duda. El agua resbalaba por su piel plateada gracias a los rayos de la luna, que se pegaban a

su cuerpo. Su cabello era espeso y largo y acariciaba su espalda hasta llegar a su trasero. Sus pechos llenos, redondos y suaves, listos para saborear y su cintura estrecha, que daba paso a unas caderas sinuosas que parecían dar la bienvenida a unas piernas largas y bien formadas, la hacían la mujer más atractiva que había visto nunca; una sirena. Apenas podía distinguir su rostro, pero seguro que también era hermoso.

Con sus delicadas manos retiró el agua que sobraba de su cuerpo y él deseó con fuerza que fuesen las suyas las que liberaran esa tersa piel de las gotas para sustituirla por la humedad de su saliva sobre su piel.

Jadeó incómodo al darse cuenta de que su pantalón estaba a punto de explotar por no poder contener su miembro, que cada vez ocupaba más espacio y tiraba con fuerza del tejido que lo aprisionaba.

Ella miró de reojo en todas las direcciones y cuando creyó que nadie la observaba, se escabulló.

Alejandro se agachó y se giró detrás de los arbustos tratando de contener las respiraciones desbocadas que no era capaz de controlar.

¿Quién era? No era ninguna de las escasas mujeres del campamento, las conocía a todas. ¿Sería posible que hubiese alguna mujer vagabundeando por el bosque sola?

¿Sería ella...? No, no podía ser. Esa mujer no podía ser su prometida aunque ya le gustaría. Recordaba a la perfección las palabras que su padre le dijo: «Hijo, no es gran cosa, pero es lo que hay».

Y esa mujer... ¡sí que valía la pena! Era perfecta. O lo parecía adornada por la noche y cubierta por la humedad del río. Debía calmarse y dar con ella, ¿pero cómo? No podía seguirla estando desnuda, parecería raro... tanto como mirarla a hurtadillas...

No deseaba asustarla. Quizás, si vivía por los alrededores, regresara algunas noches más, entonces él podría contemplarla de nuevo. Y lo haría, con gusto, pues le había provocado una erección de caballo y por unos instantes se había

visto liberado de la atracción y el influjo del muchacho. Incluso había desaparecido la visión de su trasero desnudo.

Definitivamente, debía hacer suya a la mujer que había devuelto la cordura a su cuerpo. Estaba seguro de que, después de esa imagen, su cuerpo no volvería a tener esos extraños sentimientos hacia el joven desconocido que lo estaban volviendo loco.

Se sentía renovado, un hombre nuevo; otra vez le atraían las mujeres. Y con esa certeza, se marchó.

Carvajal no había estado tan furioso en toda su vida. Le dolía el golpe como si tuviese dentro de la cabeza mil tambores golpeándolo con fuerza. Y, para colmo, ahora tenía que aguantar a ese noble que le exigía que encontrase a su hija...

Se miró en el espejo y vio la fea y profunda herida que esa zorra le había hecho en la cabeza. Tenía que haber apretado con más

fuerza su miserable cuello y habérselo partido en dos... Aunque le satisfacía tanto en la cama que, por el momento, la conservaría.

El maldito dolor de cabeza lo había despertado en la madrugada y había visto el cielo cambiar de color durante las largas horas que había pasado dándole vueltas a dónde podría haber huido o quién podría estar ocultándola. Al primero al que pediría cuentas sería al borracho de su padre. ¡Zorra! Se lo haría pagar y, si había escapado, utilizaría los recursos que el ignorante noble le ofreciera no solo para hallar a su malcriada hija, sino también para dar con Lola.

Bajó las escaleras que separaban sus aposentos de la planta inferior de la casa cuartel y se encaminó hacia las dependencias. Al entrar vio al padre de la prometida de su sargento, Alejandro, quien se había ganado ese puesto porque él mismo había ascendido a capitán gracias a él, por su intervención contra los bandoleros. Él mismo se había llevado parte del mérito de ese acto a pesar de no haber tenido nada que ver.

—Conde de Muñoz, me alegra verlo, aunque no puedo decir lo mismo de las circunstancias que le traen hasta aquí.

—Capitán Carvajal, tiene que encontrar a mi hija cueste lo que cueste.

—Tenga por seguro que levantaremos cada piedra del camino para dar con ella.

Alejandro llegó y vio a los hombres hablar. No sabía cuánto tiempo llevaban enfrascados en la conversación, pero estaba seguro de que el tema que trataban era su prometida, esa mocosa mimada que no tenía otra cosa que hacer más que huir porque... porque iba a desposarse con él. ¿Tan malo era?

—Buenos días —se dirigió a ellos haciendo el saludo reglamentario—. Capitán, me alegra ver que está sano y salvo. He venido en cuanto me he enterado. Conde de Muñoz...

—Hijo, tienes que dar con ella —le suplicó el hombre antes de que pudiese decir nada.

—Voy a encontrarla, no le quepa duda.

—¿Te encargas de esto, sargento? Tengo asuntos que resolver.

—Sí, capitán, no se preocupe, me haré cargo de todo lo concerniente a la desaparición de mi prometida, aunque tal vez me lleve mucho tiempo alejado del cuartel.

—Tómese el tiempo que necesite —concedió.

El capitán Carvajal abandonó la sala y Alejandro contempló con cierto placer oculto que cojeaba. Llevaba un buen golpe en la cabeza. Desde luego Lola le había dado con todas sus fuerzas y al parecer al desplomarse se había lastimado también la pierna derecha.

—Alejandro —le tuteó el conde—, temo lo peor. ¿Y si esa banda de desalmados se la han llevado?

—¿Está seguro de que ha sido raptada?

—No, no lo estoy. También es posible que esa dichosa chiquilla se haya fugado... ¡es una inconsciente!

—¿Por qué cree que se ha podido ir? ¿Ha sucedido algo?

—Sí, creo que se ha escapado porque no desea casarse.

—¿Debería sentirme ofendido?

–Supongo –confesó a la vez que su rostro se teñía de un rojo intenso.

–Necesito conocer los detalles para dar con ella antes de... –se interrumpió al pensar en todo lo que podía pasarle deambulando sola por esos caminos repletos de bandidos.

–Su madre me ha dicho que la tarde de su desaparición, antes de ir a dormir, había llorado por la mala suerte que había tenido al estar prometida a un...

–¿A un...? –le animó Alejandro a continuar más por curiosidad que otra cosa.

–A un hombre mayor –replicó el conde suavizando la expresión utilizada por su hija, que había dicho «viejo».

–¿Un hombre mayor? ¡Por todos los santos! ¡Soy un hombre joven, no un anciano!

–Ella cree que ocho años de diferencia son demasiados.

Alejandro se levantó y paseó inquieto pensando en dónde diablos se había podido ocultar una chiquilla durante tantos días sin ser encontrada. Estaba seguro de que debía de estar

cerca y esperaba que estuviese sana y salva.

–Voy a encontrarla y a traerla sana y salva y después... después tal vez la riña por su comportamiento.

–Gracias, hijo, estoy desolado.

–Váyase a casa. Si regresa, avíseme de inmediato.

–Lo haré.

El conde de Muñoz salió del cuartel cabizbajo. Estaba claro que sufría por su hija desaparecida. De repente, la imagen de la mujer desnuda en el río nubló la mente de Alejandro y se sintió culpable por pensar en otra mientras la que iba a convertirse en suya andaba sola en algún lugar que, esperaba, no fuese bajo tierra.

Capítulo 8

Carmen se despertó sintiéndose fresca y como nueva después de haberse deshecho la noche pasada de toda la suciedad que había acumulado durante los días de huida. Sentir de nuevo su cabello sedoso y con olor a limpio la relajó y pudo dormir a pierna suelta. Le molestaba tener que taparlo de nuevo bajo el mugroso pañuelo, pero era la única manera de permanecer oculta, al menos hasta que se le ocurriese un plan mejor.

En el poblado de los bandoleros tenía la seguridad de encontrarse a salvo de su padre, que sin duda la estaría buscando furioso, pero si no habían dado con aquel sitio antes, no tenían por qué encontrarlo ahora.

Además contaba con la ventaja de que estaban buscando a una mujer joven y ella, ahora, era un hombre. Había tomado

precauciones para pasar inadvertida ante los curiosos ojos que se posaran en ella.

Amanecía en el campamento. Los hombres que habían dormido la pasada noche bajo las estrellas ahora alimentaban el fuego para preparar la primera comida del día. Lola, de camino al río, observó a un par de hombres altos y fuertes que hablaban junto a sus monturas; parecían discutir. Estaba claro que no se ponían de acuerdo en algo, pues las miradas que se dedicaban, cargadas de odio, eran palpables.

Cuando Lola pasó a su lado supo con certeza quién era la causante de la disputa. La mirada airada que Andrés le dedicó fue más que suficiente para darse cuenta de que el motivo era ella. Se alejó después de saludar levemente con la cabeza y vio de reojo que Ángel se subía con agilidad a su montura y se marchaba a galope.

Esa actitud violenta del hombre que le había salvado la vida la dejó aturdida, aunque se dijo

que debía de ser tan ruda como eran el resto de los hombres, que ni siquiera se habían percatado del tono de esa charla que a ella sin embargo le había afectado considerablemente. Su corazón latía a la misma velocidad con la que se había alejado Ángel.

Se dio la vuelta. De repente ir sola al río no le parecía algo... seguro. No podía quitarse de encima la sensación de que Andrés la observaba de una forma... espeluznante.

Al acercarse al fuego se topó con el jovencuelo que había llegado poco después que ella. Gracias a él había dejado de ser la «nueva».

—Buenos días, mozo, me llamo Lola —se presentó al llegar a su lado.

—Buenos días, Lola, me llamo Carmelo —contestó y sonrió a su vez.

Enseguida se dio cuenta de lo afeminado que debía de parecer al lado de aquellos hombres y sintió que no iba a ser capaz de mantener el disfraz por mucho tiempo.

—¿Qué tal la primera noche? —preguntó Lola.

Cuando iba a contestar, María salió de la cueva llevando un bonito y sencillo vestido de color verde oscuro que realzaba la belleza de sus ojos.

Carmen la miró sin pestañear. Era una mujer realmente hermosa, no por sus rasgos sino por la fuerza y seguridad que irradiaba. Pensó que solo se la podía comparar con una pantera negra, de felinos ojos verdes. Tenía suerte de tener a alguien como Álvaro junto a ella, pero no podía pensar en ese tipo de cosas porque ahora era un hombre y debía mantener ese papel, quizás por un tiempo indefinido o hasta que su padre diera con ella y la obligase a casarse con su prometido.

–Buenos días Lola y Carmelo –dijo sonriente.

–Buenos días, señora –contestaron al unísono.

–¿Habéis dormido bien?

–No tengo queja, mi señora –Lola fue la primera en contestar.

–Ni yo, ni yo –dijo enseguida Carmen.

–Me alegra oír que os adaptáis, puede que

este sea el único sitio en el que podáis cobijaros.

Ambas asintieron, pues María tenía razón. Lola sabía que en cualquier otro sitio la hubiesen entregado de nuevo al salvaje de Carvajal y Carmen estaba segura de que, de ser otra gente, ahora estaría maniatada y redactando una nota de rescate para su padre.

—María —la llamó de repente su marido sobre el caballo—, sube. Tenemos asuntos que atender —murmuró al tiempo que la acomodaba entre sus fuertes piernas y la obligaba a apoyarse en su musculoso pecho.

Lola miró con fijeza a Álvaro. No llevaba la vestimenta de bandolero, sino sus ropas de duque, cosa que le llamó poderosamente la atención.

—Lola, Alejandro traerá noticias.

La mujer asintió aliviada, se despidió y se dispuso a hacer labores, no porque la obligaran sino porque necesitaba tener la cabeza ocupada en otros menesteres que no fuese la imagen de su bonito cuello colgando de una gruesa soga.

—Carmelo —lo llamó María—, coge tu caballo y

síguenos –ordenó.

–¿Pero qué demonios...? –replicó Álvaro, hasta que un beso de su mujer silenció sus labios—. No siempre puedes salirte con la tuya, gata –le susurró divertido.

–No, siempre no, pero cada vez que lo haga será una batalla ganada –sonrió pícara.

Carmen asintió un poco asustada mientras se encaminaba a por su animal. No sabía si agradecerle a María que la llevase con ella a sus tierras, pues le asustaba quedarse a solas con los bandoleros, o enfadarse con ella por exponerla a que su padre la encontrase. Pero era consciente de que en algún momento algo la delataría, una palabra, un gesto... Así que en realidad estaría más segura junto a María.

Montó y emprendieron la cabalgada a través del bosque. Se movían rápidamente y trazaban curvas extrañas que parecían no seguir un rumbo fijo, incluso un par de veces hicieron a los caballos avanzar en círculos pasando por los mismos sitios una y otra vez. Cuando su trasero empezaba a protestar por el cansancio de las

horas que llevaba montando, se abrió ante ellos un camino de piedras que llevaba a una gran casa blanca de techos oscuros.

El camino terminaba en la entrada de la verja de la gran hacienda. Carmen levantó la vista y leyó sobre esta y labrado en metal oscuro con un diseño tan intrincado como hermoso: «La Andaluza». El camino de piedra terminaba en otro más civilizado, preparado para las diligencias que, sin duda, llegaban a la hacienda. El paseo estaba adornado por altos pinos que dejaban un agradable aroma y era inmensa, más incluso que la gran casa de su padre. Carmen nunca había visto una propiedad tan extensa. Podía ver la zona de doma de caballos, los lugares de pastoreo y terrenos cultivados hasta donde su vista podía alcanzar.

—Lo sé —interrumpió su escrutinio María—. La primera vez que la vi me sucedió lo mismo.

María no pudo evitar recordar el miedo con el que había llegado a esa casa que sería su mazmorra en vida y cuánto había cambiado su vida ahora.

—Es muy hermosa —susurró— y el nombre le queda perfecto.

—Gracias —intervino Álvaro—. El nombre es en honor a mi madre.

—Tuvo que ser una mujer admirable —comentó con timidez.

Álvaro escuchó el comentario y se sintió conmovido pues en verdad, a pesar de no haberla conocido, gracias a su padre tenía algunos recuerdos de ella. Había insistido en contarle todo sobre ella con ayuda del personal de la casa, que la tenía en alta estima, pues después de todo era una de los suyos.

—Sí, lo fue —sonrió Álvaro—. Debo encargarme de unos asuntos —informó a María mientras la dejaba con cuidado sobre el suelo.

—Está bien, amor, me ocuparé de Carmelo.

El comentario de su esposa no le agradó y lo dejó claro con la mirada de advertencia que le dedicó al muchacho. No entendía por qué su mujer se había encariñado con ese chico extraño que parecía encantarla mientras que a Alejandro le sacaba de quicio. Alejandro tenía razón, no

parecía un chico pero tampoco llegaba a ser una mujer. Aun así había algo en él que despertaba... ternura. Quizá fuera su juventud o que parecía tan perdido como un día lo estuvo él mismo.

—Está bien, amor. ¡Y tú! —gritó a Carmen—: la advertencia de la otra noche sigue en pie.

—Sí, señor —contestó Carmen tratando de disimular la risa que le causaba que la viese como una amenaza. ¡Por todos los santos! ¡Era una mujer! Pero él no lo sabía y podía excusarlo, pues las atenciones de María hacia Carmelo habían despertado los celos del Caballero.

—Ven, Carmelo, acompáñame y no le hagas caso a mi querido esposo. A veces es más niño que tú —dijo guiñándole uno de sus verdes ojos.

Dejaron las monturas en el establo y se dirigieron hacia la casa hablando como viejas amigas. Carmen le contó cosas sobre su vida, sobre algunas de sus amigas y la suerte que habían tenido al ser emparejadas con hombres de más o menos su misma edad. No dejaba de lamentar su futuro, ese en el que estaba

prometida con un desconocido que además era un anciano de prominente barriga, gran papada y barba desaliñada que ella se vería obligada a cuidar. También le contó a María cómo eran las verrugas que sin duda poblaban su rostro arrugado por los años, los mismos que le impedirían ser madre, porque estaba segura de que no sería capaz de concebir hijos casada con un hombre de edad tan avanzada y que abusaría del alcohol y los puros.

María no podía dejar de reírse ante las ocurrencias de su nueva amiga, que contaba con una imaginación tan extravagante como su plan para huir de su compromiso. Se divertía de lo lindo escuchando cómo la joven hablaba de su prometido, al que ella conocía tan bien y que, desde luego, no tenía nada que ver con la imagen que Carmen se había hecho en la cabeza de él.

Y aunque María tenía unas ganas tremendas de confesarle que ya conocía a su prometido y que no era como se imaginaba, prefirió no decir nada, pues tenía un plan en mente para unirlos

de una forma más natural y sin presiones. Deseaba darle a Carmen la oportunidad de amar al hombre que sería su esposo, al igual que ella se había enamorado de Álvaro. Estaba segura de que sus intrigas surtirían efecto. Solo había un problema que María no sabía bien cómo abordar y era cómo convencer a Álvaro de que la ayudase a llevar a cabo su plan haciéndole entender que ese chiquillo no era un obstáculo ni un competidor, como su esposo estaba empezando a creer.

Además necesitaba averiguar otra cosa: qué le había sucedido a Alejandro, pues se había marchado molesto y con brusquedad, algo muy raro en él. Estaba segura de que tenía que ver con Carmelo, pero... ¿qué podía haber hecho para ofenderlo?

Esa cuestión sería la primera que trataría de resolver en cuanto su amado esposo se reuniese con ella en la intimidad de su habitación. De momento, lo primero que haría sería tomar un buen desayuno porque no había comido mucho desde el día anterior y se sentía desfallecer.

Capítulo 9

Susana corrió a recibir a su adorable señora. Todos los criados de confianza estaban al tanto de la doble vida de sus señores, a los que agradecían inmensamente todo lo que hacían por sus familiares y amigos con menos fortuna y que mantuviesen a raya todo lo que podían al déspota de Carvajal, que usaba el chantaje y el abuso para sus fines: enriquecerse.

En la gran hacienda solo trabajaban los más leales, los que protegerían a sus señores por encima de todo, incluyendo sus propias vidas. Álvaro y María se aseguraban de que ninguno de sus trabajadores tuviese problemas de ningún tipo y todos vivían con comodidad.

María no permitía que ningún niño realizase trabajos en la hacienda y Álvaro había contratado a un maestro para que todos los hijos de sus empleados supieran al menos leer,

escribir y realizar operaciones matemáticas. Ángel había sido contratado para tal fin y cuando descubrió a qué se dedicaba en realidad el duque no dudó en ofrecerse para formar parte de la banda del Caballero. Él mismo había sufrido en sus propias carnes más de una vez los abusos del capitán.

—Señora, ¿le apetece descansar? —le preguntó—. Tiene cara de necesitar descanso.

—Quiero comer, Susana, lo que sea. Siento que desfallezco —sonrió.

Susana se quedó de repente con la boca abierta al ver al bello joven que acompañaba a su señora. María sonrió por la reacción de Susana, aunque lo entendía, a pesar de querer parecer un chico sucio los ojos de Carmen eran llamativos y sus facciones hermosas lograban llamar la atención.

—Susana, este es Carmelo. Será nuestro invitado. Necesito que le busques algo de ropa limpia y de su talla.

—Sí, mi señora, enseguida —dijo poniéndose en marcha a toda prisa, aunque no sin antes dar un

buen repaso al joven Carmelo.

«Se va a llevar una gran decepción...», pensó María para sí misma mientras acompañaba a Carmen a la que sería su habitación.

Cuando estuvieron adentro y a salvo de miradas curiosas, María echó el pestillo para que nadie las sorprendiera.

—Está bien, Carmen. Vamos a trazar un plan.

—¿Un plan? ¿Para qué?

—Tienes que encontrar un marido antes de que tu padre o tu prometido den contigo. Así, si te encuentran y ya estás casada, entonces no podrán obligarte, ¿verdad?

—Cierto... —asintió Carmen y se detuvo para pensar en ello—. ¡En realidad creo que es una idea fantástica! —exclamó sonriendo, y María advirtió la hermosa joven que era—. Pero ¿cómo voy a hacerlo? Todos creen que soy un chico y, desde luego, no pienso prometerme con una mujer.

—No, no lo harás. Vas a llevar una doble vida.

—¿Cómo vosotros?

—Como nosotros, unas veces serás Carmelo y

otras serás... ¿Qué nombre te apetece? Hay que buscarte un nombre falso porque si anunciamos tu nombre de verdad tu prometido y tu padre podrían localizarte y se trata de retrasar todo lo que podamos el encuentro con ellos.

—Pues no lo sé...

—Está bien, serás Prudencia.

—¿Prudencia? Sí, puede que sea un buen nombre para mí.

—Te presentaremos como una prima lejana que ha venido de visita. Estoy segura de que encontrarás al hombre de tu vida en el baile.

—Eso me gustaría, ¿qué se siente? Se os ve tan enamorados a ti y a tu esposo... No dejo de pensar en cómo y qué se siente cuando uno se enamora de verdad.

María guardó silencio por un momento. A su mente acudieron todos los momentos vividos con Álvaro, su Caballero, desde aquel primer beso robado hasta la primera vez que se entregó a él, la herida de bala, la picadura de la serpiente, el momento en el que pensó que no la amaba, la felicidad que después la inundó al darse cuenta

de que su amor era correspondido con la misma intensidad...

—Bueno, verás... La primera vez que me miró me dejó sin aliento, la boca se me quedó seca y mi interior bullía con intensa expectación y un extraño anhelo.

Carmen se había tumbado sobre la cómoda cama y escuchaba el relato de María, que miraba al infinito asomada a la ventana y perdida en sus recuerdos.

—Y la primera vez que me besó —continuó—, algo extraño se despertó en mí. Mi cuerpo tomó el control relegando la cordura a un lado y permitiendo que el beso que ese extraño me robaba nublara mis sentidos...

—¡Es tan romántico! —exclamó Carmen.

—Sí, lo fue. Y lo es. Esta fue la habitación que me dieron al llegar aquí. Ahora será tuya mientras llevamos a cabo nuestro plan. Será nuestro cuartel de operaciones.

—¿Cuartel de operaciones?

—Sí, desde aquí llevaremos a cabo nuestra misión.

—¿Qué piensas hacer para presentarme como a una dama?

—Sé que tu padre y Carvajal te buscan, por no hablar de tu prometido, que lleva varios días como loco... —murmuró.

—¿Cómo puedes saberlo?

María supo que podía meter la pata si no daba más explicaciones, pues Carmen era una mujer que se daba cuenta de todo.

—Bueno, se lo escuché decir a mi esposo. Además, siendo sargento de la Guardia Civil es fácil de suponer...

—Supongo que tienes razón... estoy perdida.

—Tenemos una ventaja, tu prometido no te ha visto nunca, ¿verdad?

—No, nunca nos hemos visto... ¿Puedes creerlo? ¡Y mi padre pretende que me case con él!

—¿Sabe algo de ti? ¿Tu nombre de pila? ¿El color de tus ojos...? Ese color de ojos tuyo es tan hermoso como inusual. Será lo más complicado de ocultar.

—La verdad es que no lo sé, María, dejé de

escuchar las explicaciones de mi padre en cuanto mencionó su edad...

María no pudo contener la carcajada que salió de su boca. Al mismo tiempo se estaba percatando de lo que sucedía frente a ella, una escena deliciosa, y llamó a Carmen para que se acercara.

—Carmen, digo, Prudencia, ven. Te gustará ver esto.

—¿Qué sucede?

—Están domando a un nuevo semental.

Carmen se acercó hasta la ventana y de repente el aire que había en la habitación no fue suficiente para sus pequeños pulmones. El hombre que vio era todo un espectáculo de fuerza. ¿Era el que la había encontrado?

Llevaba puestos tan solo los pantalones. El torso masculino, dorado por el sol, brillaba gracias a las gotas de sudor que salpicaban su amplia espalda. Guardaba la calma parado frente al animal, que bufaba dispuesto a hacerle frente. Impasible, levantó despacio la mano y la colocó entre los ojos del animal.

Carmen sintió que el rubor bañaba sus mejillas, no podía evitar desear ser el caballo para que ese hombre la acariciase de esa forma. Su corazón protestó con fuerza y la obligó a tragar saliva. El rubor se hizo más evidente, pues pensó que María podía escuchar el retumbar en su pecho.

—Montés es muy bueno con los caballos. Ayuda a mi esposo con la doma y la crianza.

—¿Se arriesga a venir aquí?

—Aquí todos están seguros. Todos los hombres de mi marido trabajan para nosotros en diferentes tareas, el campo, los animales... Incluso hay uno que se encarga de la educación de los niños.

—Es maravilloso.

—Todos estos hombres lo son, si no fuese por Carvajal y su manera de oprimir al pueblo... Bueno, volvamos a nuestro asunto. Te presentaré como Prudencia de Ayala. Diremos que has venido a pasar una temporada conmigo para ayudarme con el nacimiento del bebé.

—¿Funcionará?

—No tengo hermanas ni familia cercana, tan solo a mi padre, aunque las cosas entre nosotros no están muy bien desde que...

—¿Desde qué...? —la animó Carmen a continuar, pero María guardó silencio.

—Te prepararé ropa de hombre y algunos vestidos. Vamos a convertirte en una mujer casadera irresistible. ¡Vas a estar preciosa! Seguro que en la gran fiesta encuentras a ese hombre que te robe el aliento.

Carmen pensó si no lo habría encontrado ya, porque era incapaz de quitarle los ojos de encima a Montés. Sus brazos eran fuertes y firmes y a la vez suaves mientras se imponía al hermoso animal. Tragó saliva con fuerza y se obligó a apartarse de la ventana en el momento en que Montés levantó la mirada y la dirigió hacia ella. Como si la hubiese sentido.

—¿Cómo de grande? —preguntó para olvidar esa mirada que la había abrasado.

María estalló en carcajadas ante la pregunta.

—Bueno, eso lo averiguarás en la noche de bodas...

—No me refería a eso... sino a la fiesta —dijo sonrojada.

—Lo sé, lo siento mucho, a veces me olvido de lo inocentes que solemos ser. ¿Te parece bien una semana?

—¿Una semana?

—¿Te dará tiempo a encontrar marido en una semana?

—No lo sé... nunca me lo he planteado —contestó sin poder evitar volver a la ventana.

—Son magníficos —murmuró María.

—Parece que discuten.

—No lo creo, son como hermanos. Aunque sí que noto a Montés algo molesto desde que apareciste, es curioso... Bueno, mientras preparo todo para la fiesta, trata de pasar inadvertida. No mires a nadie directamente a los ojos, si lo haces estaremos perdidas. Sobre todo, que Carmelo se mantenga alejado de Montés, no sé que le has hecho pero no le gustas.

—Lo sé, aunque no tengo ni idea de qué puedo haber hecho para que me odie —dijo en el momento en que los dos hombres miraban hacia

la ventana.

María notó en la voz de Carmen algo de dolor. Quizás su plan funcionase y se enamorara del hombre que ya era su prometido; sabía que se iba a arriesgar demasiado al celebrar la fiesta, pero Carmen no tenía por qué saber que los hombres casaderos a los que pensaba invitar no iban a ser rivales para Alejandro.

—No lo sé, Carmen, la verdad es que es un hombre amable, educado y, desde luego, no tiene barriga, ni papada ni... ¿cómo dijiste? Ah, sí, verrugas peludas... —María tuvo que controlar de nuevo su lengua, al final iba a meter la pata antes de tiempo.

—No, él tiene un cuerpo hermoso —contestó Carmen perdida en el torso de Alejandro.

—Es un hombre muy atractivo, no tanto como mi marido, pero aún así es un buen partido —susurró María—. Entonces, ¿te atrae Montés?

—¿A qué mujer no le gustaría? —preguntó sin esperar respuesta—. Si obviamos su comportamiento extraño es un hombre muy... apetecible —musitó pasándose su pequeña y rosa

lengua por los labios.

–No está casado –dijo entre risas María.

Carmen abrió los ojos al comprender su insinuación.

–¡Es un bandolero! Muy atractivo sin el antifaz, pero un forajido... –murmuró recreándose en el rostro perfecto de Montés.

–No te dejes engañar por las apariencias, muchos no somos lo que parecemos.

Carmen guardó silencio unos instantes. En realidad su recién estrenada amiga y su esposo, todo un duque, eran bandoleros... y no eran malas personas. Eran, por el contrario, amables, cariñosos y protectores.

–Si no está casado ni prometido, tal vez sea porque tiene algún problema que no se ve a simple vista.

–Pues poco oculta en este momento – rió María hasta que las lágrimas empañaron sus ojos.

Carmen se unió a las risas de su amiga. Le gustó la sensación placentera de arquear su cuerpo por las carcajadas y notar cómo se

aliviaba un poco la tensión que había acumulado durante los pasados días.

De repente el escándalo de sus risas entrelazadas cesó al escuchar que golpeaban la puerta con fuerza. María se acercó y descorrió el cerrojo. Antes siquiera de poder ver de quién se trataba, Álvaro tenía a Carmen sujeta por el cuello y sus pies pataleaban al no tocar el suelo. María cerró con fuerza la puerta y acudió rauda a salvar a su amiga.

—Déjalo ahora mismo, Álvaro —dijo con voz seria

—¿Qué hacías encerrado con mi esposa? —rugió.

—¿Te parece una forma adecuada de tratar a nuestro invitado?

Carmen estaba paralizada por el miedo, estaba segura de que la iba a estrangular allí mismo, con una sola mano. ¿Pero cuánta fuerza tenía ese hombre en apariencia inofensivo y agradable?

—No es lo que crees. Suéltalo y te lo explicaré —habló de nuevo su amiga.

—No hay nada que explicar. ¿Se ha atrevido a ponerte la mano encima?

Carmen comprendió qué era lo que pasaba por la cabeza del duque y al verse entre la espada y la pared solo se le ocurrió hacer una cosa: quitarse el pañuelo mugroso que ocultaba su larga melena dorada.

—¿Pero qué demonios? —farfulló dejándola de inmediato en el suelo.

—Ese lenguaje —le increpó María.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién es ella? María, quiero una explicación y la quiero ya.

—Si te calmas, podré contártelo todo. Vamos a dejarla sola para que se tranquilice, la has asustado, y te lo contaré todo.

Álvaro asintió todavía horrorizado.

—Lo siento, muchacha, lo siento mucho. Solo... Me cegaron los celos.

—No importa — balbuceó frotándose la lastimada garganta.

—Vamos a nuestra habitación, no te muevas de aquí, en unos instantes regresaré.

Álvaro salió de la habitación todavía sin poder

creer lo que acababa de suceder y sin atreverse a decirle nada a su esposa.

—Lo siento mucho, Carmen —se disculpó abatida—. No es un mal hombre es que a veces... se comporta como un necio.

—Está bien, me encuentro bien, no te preocupes. Lo entiendo... Supongo que su reacción ha sido normal —murmuró sin apartar las manos de su cuello lacerado.

—Oculta tu preciosa melena bajo el pañuelo de nuevo. Voy a contarle a mi marido el plan, ahora que te ha descubierto tiene que ayudarnos.

—¿Y si no quiere? ¿Qué pasa si me entrega a mi padre? Voy a tener que casarme con mi prometido... ¡No puedes permitirlo, María!

—No te preocupes, lo obligaré a guardar el secreto. Confía en mí.

—Lo haré, eres la única que puede ayudarme.

—Y lo haré.

—María —la llamó cuando cerraba la puerta.

—¿Sí?

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Con esas palabras flotando aún en el aire, su única amiga en esos momentos salió por la puerta dejándola a solas. En cuanto se hubo marchado corrió a cerrar la puerta de nuevo y echó el cerrojo. Necesitaba descansar y olvidarse de esos últimos momentos. Se tumbó en la cama y comenzó a llorar. Le hacía falta descargar todo lo acumulado y no se le ocurrió mejor forma.

Capítulo 10

María abrió las puertas de su habitación y entró como un huracán arrasando todo a su paso. Más que hablar, gritaba a su marido, que permanecía sentado en la cama con los brazos cruzados y la cara roja por el rapapolvo que su mujer le estaba dedicando.

Todavía no comprendía muy bien qué había pasado, pero sabía que primero necesitaba quitarse el enfado de encima y más tarde, cuando su gata se hubiese calmado, hablarían con tranquilidad.

Mientras María seguía con su charla, la mente de Álvaro no dejaba de bullir: «¿Quién será esa misteriosa joven que se hace pasar por un chico? ¿Por qué sabe María lo que oculta? ¿Cómo demonios ha sido capaz de dar con el asentamiento? ¿Cuál es su propósito? ¿De qué huye?». ».

Todo era tal embrollo que resultaba difícil comprenderlo y los arrebatos de su esposa por haber tratado así a una mujer no lo arreglaban. Se sentía muy mal, nunca había tenido celos de nadie, y sin embargo los acababa de sentir por un muchacho imberbe que resultaba ser una chica. ¡Menudo lío!

No comprendía absolutamente nada. Estaba igual de confundido que cuando tuvo que decidir qué hacer con los sentimientos que María despertaba en él en el momento en que ella estaba a punto de desposarse con su hermano.

—No me estás prestando atención, duque del Valle.

—Tienes razón, pero es porque no logro entender lo que gritas.

—Sí, creo que estoy gritando...

—¿Crees? Deben de estar oyéndote hasta en la villa.

—Estoy furiosa contigo. No es manera de tratar a un invitado.

—En mi defensa diré que la rabia me cegó. Pensé que tú y él... Bueno, escuché cómo os

reáis. Parecías muy feliz, como hace mucho que no te veo.

—¿Y pensante que estaba con él?

—Sí, pensé que ese joven sin vello te estaba haciendo lo que debería hacerte yo.

—Y... ¿qué es lo que deberías hacerme tú? —preguntó con ternura.

—Pues yo debería —dijo entre besos— estar haciéndote el amor como te mereces; sin prisas... —susurró mientras la desnudaba dejando que las prendas cayesen enredadas igual que lo harían sus cuerpos a continuación.

Cuando María notó la necesidad que su esposo tenía de ella, se olvidó del enfado, de sus planes y de la conversación pendiente. Solo podía sentirle como siempre lo había hecho; él le hacía perder el control una y otra vez. Y eso nunca cambiaría. Entre sus brazos era la mujer más dichosa del mundo. Se olvidó de todo, de todos, de lo triste que estaba en las últimas semanas en las que el embarazo le pesaba y le asustaba... Y se dejó seducir por la boca y las manos de su Caballero, que la acariciaban sin

cesar, apremiantes, presas de un deseo primitivo. Como su amor por ella.

La boca de Álvaro atrapó un pezón que no dudó en lamer con su lengua húmeda y que arrancó un profundo gemido de lo más hondo de María, estremecida por el intenso placer. Sin ropa, sus cuerpos se rozaban libres. Era una sensación hermosa. María notaba el calor que emanaba del cuerpo masculino, comparable al que desprendía el suyo tras cada caricia ardiente.

Sus manos se enredaban, se perdían por su cuerpo. Todo eran besos, manos, lenguas, caricias e intensas miradas desesperadas y perdidas en la bruma de la pasión.

Su boca dejó el pecho para besar la abultaba barriga y para continuar el camino de besos y roces de lengua hasta subir al cuello, donde se demoró complacido al escuchar a su gata ronronear. Bajó las manos y rozó la humedad que mojaba los muslos de su mujer. Apretó los dientes para retener el deseo que empujaba con fuerza por salir y hacerla suya sin piedad.

—Necesito tenerte dentro, ya —murmuró María.

Álvaro no necesitó más. La dejó con delicadeza sobre la cama y la penetró despacio, sin prisa, dejando que los pliegues húmedos rozasen con desesperada lentitud la longitud y dureza de su miembro.

¡Estaba tan tersa, tan excitada y húmeda! Siempre estaba dispuesta a amarlo. En ese instante, cuando sus cuerpos quedaron unidos, se perdieron el uno en el otro como no sucedía desde hacía tiempo, libres de cualquier duda, sin miedo, tan solo los dos amándose y disfrutando del placer que se regalaban el uno al otro.

Sus besos se volvieron urgentes, igual que el ritmo de sus cuerpos. Cada roce avivaba las llamas del fuego que los consumía. Un fuego que crecía y que no iba a extinguirse jamás, tan solo se calmaba a veces dejando las ascuas listas para volver a alzarse en altas llamas.

Beso tras beso, dejaron que sus lenguas hablasen el lenguaje más primitivo de todos, el de la pasión. El deseo que los envolvía y los

sumergía en un mar de lujuria que los confundía hasta tal punto que no sabían dónde empezaba uno y acababa el otro. Siempre al límite. Siempre en la cuerda floja.

Así era su amor; igual que su vida.

Cuando sus cuerpos iban a romperse por no poder contener más pasión, explotaron en jadeos, gemidos y gritos que los llevaron a las profundidades del abismo del deseo que los poseía y en las que se habían perdido.

Había sido maravilloso y se enredaron el uno en el otro, dejando que las sacudidas del clímax se apaciguaran. Permanecían abrazados, unidos. María deseaba que Álvaro nunca se alejase de ella y él no quería salir de María, jamás. La amaba más de lo que nunca había querido a nadie. Era suya, suya de verdad, pues le había elegido, la sangre no tenía nada que ver. Se habían unido por propia voluntad y eso le llenaba el pecho de orgullo, porque lo había elegido a él por encima de los demás.

Pasaron largo rato abrazados, sin hablar, tan solo se acariciaban de vez en cuando. Leves

roces de los dedos en la espalda, en los hombros, la cadera... Algún beso inocente. Nada más.

Cuando estuvieron repuestos, María se giró y se quedó mirando sus preciosos ojos color chocolate.

—¿Estás más tranquila, amor?

—Sí, lo estoy. Ahora te voy a contar quién es ella.

—Parece una historia interesante.

— Sin duda, lo es, pero antes has de prometerme que guardarás el secreto de todo lo que te cuente. No podrás hablar de esto con nadie por más que lo desees, ¿lo harás?

—Sí, amor. Lo haré, os lo debo.

Y así, María, le relató a su marido todo lo que había descubierto. Le reveló la verdadera identidad de Carmelo y le contó el plan que estaba urdiendo para conseguir que se enamorara del que iba a ser su futuro esposo y complacer al padre de Carmen...

Álvaro escuchaba a su mujer y no daba crédito a lo que le contaba. El primer impulso

que sintió fue coger a la joven y llevarla de regreso con su padre después de mostrársela a Alejandro, pero su mujer se encargó de recordarle la promesa que le había hecho y él, siempre, cumplía sus promesas.

Así que se sentó de nuevo y escuchó con atención lo que su mujer le estaba relatando. Al final accedió a guardar el secreto y a hacer todo lo que estuviese en sus manos para conseguir la felicidad de la muchacha. Debía llevar a cabo una misión especial y era la de hacer que el futuro novio estuviese en disposición de enamorarse de ella, de reclamarla.

Eso sería una ardua tarea. Conocía bien a Alejandro y sabía que era un hombre de honor, no iba a fijarse en ninguna otra cuando ya estaba prometido. Así que tendría que poner todo de su parte para que, sin faltar a su palabra, su amigo supiera que algo extraño estaba sucediendo.

Capítulo 11

Ángel había terminado de dar clase a los chiquillos. No había estado centrado, se había pasado todo el día meditando. Pensaba en ella, en esa extraña y aparentemente frágil mujer de curvas generosas y ojos que parecía miel líquida. Unos ojos tristes que guardaban en sus profundidades secretos que él deseaba desvelar.

Se sentía atraído por ella de una forma extraña, incomprensible. Hacía mucho tiempo que una mujer no llamaba su atención y, en el momento en que la tocó para sacarla de la casa del cerdo que la tenía retenida, el calor lo abrasó.

Lola aún no lo sabía, pero iba a ser suya. Conquistaría ese ajado corazón para sí y lo sanaría. No había sentido nada parecido por ninguna otra mujer desde... bueno, desde Luisa. Su pérdida lo dejó sumido en un profundo pesar

y estaba seguro de que Carvajal había tenido algo que ver, pues nunca había ocultado que se sentía atraído por ella y cuando la encontraron deshecha en el bosque él no pareció sorprenderse.

Habían pasado cinco largos años desde aquel momento y ahora en su corazón había vuelto a renacer la esperanza de poder ser feliz de nuevo.

Era consciente, aunque Lola no hubiese dicho nada al respecto, de todo lo que ese cabrón le habría hecho pasar. Era un maldito hijo de perra que no iba a volver a ponerle una de sus miserables manos encima, antes lo mataría con sus propias manos y no soltaría su grueso cuello hasta estar seguro de que su corazón había dejado de latir.

A lo lejos vio la figura imponente e inconfundible de Montés y se acercó hasta él. Estaba domando un precioso semental. Tenía magia en las manos, era capaz de calmar al más bravo de los animales.

—Mon... Alejandro —lo llamó.

Alejandro dejó al animal por un momento y caminó con paso seguro hacia la valla que separaba el recinto de doma del resto de los dominios de la gran hacienda.

—Ángel—saludó.

—¿Has descubierto algo? —preguntó en voz baja.

—Sí, está buscando a Lola desesperadamente. Aunque el cabrón no dice nada estoy seguro de que usa el dinero de mi futuro suegro para buscarla a ella.

—¡Hijo de perra!

—Voy a estar al tanto de todo cuanto descubra. No te preocupes, la mantendremos lejos de ese cerdo.

—Y de tu prometida, ¿sabes algo?

—Sí, que se ha escapado porque no quería casarse con un viejo. ¡Te lo puedes creer! ¿Yo? ¿Un viejo?

Ángel no pudo evitar sonreír abiertamente ante la cara de enfado de su amigo, que en respuesta le dio un fuerte codazo en las costillas.

Carmen se despertó con los ojos rojos e

inflamados, se había quedado dormida unos instantes. Se sentía cansada e incómoda, agobiada por todo lo que se le venía encima. Deseaba saber qué iría a hacer Álvaro después de saber quién era. ¿Estaría dispuesto a ayudarla?

Esperaba por su bien que sí, confiaba en María y esta parecía estar muy segura de cómo actuaría su marido. Se acercó a la ventana y observó a Montés con el otro joven al que llamaban Ángel. Ambos hombres se reían y su corazón se aceleró un poco cuando creyó que Montés miraba en dirección a ella. Se alejó de la ventana, asustada, cuando tocaron con suavidad a la puerta.

—Carmen, soy María, abre —susurró.

Carmen caminó hasta la entrada y recorrió el pestillo para abrir la pesada puerta y encontrarse de frente con una María todavía más radiante.

—¡Dios Mío! ¡Estás horrible! —exclamó.

—Gracias —musitó.

—Lo siento, no quería...

—No importa, lo sé. No he podido dejar de llorar.

No se molestó en mentir, no serviría de nada, era más que evidente que había llorado sin cesar.

—No llores, todo se arreglará. Haremos que todo termine de la mejor manera posible para todos, ¿de acuerdo?

Carmen asintió pero le faltaba convicción. En esos momentos no estaba segura de que su amiga pudiese lograr algo que para ella era imposible.

—Escucha, he trazado un plan.

—El duque, ¿va a ayudarme?

—Sí, no te preocupes, él nos apoya. Vamos a celebrar una gran fiesta que durará una semana entera. Tardaré unos días en prepararlo todo: enviar las invitaciones, preparar las habitaciones, llenar la despensa, adornar la casa... Hay mucho trabajo por hacer, pero me ayudarás. No te perderé de vista, serás Carmelo durante este tiempo. Debemos tener mucho cuidado con tu cabello, tus ojos y tu pecho, así que he pensado

en disimularlos más y he traído algunas vendas. Cuando la fiesta esté lista y preparada aparecerás y serás mi prima lejana, Prudencia de Ayala.

—¡Mi padre lo descubrirá!

—No, no lo hará, porque a la fiesta solo vamos a invitar a caballeros y damas sin compromiso, que tengan más o menos tu edad, con la excusa de que necesitas amistades mientras dure tu estancia.

—Pero lo que de verdad haremos será buscar un marido para mí, ¿verdad?

—Eso mismo, así que mientras preparamos todo has de ser muy cuidadosa. Creo que será mejor que pases tiempo en el poblado, los hombres de allí son descuidados en cuanto a los detalles, excepto Montés. Mantente alejada de él. Es suspicaz e inteligente. Además, si dices que te sientes atraída por él... Será mejor que te mantengas lejos, no queremos que te eches a perder.

—¿Echarme a perder? Tranquila, no pasará nada. Seré Carmelo, así que ¿qué peligro podría

correr?

En ese momento Carmen supo que no deseaba mantenerse alejada de ese hombre que la llamaba con su misteriosa mirada. Volvió a acercarse a la ventana y observó cómo continuaba con el semental. Al verle se preguntó si estaría incluido entre los invitados, pero enseguida se dio cuenta de que no era posible. Él era un bandolero, un forajido fuera de la ley, nunca estaría en la lista de invitados, por más amigo que fuese del duque.

—¿Por qué le llaman Montés?

—Porque es como un gato montés: atractivo, sigiloso, inteligente y peligroso.

—Sí, creo que ese nombre es adecuado para él.

María empezó a explicarle cómo actuarían y ayudó a Carmen a esconder bien su largo cabello color miel. Suavizó sus redondeados pechos bajo unas vendas que les puso alrededor. Cuando hubo acabado de vestirla, parecía un poco más hombre. Luego usó unos polvos oscuros para ensombrecerle la barbilla y dar así

la sensación de una barba que amenazaba con asomar, y le ensució de nuevo las uñas y la delicada e impoluta piel de las manos para evitar sospechas.

El plan de María implicaba que fuera fuerte y permaneciera rodeada de bandoleros, algo que Carmen dudaba ser capaz de lograr en esos momentos, pero María le prometió que Álvaro cuidaría de ella y, cuando este no estuviera allí, Montés se encargaría de su custodia.

Aunque con reticencias, pues no se veía con ánimo de quedarse sola en el campamento, Carmen aceptó el plan de su amiga.

—No voy a ser capaz —susurró.

—Sí, lo vamos a conseguir.

—No voy a poder soportar estar allí sola, rodeada por todos esos hombres y con la mirada enfadada de Montés clavada en la nuca constantemente.

—Está bien, vamos a necesitar la ayuda de otra mujer.

—¿De las rameras?

—No, ellas bastante tienen con lo suyo. Se lo

diremos a Lola.

—¿A Lola?

—Ella comprenderá mejor que nadie tu situación, nos ayudará.

Carmen sopesó sus posibilidades y sabía que no se podía hacer otra cosa. Si deseaba librarse de ese compromiso lo único que podía hacer era casarse, y si encontraba un buen partido su padre no se enfadaría tanto con ella, o eso esperaba.

De esa forma se despidió de María, que prometió ir a visitarla con frecuencia y la acompañó hasta las caballerizas.

—Montés, lleva a Carmelo de vuelta al campamento.

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí, tienes que hacerlo, no ha traído montura —mintió—, así que cabalgará contigo.

Alejandro se enfadó, ¿iba a tener que llevar al mocosito con él? Sin ganas extendió la mano y agarró la del joven. El tacto de su piel le erizó el vello y se odió por volver a percibir ese extraño sentimiento por el joven.

Durante todo el camino ambos estuvieron muy callados, demasiado. Alejandro se concentraba en respirar y dejar de sentir todas las sensaciones que lo confundían. Sentir a ese muchacho era... ¡maldita sea! Era placentero de una forma indescriptible, tenía ganas de abrazarlo... ¡A otro hombre! ¡De forma íntima! Resopló molesto y se movió en la montura tratando de separarse del joven.

Carmen, habladora por naturaleza, comenzó a sentirse incómoda. No entendía por qué María había mentido respecto a su montura, aunque quería creer que todo era parte del plan para mantenerla a salvo. Y a eso tenía que añadir la actitud de ese hombre hacia ella y la sensación de estar de nuevo dando círculos sin sentido. No pudo aguantar más sin decir nada.

—¿Nos hemos perdido, señor? —acertó a decir, pues Montés le asustaba un poco.

—No, no nos hemos perdido. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque parece que damos vueltas sin sentido.

–Vaya... Parece que no eres tonto después de todo.

–Gracias, señor... supongo.

–Sí, damos rodeos para confundir las huellas. Si la Guardia Civil sale a cazarlos no sabrá qué camino seguir, pues hay huellas en todas direcciones, por eso hacemos un trazado confuso cada vez que salimos o entramos al campamento.

–Tiene sentido, es muy inteligente por vuestra parte.

–Aún no sé cómo diste con nosotros.

–No lo sé, vagabundeeé varios días y de repente ahí estaba, mirando una pequeña llama y siendo encañonada... encañonado por un bandolero.

–Lo siento si te asusté.

–Sí, me asustó mucho. ¿Por qué no le gusto?
–se atrevió a preguntar.

–No lo sé, tan solo hay algo en ti que no me agrada –mintió, pues la verdad es que sucedía todo lo contrario, lo que le molestaba era el sentimiento que nacía en él cuando lo tenía al

lado.

Carmen se quedó triste ante la contestación, pero agradeció que fuese sincero. Se quedó en silencio, no estaba segura de poder decir algo más sin que las lágrimas la delataran.

—Estarás a salvo, lo he prometido y siempre cumplo mis promesas.

—¿A María?

—Al Caballero.

—Parece un poco... reservado. Tiene suerte de tener a su lado a María, es una gran mujer.

—Tiene muchas cosas en la cabeza, se preocupa de todos. Y sí, María es una gran mujer.

—Se les ve muy enamorados —comentó, y al momento se preguntó «¿Por qué habré dicho eso?».

—Sí, algunos tienen suerte, otros no pueden elegir y han de conformarse. ¿Sabes? —dijo de repente más tranquilo, volviendo la cabeza para verla—. Estuvo a punto de perderla. Nunca he visto a un hombre lleno de tal impotencia y rabia... Todo por el miedo a perder a la mujer

que ama –al decirlo sonrió por primera vez, una risa auténtica que iluminó sus ojos.

Carmen no supo qué decir. Estaba hechizada por su mirada, no era capaz ni de respirar y sabía que debía dejar de mirarlo así, los hombres no miran así a otros hombres, pero ella era una mujer y ese hombre la atraía con la misma fuerza de la que hacía gala.

–Ella es todo para él –murmuró–. Es lo que deseo para mí –confesó sin saber por qué.

–No te rindas, tal vez lo obtengas –musitó a su vez.

–Eso espero.

Llegaron al campamento sin pronunciar ninguna otra palabra. Carmen seguía afectada por esa mirada que le había llenado el corazón de un calor desconocido. Había pasado el resto del viaje luchando contra sí misma para no tocar la espalda ni los brazos de Montés...

Al entrar en el campamento, Carmen vio varios caballos atados a los árboles y otros que pastaban con libertad. La escena era parecida a la que contempló el primer día. Atardecía, los

hombres tocaban las guitarras y las mujeres bailaban sacudiendo con sus movimientos acompasados sus cabellos oscuros adornados con hermosos claveles, los primeros de la temporada.

Una de ellas en particular se movía como mecida por el viento. Era elegante y llamaba la atención de todos. Era Lola. Sonreía disfrutando de la música y a Carmen le pareció una mujer muy hermosa.

Bajaron del animal y Carmen se acercó a la luz de la candela despacio, para no llamar la atención, y sin poder dejar de mirar a Lola. Todos parecían felices. Unos fumaban, otros lustraban los trabucos, algunos movían las cazuelas que había al fuego... Le parecieron una gran familia y probablemente así se sentirían.

Cuando Montés llegó a la hoguera, varios hombres se acercaron a él y depositaron en el suelo el botín con el que se habían hecho. Monedas y joyas brillaron gracias a la luz del fuego. Montés repartió algunas monedas entre

los hombres y puso las demás en un pequeño saco de terciopelo.

—Ángel —le llamó—, lleva esto mañana al pueblo, a don José, que lo reparta entre los que más lo necesiten.

—Está bien, Montés, lo haré. ¡Tú, el nuevo! —gritó a Carmen—, deja de mirar a Lola. No me gusta cómo la miras.

—Es que es tan...

—Sí, lo es, por eso va a ser mía —repuso feroz.

—No me gustan las mujeres —contestó airada.

Cuando Carmen vio cómo la miraban Montés y Ángel se dio cuenta de que había metido la pata hasta el fondo. Trató de rectificar, pero sabía que ya nada de lo que dijera la salvaría de que pensarán que era afeminado y que sus orientaciones eran diferentes.

—¿No te gustan las mujeres? ¿Eres un desviado?

—Quise decir que no me gusta Lola en ese sentido, es solo que baila con tanta pasión...

—Sí, en eso te doy la razón, esa mujer es de pura raza.

Alejandro miraba al joven molesto. No era capaz de comprender por qué siempre se sentía así a su lado. Aquel era un sentimiento fuerte que se empeñaba en quedarse dentro y hacerle sentir cosas que estaban por encima de cualquier entendimiento, como la necesidad de protegerlo o, en ese mismo momento, ganas feroces de abrazarlo, besarlo y... ¡Dios! Ya estaba otra vez duro como una roca... Tenía que poner fin a eso. Tenía que largarse de allí.

—Ángel, reúne a los hombres, nos vamos de caza.

—¿A quién vamos a cazar?

—A Carvajal. A estas horas irá de camino al burdel, a ver qué nos cuenta.

—Está bien, ¡vamos de caza! —gritó a los hombres.

—Tú quédate detrás de nosotros. Mira y aprende el negocio.

Carmen sintió que le fallaban las piernas. ¿Pretendían llevarla a asaltar a Carvajal? ¿El mismo hombre que la estaba buscando para entregarla a su padre? Pero ella no parecía ella,

ahora era un joven desviado atrapado entre feroces hombres con un extraño sentido del honor. No supo qué decir para evitar acompañarlos, así que se montó en uno de los caballos y los siguió en último lugar para evitar que Carvajal, por una extraña casualidad, la reconociera.

La ruta para salir del enclave del campamento hasta el camino principal, por donde pasaría sin duda el carruaje del capitán, fue de nuevo un intrincado lío de pisadas en círculos hacia todas las direcciones posibles. Carmen caminaba en silencio para pasar inadvertida mientras sus compañeros mezclaban sus susurros con la fresca noche.

Sin darse cuenta, una montura se fue quedando atrás hasta que se colocó a su lado. Su corazón empezó a latir con fuerza y estrépito y se llevó de manera involuntaria la mano al pecho para calmarlo. Sabía quién se acercaba: Montés.

—Mantente alejado de mí —murmuró con una frialdad que erizó el escaso vello de su cuerpo.

Carmen quiso hablar, decir algo, preguntar por qué... Sin embargo fue incapaz de hacer nada más que tratar de respirar y controlar el peso que llenaba su estómago y amenazaba con derribarla del semental.

Para Carmen pasó una eternidad hasta que todos los compañeros detuvieron el paso y se ocultaron en la espesura del bosque. Ella decidió hacer lo mismo y los imitó guardando las distancias.

Todo estaba en silencio, roto tan solo por el ulular de alguna lechuza y el zumbido de los insectos. De repente el golpeteo de cascos de caballos rompió la quietud y puso en alerta a sus compañeros.

Capítulo 12

Carvajal sonreía solo de pensar lo que iba a disfrutar esa noche en el burdel. La dueña le había dicho que tenía una joven virgen reservada para él, con suerte sería la hija de ese bastardo que se pensaba superior solo por ser noble. Todavía resonaba en sus oídos lo que le había dicho con desdén: «Hará lo que le ordene, capitán, por algo pertenecemos a clases diferentes».

Si se topaba con su hija la iba a mancillar de todas las formas posibles. Después la amenazaría con contar todo lo que le había obligado a hacer con su descaro y se la entregaría a su padre. ¡Sí, eso era justo lo que iba a hacer!

De repente, el carruaje se detuvo y el frenazo le molestó, sobre todo en la entrepierna, que ya estaba dispuesta para el festín que imaginaba.

–¡Qué demonios...! –gritó al tiempo que abría la puerta del coche para reprender al cochero por parar de esa forma. Entonces los vio.

–Buenas noches, capitán –se oyó decir a la voz afilada de Montés rompiendo la quietud.

Carmen observaba la escena en silencio. La voz de Montés sonó tan masculina y peligrosa que el miedo de nuevo se le coló por la piel y se acomodó dentro.

–¿Otra vez vosotros? Me aburrís sobremanera... ¿Por qué no le dices a tu jefe que deje de molestarme de una vez? Para vosotros la sierra, es toda vuestra.

–Me sorprende verlo... vivo. Las malas lenguas dicen que una pequeña mujer casi lo mata –dijo para herir su orgullo.

–¡La muy zorra lo pagará con su vida! Me pilló desprevenido...

–Si fuera listo, se olvidaría de ella o...

–¿O qué...? –le interrumpió altivo.

El cochero y otro chico que lo acompañaba permanecían en silencio y quietos. Alejandro reconoció al joven, era el hijo del herrero.

Tendría que hablar con su padre para saber por qué un buen chico como ese se involucraba con la alimaña de su capitán.

—O te las verás con nosotros.

—¿Así que la zorra ha logrado convencerlos de que la protejáis?

—Ahora es una de los nuestros. Si la insultas, nos insultas a todos.

Ángel asintió en conformidad con las palabras de su jefe. Montés sabía que la amenaza no lo detendría, pero al menos serviría de advertencia. Ahora quedaba en el aire cómo reaccionaría, si dejándolos en paz o buscándolos con más ahínco.

—Está bien, la dejaré en paz por el momento — dijo cuando vio que Montés se acercaba a él hasta no dejar apenas espacio entre ambos.

Carmen se percató de lo grande y peligroso que se le veía a Montés en la oscuridad y lo pequeño e insignificante que parecía el capitán a su lado. Estaba segura de que Montés era capaz de acabar con la vida de ese hombre con sus propias manos. No era rival para él y el capitán

lo sabía, por eso trataba de controlar su temperamento y mantenía los puños cerrados con tanta fuerza que los antebrazos le temblaban.

—Si te acercas a ella, te mataré —dijo en voz baja, lo que hizo que la amenaza fuese más real.

—De todas formas no me interesa por el momento, estoy ocupado en otros asuntos. ¿Sabéis algo de la hija del conde de Aldaba? La muchacha se ha escapado, aunque no me extraña...

—¿Por qué no le extraña?

—Estaba prometida con el barón de Zahara.

—¿Acaso no es uno de sus hombres? —inquirió, aunque no para saber la respuesta porque ya la conocía.

—¿Quién querría estar casada con él? No vale nada, no es más que mi marioneta —dijo sonriendo y mostrando dos muelas picadas.

Alejandro contuvo las ganas de partirle el pescuezo en ese mismo momento pero, aunque se lo merecía, no podía hacerlo, no podía dejar ver que le molestaba que insultara a su sargento,

que era él mismo.

—Nosotros no sabemos nada —dijo conteniendo a duras penas la rabia.

—Está bien, quedo advertido. ¿Me dejáis ahora continuar mi camino? Hay una joven esperando perder su virginidad conmigo —presumió.

Ángel no pudo contenerse más y se acercó raudo hasta el capitán. Lo alzó del suelo con una facilidad impresionante y lo golpeó con fuerza contra el armazón del carruaje. Carmen temió que lo matase frente a ella y sintió que se le revolvía el estómago.

—No, no irás al burdel, irás de vuelta a tu casa y no te moverás de allí.

De repente, un ruido sordo seguido de un grito ahogado los puso a todos en alerta. Un disparo. Nadie sabía de dónde procedía hasta que Alejandro descubrió la mirada asustada del joven. Levantó la mano y dio la orden de alejarse de allí antes de que la cosa se pusiera peor. De momento no había heridos y no deseaba que los hubiera.

A toda prisa montaron en sus animales y se dispersaron. Cuando Alejandro iba a desaparecer vio inmóvil al joven Carmelo. Se acercó a él molesto porque permanecía quieto y con los ojos agrandados por el miedo.

—¡Vamos! Tenemos que largarnos antes de que el disparo atraiga a más guardias civiles.

—Yo... —trató de decir Carmen, que aún no salía de su asombro—. Yo... no puedo —consiguió balbucear al tiempo que separaba la mano de las piernas y mostraba la palma llena de sangre.

Alejandro sintió que se moría de miedo, algo que nunca antes le había pasado. ¡Pero maldita sea! ¡Se sentía protector con el mocoso!

—¿Qué cojones...? ¿Te han dado?

—Eso creo.

—¿Dónde?

—En la pierna.

Alejandro no tenía tiempo que perder, sabía que el capitán ya estaría tratando de cazar a alguno de los suyos, así que con un movimiento raudo agarró al joven por la cintura y lo colocó delante de él antes de azuzar a su caballo y

empezar un rápido galope.

Alejandro cabalgaba como alma que lleva el diablo. Sentía cómo sus propios pantalones se empapaban con la sangre de ese chiquillo que provocaba aquel extraño impacto en él. Ángel se colocó detrás enseguida, sabía que algo andaba mal.

—¡Ve a avisar al Caballero! ¡Le han dado! — gritó al viento.

Ángel no dijo nada. Hizo cambiar a su caballo de dirección y galopó hacia La Andaluza, donde descansaba su jefe.

—¡Arre! —azuzó al animal, que parecía conocer el camino a la perfección.

Carmen se agarró por instinto a la cintura de Montés y dejó que su rostro descansara en el hueco del cuello del hombre que la llevaba en brazos. Estaba temblando, nunca antes la habían disparado y no sabía cómo sería la herida, que le dolía de verdad. Era un dolor que nunca antes había sentido.

No dejaba de pensar en que tal vez muriese sin conocer el amor verdadero, ese del que

disfrutaba María con su Caballero. Ella deseaba eso para sí. Le daba igual que su padre se enfadara, si lograba salir con vida celebraría la fiesta y trataría de hallar el amor verdadero. No se conformaría con menos, la vida era demasiado imprevisible como para desperdiciarla junto al hombre equivocado.

Alejandro suavizó la marcha cuando creyó que estaban a salvo, pues esa parte del río era poco frecuentada. Ansioso, bajó del caballo y después tomó al chico entre sus brazos.

¡Apenas pesaba más que una pluma! Corrió con él hacia la orilla y lo sentó en una piedra plana. Se sacó de la bota la navaja y con ella cortó la tela del pantalón y la desgarró hasta el muslo. Carmen se sintió mal, desnuda, pero no podía mostrarse melindrosa pues Montés podría sospechar más de lo que ya lo hacía. Al mirar hacia abajo y ver la piel oscura y sangrante, tuvo que obligarse a retener una arcada que sacudió su cuerpo con fuerza.

Alejandro se quitó la chaqueta y después la camisa, quedando su pecho bañado por la suave

luz de la luna. Se acercó hasta la orilla y humedeció la camisa para limpiar la herida.

Cuando hubo eliminado la sangre, analizó la gravedad de la herida tocando el muslo. Sus manos se posaron en la suave y tierna piel desnuda del chico y su polla se endureció al instante. No era capaz de comprender qué tenía ese chiquillo sin carne y sin coraje para que su cuerpo reaccionara de esa manera cada vez que estaban a solas, pero no podía negar que sentía algo por él.

Carmen cerró los ojos olvidándose instantáneamente del dolor al sentir sobre su piel las manos de Montés palpando con cuidado la carne para averiguar la gravedad de la herida. Ahora no era capaz de sentir el dolor ni el miedo, solo pensaba en que ese hombre apuesto y con el fuerte pecho desnudo la estaba tocando.

Ahogó el gemido que trató de huir de su pecho al notar cómo sus dedos le rozaban el interior del muslo. Alejandro alzó los ojos y se encontró con los del joven, de un color tan

intenso que por la noche parecían casi negros, pero que estaba seguro de que eran azules. No pudo evitar sentirse atraído por la expresión de su rostro, con los labios entreabiertos y las mejillas sonrosadas, sin duda por el roce de su mano en la pierna.

Sin saber por qué, volvió a palpar la pierna con las manos e intencionadamente rozó la cara interna del muslo de nuevo, subiendo unos centímetros... Carmen jadeó y Alejandro, sin poder controlarse por más tiempo, la besó.

Fue un beso salvaje y primitivo que hizo que el gato montés rugiese de placer al notar el dulce sabor que la boca de ese joven cohibido le entregaba. Estaba seguro de que era la primera vez que besaba a alguien y la lengua tímida y jugosa rozó la suya sin ser consciente. El leve toque hizo que Alejandro sintiera que se iba a consumir en el fuego que ese chico encendía en él. «Un chico, es solo un chico y yo estoy besándolo», pensó con miedo.

El beso acabó con un Montés furioso por no poder comprender lo que sentía y con una

Carmen que jadeaba de deseo. ¡La había besado! Y había sido el beso más maravilloso del mundo, pero ¿eso significaba que a Montés le gustaban los hombres?

Alejandro pensó que iba a volverse loco, sus pensamientos gritaban en su mente confundiendo aún más. Luchaba contra sí mismo apretando los dientes para no darse la vuelta, coger al escuálido chico y hacerle el amor de forma apasionada. Necesitaba apagar el fuego que había encendido en él.

—¡Aquí estáis! —dijo una voz de hombre apartando a ambos de sus pensamientos.

—¿Caballero? —preguntó.

—¿Qué ha pasado? ¿Carme...lo estás bien?

—Creo que sí —murmuró confusa.

—Solo le ha rozado la piel, le quedará una cicatriz de la que hablar. A ver si eso le hace más hombre —farfulló subiendo al caballo y largándose sin decir adiós.

—¿Qué demonios le pasa? —dijo Álvaro más para sí que para obtener una respuesta.

—No lo sé, me odia desde que me encontró —

contestó Carmen con el sabor de ese hombre todavía fresco en su boca.

—¿Y tu montura?

—Me trajo él.

—Está bien, sube. Vamos al campamento a que te curen esa herida.

Carmen se subió a la montura sin rechistar y ambos emprendieron en silencio el regreso al campamento.

—Lola —llamó el Caballero a la joven—, cose la herida a Carmelo.

—¿Te han dado?

—No es nada —dijo Carmen mientras se acercaba a ella cojeando.

Carmen trataba de andar todo lo deprisa que podía, pero el dolor era cada vez más agudo. De repente, una mujer airada salió de una de las cuevas que usaban como hogar abrochándose apresuradamente los lazos que cerraban el escote de su blusa. Estaba furiosa.

Tras ella apareció Montés, impotente.

La mujer parecía llorar, pero se alejó tan aprisa que Carmen no pudo corroborarlo. Se

sintió tan mal al intuir lo que había pasado que no quiso prestar atención. No debía sentirse así, como... traicionada. Montés era un hombre libre y lo que había ocurrido hacía unos momentos en el bosque... bueno para eso no tenía ninguna explicación convincente.

Alejandro se abrochó el cinturón de los pantalones con frustración. Nunca le había pasado nada parecido hasta... hasta que ese maldito mocosó apareció envuelto en la oscuridad de la noche.

El Caballero observaba la escena sin entender qué demonios sucedía. Cuando la mujer pasó por su lado pudo escuchar que murmuraba algo así como «no soy la que busca...».

Carmen escuchó las palabras con claridad y le hicieron preguntarse a quién se suponía que buscaba. Cuando cruzó su mirada con la de Montés sintió un escalofrío recorrerle la espalda al comprobar que el odio que sentía por ella había crecido, sin duda gracias al extraño beso que se dieron en el bosque.

—Ve con Lola, te coserá la herida. Mientras

yo me encargaré... de lo que sea que esté pasando con mi segundo.

Carmen caminó tan deprisa como pudo tras Lola, que apenas decía nada, y se perdió en sus pensamientos. Comenzaba a hartarse de las miradas de odio mal disimuladas que le dedicaba Montés. Era un hombre descortés y maleducado, eso es lo que era, y se estaba empezando a cansar de sus desplantes, sin embargo el beso seguía latiendo en sus labios y durante el paseo hasta la orilla del río, donde Lola le cosería la herida, no pudo dejar de pensar en él.

Capítulo 13

Álvaro entró en la cueva en la que Alejandro se había adentrado minutos antes. Estaba molesto y dispuesto a terminar con el juego que quisiera que se trajese entre manos su amigo.

—Alejandro, esto no puede seguir así —le espetó nada más entrar.

—¿Crees que no lo sé? ¡Me voy a volver loco!

—Pero, ¿qué es lo que sucede?

—Yo... —dijo con la voz agónica mientras se pasaba los dedos por la espesa melena castaña.

—Vamos, soy yo, sabes que puedes confiarme cualquier cosa. Nada de lo que me digas va a cambiar el respeto y el cariño te tengo.

—No estoy tan seguro.

—¿Qué te asusta tanto?

—¡Que lo deseo! ¡Maldita sea! —estalló—.

Nunca, me oyes, nunca antes había sentido atracción por ningún hombre y ahora... ese

mequetrefe sin chicha despierta en mí una lujuria que no puedo controlar... –se quejó asustado y herido.

Álvaro escuchaba a su amigo con la boca abierta. Era curioso cómo el destino se empeñaba en juntar a las personas que estaban predestinadas.

–Bueno, amigo –reaccionó al cabo de un rato–, seguro que se te pasa.

Odiaba mentir a alguien que era más que un amigo para él, pero no podía decir nada. Lo había prometido y luchó por ocultar la carcajada que pugnaba por salir de su boca.

–¿Te estás riendo de mí? –bramó Alejandro furioso.

–Lo siento –contestó entre risas–, es que ahora sé por qué se ha ido la Pepa tan enfadada.

–Y eso no es lo peor, amigo, ha sido la segunda vez...

–¿La segunda vez?

–Sí, la primera noche que llegó el crío quise estar con una mujer para convencerme de que

no me pasaba nada... y no pude.

–Bueno, la verdad es que parece más una mujer que un hombre, tal vez es por eso –intentó tranquilizarlo.

–No lo sé, pero creo que me voy a volver loco y además...

–¿Hay más, Alejandro? –dijo alzando la voz.

–La otra noche en el río vi a una mujer. Era la mujer más hermosa que he visto jamás y la imagen del trasero del muchacho desnudo no me abandonó ni tan siquiera con esa visión y para colmo... –continuó frustrado.

–¿Para colmo...?

–Le he besado esta noche –musitó.

–¿Que has hecho qué? –preguntó Álvaro atónito.

Alejandro miró a su amigo y bajó la mirada. Tenía que contarle a alguien lo que le carcomía por dentro, aunque quizás Álvaro no le comprendiese. Aun así tenía que arriesgarse y soltarlo porque sentía que el pecho le iba a explotar.

Álvaro observó a su amigo, que parecía a

punto de perder la cordura, y aunque tuvo la tentación de decirle la verdad no podía romper su promesa. Su palabra era su honor y era lo único que había tenido durante mucho tiempo, así que no podía faltar a ella.

—Estaba mirando la herida y al tocar la suave piel de su muslo un calor irracional se apoderó de mí y cuando lo miré y noté cómo me miraba...

—¿Y cómo te miraba?

—Con deseo, con hambre... ¡Por todos los santos apóstoles! Ya estoy otra vez listo para él.

Ante la reacción de su amigo, Álvaro estalló en carcajadas. Sabía que cuando supiera la verdad iba a reírse también y comprendería por qué ese muchacho lo confundía, o tal vez su amigo quisiera matarlo por dejarle con la incertidumbre todos esos días. No sabía qué hacer, se debatía entre una cosa y otra. Se prometió que si la cordura de su amigo peligraba, obligaría a María y a Carmen a decirle la verdad, al menos estaba claro que esos dos estaban hechos el uno para el otro.

Lola se sentó cerca del muchacho, parecía tan asustado como lo estuvo ella los primeros días. ¡Se le veía tan joven! ¿Habría sido ella alguna vez así? Sí, lo fue, justo antes de caer en las manos de su amo.

–Te han dado—señaló Lola lo obvio.

–Sí, no he tenido mucha suerte —musitó—. La otra noche te vi bailar, lo haces muy bien —comentó para no hablar de ese momento. Todavía perduraba en su cuerpo el miedo que había pasado.

–Gracias, es lo único que me permite ser libre —confesó.

–¿No lo eres aquí? —interrogó sorprendida por la confesión.

–A veces, pero no lo fui y la marca que ha dejado mi amo en mi piel y mi alma permanecerá grabada para siempre.

–¿Te maltrataba?

–Más que eso, hizo conmigo todo lo que quiso.

—Lo siento —se disculpó, aunque no era culpable de nada, pero sentía que su futuro pendía de un hilo y que bien podría ella misma llegar a ser como esa mujer que ahora la ayudaba con su herida lamentando el dolor que su prometido podría hacerle.

—No es tu culpa, además aquí estoy a salvo.

—Ángel me ha gruñido —dijo inocente.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque me quedé embobado mirándote. No quería insultarle, no sabía que eras suya.

—¿Suya?

—Eso me ladró —confesó ahora ruborizada por haber metido la pata.

—Bueno a mí no me ha dicho nada.

—¿Pero te gusta?

—Es un buen hombre. Parece que ha sufrido mucho, aunque no sé por qué. No habla demasiado.

Las dos callaron unos instantes y el viento frío erizó la piel de Carmen. Lola cosía la herida con maestría, apenas notaba la aguja entrar y pasar por su tierna carne.

–Tienes piel de chica, es más, muchas mujeres desearían una piel como la tuya.

–Gracias –repuso silenciosa.

–Es extraño, pero algo me dice que puedo confiar en ti.

–Y puedes –sonrió.

–Tengo miedo de que me encuentren.

–Yo también.

–Aquí estáis –las interrumpió el Caballero–. Lola, María quiere que mañana vayas a La Andaluza, necesita ayuda.

–Está bien.

–Me marchó, no quiero que María esté sola toda la noche.

–Buenas noches –contestaron al unísono.

Lola se levantó y se enjuagó las manos en el agua fría del río. Después de preguntarle a Carmelo si podía llegar solo al campamento y de que este dijera que sí, se marchó con paso tranquilo, tal y como ella era.

Lola llegó a una curva del camino que al principio le asustaba, pues no se podía ver qué había delante, pero ahora sabía que allí estaba

segura. Apoyado en un frondoso pino vio a Ángel, que al parecer la estaba esperando. Las palabras de Carmelo resonaron en su mente con fuerza. Él le había advertido que era suya, y de repente sintió que su estómago se llenaba de una sensación extraña y a la vez placentera.

– Buenas noches, Lola – dijo con su voz profunda y sensual

– Buenas noches Ángel.

– ¿Has cosido al crío?

– Sí, ha tenido suerte. No deberíais haberle llevado, es muy inocente.

– Lo dejamos lejos, ha sido un desafortunado accidente.

– Podía haberos costado la vida a alguno – advirtió.

Ángel se colocó frente a ella, interrumpiéndole el paso. Estaba decidido, se lo diría, de todas formas todos sabían ya sus intenciones y ella debía de saberlo también. Así que estaba dispuesto a confesarle que quería quedarse con ella.

– Siempre existe ese riesgo, por eso... – dijo

colocando un mechón de la oscura melena de Lola tras su oreja.

—¿Por eso... ? —preguntó Lola a la vez que tragaba con dificultad.

—Por eso quiero que sepas... ¡Maldición! —blasfemó. No era un hombre de palabras, a pesar de ser maestro. Él era un hombre de acción, así que eso haría: actuar.

Se acercó hasta ella y la agarró por la nuca con firmeza y suavidad. Lola podía ver reflejada en sus ojos la lucha interna que mantenía. Aquellos ojos grises soltaban chispas plateadas que le recordaban a los relámpagos. Sabía que la deseaba, pero en ninguna ocasión lo había dejado ver con tanta claridad como ahora.

¿Deseaba que la besara? ¡Por Dios sí! Era la primera vez que deseaba ser besada y que no era obligada a ello, así que entreabrió los labios para hablar y sus palabras fueron ahogadas por el gruñido de satisfacción que Ángel soltó cuando sus labios se fundieron.

Era lo más dulce que había probado jamás. Sabía a gloria, a pecado a... deseo. La boca de

Lola era como el néctar de los dioses y su corazón latía a mil por hora gracias a una sensación que le llenaba de vida.

Lola jadeó ante la sorpresa y se dejó arrastrar por él. Era magnífico. No tenía idea de que un beso pudiera causar tales estragos en su cuerpo. Las piernas le temblaban, el estómago parecía un mar revuelto, el aliento se le aceleraba o desaparecía con la misma rapidez y un calor abrasador goteaba por sus piernas.

Ángel profundizó el beso y la levantó por la cintura para pegarla más a él. Lola pudo sentir su sexo golpeándole en el suyo propio, llamándola suavemente, pidiendo permiso... Nunca se lo habían pedido antes, estaba acostumbrada a las exigencias de la bestia, nada que ver con esto que sentía.

Sus manos se atrevieron a enredarse en la espesa mata de pelo de Ángel y sus dedos jugaron con los rebeldes cabellos arrancando gemidos desesperados del pecho del hombre. Las manos de Ángel acariciaron uno de sus pechos mientras con dedos hábiles sacaba el

otro del corsé que los mantenía encerrados. Al saber que estaba fuera no pudo evitar mirarlo y quedarse con la boca abierta solo de pensar en cómo sabría ese cremoso manjar.

Su lengua actuó más rápido que su mente y, antes de comprender qué sucedía, ya tenía el sonrosado pezón dentro de la boca y sentía cómo el cuerpo de Lola se arqueaba hacia atrás disfrutando de la húmeda caricia.

Notar cómo la mujer se retorció entre sus brazos gracias al placer que le regalaba le hizo sentir que iba a perder la cordura. Si no paraba iba a hacerla suya allí mismo y cualquiera podría pasar y descubrirlos. Con un esfuerzo sobrehumano separó su boca del dulce e inhiesto pezón y volvió a colocarlo en su sitio.

—Eres mía, no lo olvides —dijo a la vez que se marchaba por donde había venido.

Lola no supo qué decir. Estaba atolondrada, temblaba de arriba abajo y solo su pecho agitado le confirmaba que había sido real. Se había declarado de una forma un poco extraña, pero le había dicho que era suya. Y Lola, sin saber por

qué, sonrió y se marchó de vuelta al campamento acompañada tan solo por la oscuridad de la noche.

Capítulo 14

Carmen se quedó un rato a solas. Le gustaba escuchar el sonido del agua al pasar entre las rocas, el ulular del viento entre las hojas de los árboles, la paz que sentía al estar allí. Estaba segura de que no iban a hacerle daño, los hombres la habían defendido frente al capitán aun sin saber quién era.

Se preguntaba si su prometido conocería a algunos de los bandoleros y si por eso parecían tenerle simpatía. Desde luego el capitán tenía pinta de ser tan violento como describían. Solo pensar en él le puso los pelos de punta. Recordó a Lola y sintió una profunda tristeza; ninguna mujer se merecía pasar por algo así, ninguna... Unas pisadas amortiguadas la distrajeron y al volver el rostro lo vio. Iba todavía sin la camisa, solo con los pantalones mal abrochados, y tenía esa mirada seria que siempre llevaba y que

despertaba en ella ganas de saber qué estaría pensando.

Suspiró pesadamente al darse cuenta de que no podía quitárselo de la cabeza, ni a él ni el beso que le había dado. ¿Le gustarían los hombres? ¿Le gustarían las mujeres y los hombres? Alguna vez había escuchado a su padre hablar de esas prácticas que no comprendía.

Intentó levantarse, pero la pierna le falló. A pesar de la perfecta sutura, la herida se abrió y empezó a sangrar de nuevo.

—Deberías cuidarte eso, si se infecta puedes tener serios problemas, chico —dijo con su voz áspera.

—Sí, lo siento, ya me iba...

—Espera, yo... —titubeó acercándose a él—. Yo... Quería decirte que lo siento.

—Está bien.

—Nunca antes me había pasado. ¿Tú cuándo te diste cuenta?

—¿De qué?

—¡Demonios! ¿Voy a tener que decirlo en voz

alta?

—Si quieres que sepa a qué te refieres, sí.

—¿Cómo es posible que seas tan... inocente?

Alejandro calló, necesitaba hablar con él y que comprendiese que a él no le gustaban los hombres, o al menos no los demás porque por ese extraño muchacho sí parecía sentir algo impropio.

—Quiero saber si siempre has sabido que te gustaban los hombres.

Carmen ocultó la sonrisa que empezaba a dibujarse en su cara.

—Sí, siempre he tenido claro que me gustaban los hombres.

—¡A eso me refiero! Siempre me han gustado las mujeres. ¡Demonios, soy muy bueno dándoles placer! Y, ahora, de repente, me siento atraído por ti... No logro entenderlo.

—Solo fue un beso.

—¡No digas eso solo para quitarle hierro al asunto! Yo estaba allí, ¿recuerdas? Sé que te gustó tanto como a mí...

Lo había dicho en voz alta, le había gustado

ese beso, tanto que después no había sido capaz de satisfacer a la Pepa y la Pepa, era mucha Pepa.

—Sí, me gustó el beso, aunque no tengo con qué comparar: has sido el primero en besarme — dijo en voz baja.

La situación se les estaba yendo de las manos. Alejandro estaba otra vez demasiado cerca de ella, que permanecía sentada sobre la piedra, ahora húmeda, a la orilla del río. Sintió sus manos cerca de su cuerpo y supo que si la tocaba estaría perdida, toda su tapadera se desvanecería. Así que aunque lo que de verdad deseaba era ser besada de nuevo por Alejandro, se levantó como pudo y se marchó, sola, caminando de nuevo hacia el calor de la hoguera. Un calor que necesitaba con desesperación, pues se sentía helada.

Cuando llegó al campamento se sentó cerca de la lumbre. Nadie habló con ella y eso le permitió dedicarse a observar a los demás. Las mujeres se habían cansado de bailar y de deleitar a los demás con sus movimientos

sinuosos. Sin saber por qué dos de ellas se sentaron a su lado, pero ninguna le dirigía la palabra.

Ambas se pusieron a murmurar acerca del comportamiento extraño de Alejandro. Carmen afinó el oído, aunque siguió con la mirada fija en las ascuas. Las mujeres parecían preocupadas, nunca antes había querido la compañía de ninguna de ellas y, de repente, en dos noches seguidas había elegido a dos mujeres diferentes y al final no había podido consumir el acto con ninguna.

Las mujeres se reían entre dientes tratando de descifrar qué era lo que le ocurría a ese hombre atractivo y bien dotado que conocían.

«¿Bien dotado?», se preguntó Carmen. No se había fijado en ese detalle, pero, claro, aún no había estado con ningún hombre. Para ella eso era algo sin importancia, aunque esas mujeres parecían conocer el tamaño de los miembros de todos aquellos hombres y, según sus comentarios, Montés escondía un buen trabuco bajo los pantalones.

Carmen sintió cómo se sonrojaba. No podía evitar que el color encendiese sus mejillas y agradeció en silencio que el calor de la hoguera disimulara su sonrojo.

—Si quieres estrenarte, llámame —le susurró una de las mujeres guiñándole un ojo seductor.

Carmen se tensó enseguida, pues no se había preparado para ese tipo de comentarios. Debería haberlo tenido en cuenta. Agachó la mirada como respuesta y vio de reojo cómo la mujer que se le había insinuado se alejaba sonriendo y disfrutando del azoramiento de un joven virgen e inexperto, pero en realidad lo que más temía era meter la pata y que todos supieran quién era en realidad.

—Deberías comer algo, no te he visto comer nada desde que llegaste —le dijo un hombre que se acercó hasta ella con un plato de comida.

— Gracias —murmuró.

—No hay de qué. ¿Te has llevado un buen susto, eh? —dijo señalando la herida—. No te preocupes por ellas, todos fuimos inocentes alguna vez, incluso ellas, aunque ya no sean

capaces de recordarlo. Ya llegará tu oportunidad.

—Gracias, señor —dijo de nuevo, pues no recordaba su nombre.

—Llámame Liebre, todos me llaman así.

—¿Liebre? ¿Por qué ese nombre?

—Porque soy muy rápido —confesó sonriendo.

Carmen le sonrió con franqueza y enseguida se arrepintió. El hombre se sintió incómodo y se alejó de él. Lo había vuelto a estropear al mostrar tan abiertamente sus sentimientos, debía tener más cuidado con su manera de actuar. Ahora era un hombre.

Poco a poco todos se fueron retirando a descansar a excepción de los dos hombres a los que les tocaba la guardia. Carmen no tenía claro dónde iba a dormir, si de nuevo en el catre que había usado dentro de la casa cueva o a la intemperie, como el resto de los hombres.

—Carmelo —lo llamó la voz de Montés—. Dormirás aquí —dijo sin más.

Carmen se dirigió hacia la cueva sin decir nada. La verdad era que no le apetecía volver a

pasar otra noche cerca de Montés, y ahora menos, él la había besado... bueno, a Carmelo, pero eso no aliviaba el amasijo de nervios que eran ahora sus tripas.

Cuando entró en la cueva dispuesta a ignorarlo todo lo que pudiese y tratar de descansar, se encontró con el hombre aún desnudo de cintura para arriba. Alumbrado por la tenue luz de las teas, no pudo evitar fijarse en sus fuertes brazos y su abdomen marcado, sin duda por el ejercicio continuado. Los pantalones, oscuros, se le ceñían a las largas y musculosas piernas. Con cada movimiento se marcaban cada uno de sus músculos, que no eran pocos.

Se fijó en que no se había rasurado la barba y la mancha oscura que se formaba en sus mejillas lo hacía más atractivo, más rudo. Deseó extender la mano y acariciar la áspera piel, dejar que sus dedos resbalasen por su atractivo rostro y que de nuevo la besara.

Al contrario que otros hombres, él no le parecía desaliñado, sino salvaje. También parecía... torturado, quizás por no haber

consumado el acto con la mujer que se había marchado enfadada.

No podía tenerlo claro, no se había dignado a levantar la mirada.

–Buenas noches –acertó a decir.

–Lo serán para ti –masculló él–. Me ha vuelto a tocar hacer de niñera –añadió con despecho.

–Siento ser una molestia para ti –comentó Carmen con la voz rota.

¿Acaso la culpaba a ella de la atracción que sentía? Quizás. Debía reconocer que sería complicado para un hombre como él pensar que ahora, de repente, le gustaban los hombres. ¿Sería mejor confesarle la verdad?

Montés la miró y ella agachó la mirada para evitar que distinguiese, a la luz de la cueva, el verdadero color de sus ojos.

Alejandro se arrepintió enseguida de las palabras que le había dedicado al joven, al fin y al cabo él no tenía la culpa de que él sintiera... esas cosas... por él. Pensó en la chica del lago, la única que le había causado una sensación

similar. Debía encontrarla, saber si con ella era capaz de finalizar el acto.

Y mientras pensaba en esa posible solución, ahí estaba de nuevo esa gran erección, solo por pensar que iba a dormir bajo el mismo techo que el muchacho. Estaba furioso, sí, pero no con el chico, sino con él mismo.

—Lo siento, nada de lo que sucede es culpa tuya. Siento haberte convertido en el blanco de mi frustración.

—No importa, supongo que lo entiendo. No es la primera vez que me sucede algo así.

Y, para su pesar, era cierto. Recordaba a su amiga Lidia, ¡cuántas veces por celos la había desmerecido delante de los demás! Siempre se había burlado de ella y había acentuando sus defectos, como su altura, desmesurada para ser mujer o considerarse bonita, o sus extremidades, demasiado largas para ser tomadas por gráciles o atractivas para los hombres.

Se lo había repetido tantas veces a lo largo de los años que ella misma no se consideraba una mujer deseable... porque no lo era. Y por eso su

padre no había tenido más remedio que prometerla con un vejestorio lleno de verrugas peludas.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—¿Tienes frío? —le preguntó Alejandro al notar su repelús.

Carmen asintió, pero no tenía fuerzas para decir nada. Alejandro se dirigió al centro de la cueva y avivó la pequeña hoguera que reinaba en el hogar. Con un gesto de la mano le indicó que se sentara allí.

—Eres muy joven... —comentó, más como una observación, como si no esperase respuesta.

—No tanto, señor, ya he cumplido los veinte.

—No lo parece, te echaba dieciséis.

—Pues tengo veinte, señor.

—No tienes apenas vello, ni músculos. Tus facciones son demasiado femeninas, al igual que tus maneras, tu forma de caminar... Incluso tu voz suena como la de una chica.

Eso era, ahí estaba. Ese era sin duda el Montés suspicaz del que le había advertido María. Se había percatado de todo eso con

apenas unas miradas.

—No sé, señor, qué hay de malo en mi cuerpo, pero lo que sí sé es que tengo veinte años. Lo demás he de agradecerse a la naturaleza, que no me ha dotado de la corpulencia propia de los hombres, lo que, junto a mis facciones y mi voz afeminada, me ha costado burlas constantes.

Carmen tomó aire después de soltar la parrafada y se sintió orgullosa al pensar que lo estaba haciendo muy bien.

—Supongo que no te habrá sido fácil.

—No, no lo ha sido. A pesar de todo, aquí estoy, donde quería estar.

—¿Por qué nos buscabas?

—Porque necesitaba refugio. Huía.

—¿De qué huías?

Carmen dudó, no podía decirle la verdad. ¿Qué excusa inventar entonces?

—De mi padre... No me entiende, solo es eso.

—Bueno, todos tenemos padres así —sonrió relajado por primera vez.

Y al hacerlo, el corazón de Carmen se detuvo un leve instante antes de volver a latir con

fuerza y rapidez. Estaba hiperventilando, se sentía desfallecer. Era el hombre más atractivo que había visto y cuando sonreía su corazón se inflaba tanto que temía que estallase en miles de trozos. Se notaba las manos sudadas, la boca reseca, la respiración agitada... exactamente igual que María le había contado que se sintió cuando se enamoró del duque. ¿Era acaso eso el principio del amor?

—¿Estás bien, chico? —preguntó Montés ahora enfadado.

—Sí, lo siento. Mejor me iré a dormir.

—Sí, mejor —contestó Alejandro con frialdad.

Estaba molesto de nuevo. En el momento en que el chico le había mirado con fijeza para después sonrojarse y había entreabierto sus labios, solo había podido pensar en meter dentro su lengua caliente y saborearlo. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Estaba enfermo? No comprendía por qué ese chico apocado y que había llegado de la nada lo inflamaba con tanta pasión. Por más que intentaba saber cuál era el motivo, no era capaz de averiguarlo.

Se sintió otra vez frustrado por no poder dominar sus emociones ni controlar las reacciones de su cuerpo. Debía estar volviéndose loco, pues de nuevo estaba admirando el trasero del chico y pensando en darle un buen mordisco. Tenía que salir de la cueva antes de hacer algo de lo que se arrepintiera por la mañana.

—No te muevas de aquí, he de irme.

Carmen lo escuchó salir, pero no dijo nada. No podía creer que la fuese a dejar sola. Su mente bullía preocupada. No le gustaba quedarse sola en la cueva, al menos él la protegía o eso quería creer. Pero ¿y los demás? ¿Estarían sujetos también a la promesa de no hacerle daño?

Sin pensarlo más, salió sigilosamente de la cueva dispuesta a seguir a su gato montés.

Capítulo 15

Carmen tuvo cuidado de no ser descubierta. Lo siguió a una distancia prudencial hasta que tuvo que detenerse. Se había lanzado al río de cabeza sin dudarle un instante; había llegado a la orilla y se había metido de lleno en el agua helada.

Después de unos segundos eternos, Carmen empezó a sentirse incómoda, asustada. Tardaba demasiado en salir. Los pensamientos iban y venían solos. El que cobró más fuerza fue el de que se podía haber dado con una piedra del fondo en la cabeza, estar inconsciente y tragando litros de agua.

No podía seguir ahí parada, pero... ¿qué hacer? Si se presentaba como Carmelo tendría un serio problema, pues le había ordenado permanecer en la cueva, sin moverse, esperándolo. Haría lo que tenía que hacer. Se

deshizo de las ropas y del pañuelo, lo salvaría como mujer, como Carmen.

No se detuvo a pensarlo más. Escondió sus ropas masculinas y el pañuelo y se dirigió al río tan solo con su escasa ropa interior puesta; no era momento para avergonzarse, Montés podía estar pasando a mejor vida mientras dudaba.

Corrió tanto como sus piernas temblorosas se lo permitieron. Llegó al lugar desde donde le había visto lanzarse al río y miró hacia las aguas turbias y oscuras. No conseguía ver nada, absolutamente nada.

Sin pensarlo más, saltó al agua y comenzó a zambullirse buscando a Montés. Sumergía sus largos brazos y palpaba con cuidado el agua por si tenía la suerte de tocarlo. Cada segundo que pasaba y no era capaz de hallarlo, se sentía más y más preocupada. Siguió tratando de encontrarlo sintiendo tal impotencia que en realidad no prestaba atención a lo que hacía ni hacia dónde se dirigía, tan solo tanteaba el lecho del río con los brazos y la piernas, pero no era capaz de dar con él.

Caminó siguiendo la dirección de la corriente. Si se había quedado inconsciente, su cuerpo, al no oponer resistencia, se habría dejado llevar por el flujo del agua. Mientras caminaba tratando de abarcar todo el terreno posible pensaba en que, que ella supiera, no había manera de salvar a alguien que había tragado mucha agua.

Asustada por esa posibilidad, no advirtió que de repente podía ver con más claridad. En su deambular por el río había dejado atrás la zona más boscosa y se encontraba en una pequeña poza que formaba un lago de forma natural. En ese claro apenas había árboles que ocultasen la luz de la luna.

Miró hacia arriba y se quedó prendada del cielo lleno de estrellas que parpadeaban, sin duda, lanzando guiños a la luna, que lucía redonda y brillante. Era tan grande que tuvo la sensación de que si se ponía de puntillas podría alcanzarla con las manos.

Carmen no recordaba haber visto jamás una luna tan redonda, grande y amarilla. No era plateada, sino que tenía un color amarillo pálido,

como el de la vainilla.

Se quedó sin respiración sumergida en la belleza que la rodeaba, hasta que algo la tocó. Dejó escapar un largo grito, pero una mano acarició su boca para acallarla y un segundo después se encontraba girándose en el agua.

—Chiss —le murmuró alguien al oído—. No voy a hacerte daño. No grites, por favor.

Carmen asintió con la cabeza y aquella mano desapareció de su boca para descansar sobre sus hombros. Alzó la mirada y se encontró con el rostro de Montés salpicado de gotas brillantes. Suspiró aliviada, estaba bien.

—Gracias a Dios —dijo sin pensar, presa de un gran alivio—. Pensé que te habías ahogado.

—¿Por qué pensaste eso?

—Te vi sumergirte en el agua oscura, pero no volviste a salir a la superficie.

—¿Y fuiste a rescatarme?

—Eso parece —contestó levantando los hombros.

Carmen se quedó en silencio. Estaban hablando con naturalidad. Alejandro no la

miraba con desdén ni le hablaba de forma brusca, además estaba sonriendo, complacido. ¿Qué había de diferente de repente entre ellos?

Entonces lo supo: no era Carmelo, esa era la diferencia.

—¿Qué hace una mujer hermosa y sola sin más protección que la oscuridad?

¿Montés le decía que era hermosa? No sabía qué pensar ni qué decir. ¿Qué se le contesta a un hombre así cuando te dice que le pareces hermosa?

La miraba con intensidad. Sus ojos destellaban peligrosos y su torso desnudo y húmedo era una trampa mortal a la que no estaba segura si podía o quería resistirse... Trataba de pensar a toda velocidad, reaccionar para no parecer una mujer insulsa y tonta, pero no era capaz de hallar esa conexión que unía su cabeza con su garganta para poder articular sonidos y darles coherencia. Entonces, recordó la maldición que suponía el color de sus ojos y bajó la mirada.

—Siento si te he incomodado —le dijo él—. La

otra noche te vi. ¿Eras tú, verdad?

¿La otra noche la había visto? ¿Cuándo? ¿Cómo? Carmen seguía sin contestar, concentrada en él, en su pecho firme, en esos brazos fuertes a los que deseaba arrojarse con descaro para obligarlos a estrecharla contra él, en esa boca de labios gruesos y picantes que ya había saboreado...

Alejandro estaba confuso, esa mujer era tan misteriosa... ¿Qué estaría pensando?

–Te vi en el río –dijo sin más.

Carmen pensó que era muy caballeroso de su parte obviar el detalle más que probable de que la había visto desnuda, porque así fue como se metió en el río. Así que imaginaba que le habría echado un buen vistazo en todo su esplendor y al pensarlo la cara comenzó a arderle.

–No era mi intención, tan solo te encontré allí...

–Sí, supongo que fue mi culpa... –susurró avergonzada hasta lo más profundo de sí–. Ahora que sé que estás bien, he de irme.

–No te vayas todavía, por favor. Dime quién

eres.

—Eso no tiene importancia.

—Para mí es muy importante.

—¿Por qué? No me conoces, no sabes nada de mí.

El silencio se acomodó entre ellos. Tan solo se hablaban con sus miradas. El deseo en los ojos de ambos era evidente y Carmen temió dejarse tentar por él y caer en sus brazos. El problema residía en que era un bandolero y una relación entre ellos nunca podría tener lugar. Su padre podría perdonarla por casarse con otro siempre que fuese de pura raza, ¿pero con un bandolero? Nunca se lo perdonaría.

—Es cierto, no sé nada de ti, pero desde que te vi la otra noche no he podido dejar de pensar en ti.

Carmen se sorprendió. Acababa de confesarle hacía unas horas que le había gustado su beso, ¿y ahora le decía que no había podido dejar de pensar en ella? Confusa, le miró a los ojos, unos ojos que parecían suplicar que no se fuese, rogar por pasar un momento más

con ella.

Alejandro estaba tenso, expectante, esperando la decisión de la mujer. No iba a obligarla, tan solo deseaba estar un momento con ella a solas. No quería perderla de nuevo sin saber algo sobre ella. Y de nuevo se sintió un hombre, excitado con la sola visión de una mujer como cuando tenía veinte años.

Era preciosa, la mujer más hermosa que había contemplado nunca. Verla cubierta tan solo por la ropa interior húmeda que se le pegaba al cuerpo hacía hervir su sangre, casi podía sentirla burbujear en sus venas. ¿Sabía esa mujer lo atractiva que era y cómo se fundía la delicada tela con cada una de sus perfectas curvas?

Su estrecha cintura daba paso a unas curvas generosas que enmarcaban sus caderas. Sus piernas largas y esbeltas estaban a la vista por completo... No podía dejar de pensar en qué se sentiría al arrancarle la escasa ropa que la cubría, sostener sus pechos llenos entre sus manos y acariciarlos con su lengua. ¡Los pantalones iban a estallar si seguía así!

Ella movió la cabeza, y ese gesto inocente hizo que su miembro palpitara. Su maraña de pelo, del color de la espesa miel, cayó sobre sus hombros y dejó algunos mechones sobre su rostro, cerca de la boca, esa boca de labios sonrosados que parecían tan suaves como la seda.

Aunque luchó con todas sus fuerzas, no pudo contenerse más y le retiró las guedejas de cabello húmedo del rostro. Al llegar a la que jugaba entre sus labios, la alejó para sustituirla por sus dedos. Acarició los labios casi con reverencia, como si no creyese que fueran reales. Cerró los ojos para ocultar a los de ella todo el placer que ese leve contacto le proporcionaba. No podía dejar de imaginar su boca junto a la de ella, haciéndola suya, reclamándola para sí, ni de pensar en besar después su cuello, sus pechos, su estómago, hasta llegar a su sexo.

Un gruñido profundo rugió en su pecho y se obligó a dejar esas fantasías, pues si no lo hacía iba a tomarla allí mismo, en esa pequeña poza de

aguas claras. Era una diosa casi desnuda adornada por el brillo de la luna.

Carmen no sabía qué hacer, no era capaz de reaccionar. No entendía qué le sucedía. Siempre había sido decidida y había estado siempre dispuesta a todo, incluso a irse a la aventura con tal de no aceptar un matrimonio que no deseaba... Lista para todo menos para esto. ¿Cómo despegaría sus pies del lecho del río si estaba anclada a él?

Supo que era incapaz de hacer que su cerebro enviase las órdenes pertinentes al resto de su cuerpo cuando se encontró acariciando el rostro del hombre antes de bajar hasta su pecho fuerte y húmedo.

Alejandro abrió los ojos sorprendido y ella observó cómo esos ojos pardos se volvían negros, consumidos por el deseo. ¿Eso era la pasión? No estaba segura, pero su tortura continuó cuando sus dedos jugaron con el vello oscuro del hombre. Era un pequeño nido de suaves rizos y enredó sus dedos en él para después deleitarse dibujando cada músculo del

abdomen. Nunca antes había tocado el cuerpo de un hombre y se sorprendió al ver que era firme y duro.

No le importaban nada ni nadie en ese momento, tan solo era una desconocida que Montés nunca más volvería a ver. Nunca. La certeza de que nunca más se verían le hizo sentirse segura y se perdió en su propio deseo al ver cómo reaccionaba Montés ante sus roces.

Alejandro no quería engañarse pensando que ella estaba tomando la iniciativa, no iba a tener tan buena suerte. Sus movimientos no eran los de una mujer experta que sabe dónde y cómo acariciar a un hombre, eran más bien los de una joven inexperta y llena de curiosidad. Parecía una sirena que el agua había traído para él; un regalo de la noche.

Apretó los dientes al sentir que sus manos se paseaban por debajo de su ombligo y su sexo se tensó ante la posibilidad de que aquellas manos le regalasen una caricia. Estaba a punto de perder el control y sabía que no debía, pero esa mujer era la tentación en persona, creada para

volverlo loco.

En ese momento supo que era perfecta para él, con ella a su lado no envidiaría más la suerte que había tenido su amigo Álvaro al conseguir que una mujer como María lo amase.

Pero no podía seguir adelante, era un hombre honorable y estaba prometido. No debía seguir allí disfrutando de esa mujer que en realidad no podría ser suya. Pero, por otro lado, aún no estaba casado, ni siquiera conocía a su futura esposa, lo que hacía que su compromiso todavía no fuera real.

Y... solo sería un beso. Un solo beso de esa diosa de las aguas.

Posó su fuerte mano sobre la suave piel femenina y la presionó con fuerza contra su pecho para que pudiese escuchar el atronador latido que allí sonaba. La mujer lo miró a los ojos y por primera vez, Montés, se dio cuenta de que había algo extraño en ellos, aunque no era capaz de saber qué era exactamente debido a la falta de luz.

La mujer le devolvía una mirada intensa,

sorprendida y expectante, igual que la de él. Sus cuerpos se acercaron sin apenas darse cuenta, estaban muy cerca el uno del otro, tanto que Alejandro podía escuchar que el corazón de esa extraña latía al mismo ritmo frenético que el suyo. Notó los muslos llenos cerca de los suyos, su cadera cerca de la de él, el roce de su suave piel sobre la suya propia, curtida, y no pudo seguir resistiéndose.

Por la mañana se arrepentiría, pero ahora sería suya, al menos la probaría. Acercó su boca a la de ella y la besó. Carmen se sorprendió ante la cercanía y el calor que desprendían sus cuerpos a pesar de estar mojados, acariciados por la fresca brisa y apenas sin ropa. Aun así no sentía frío. Jadeó ante la sensación de poder saborearlo de nuevo y la lengua del hombre la atravesó para fulminarla como si de un rayo se tratara, cortándola por la mitad y electrizando su alma. Lo notaba dentro de ella. Sus cuerpos se rozaban intercambiado el calor que despertaba el uno en el otro. Una de sus manos le sostenía la nuca y la otra se había adueñado de su cintura

y la apretaba contra él.

Solo podía escuchar el sonido de su corazón bombeando sin descanso y notar el calor que emanaba del cuerpo masculino y despertaba el de ella. Estaba perdida, no era capaz de pensar o respirar otra cosa que no fuese él. Notaba su sabor, fuerte, picante y fresco, y se dejó embriagar por su olor a libertad y fuego.

Y, sobre todo, se notaba a sí misma como jamás se había sentido. Más viva que nunca. Excitada y consciente de que la humedad de sus piernas no era por el agua del río, sino por ese beso que le llenaba hasta el alma. Entonces ocurrió, lo oyó y supo que acababa de perderse para siempre. Nunca antes lo había sentido ni escuchado, pero supo con certeza que ese sonido era el aleteo de una mariposa en su interior, el primero, un suave aleteo que acababa de despertar un gran amor en su interior. El fuego se desató de repente y ahora parecía no tener bastante, necesitar más aún de lo que le daba. Se alzó de puntillas y se apretó contra él, tenía que sentirle más adentro, más cerca. Su

lengua se unió a la de él dejando que la saboreara por completo y conociendo su sabor. Montés gimió, ella jadeó. El beso no acabó sino que cobró una nueva fuerza. Sus lenguas siguieron enredadas, jugando la una con la otra a un juego peligroso del que ambos podían salir lastimados.

–Debemos parar... –gimió él.

–Sí, deberíamos –confirmó ella.

Pero las manos del hombre se movieron por su cuerpo hasta llegar a sus nalgas, debía gritar, detenerlo, pero no podía y cuando él le apretó el trasero con sus fuertes manos se excitó más. Era como si ya no fuera el aire lo que necesitaba para seguir con vida, sino a él. Anhelaba tenerlo dentro para que la llenara de vida, de aire puro. ¿Era algo normal? ¿O estaba enfermado?

Sus manos parecían no tener ningún reparo en hacer lo que no debían y acariciaron la amplia espalda del hombre, que no pudo contener un jadeo que dejó escapar separando por un doloroso instante sus bocas.

Se miraron perdidos el uno en el otro y sus labios volvieron a unirse en otro beso, y luego otro en el que se alternaron los gemidos y jadeos.

Alejandro atrapó el labio inferior de la mujer entre sus dientes y tiró con suavidad mientras su polla, dura como las rocas que los rodeaban, rozaba el sexo húmedo de ella.

Carmen pensó que iba a morir de placer, nunca, ni en sus mejores fantasías, había pensado que la intimidad con un hombre pudiera ser tan buena. Sus manos se elevaron hasta el rostro masculino que la miraba con las pupilas convertidas en dos pozos negros. Nublados. Sabía que él, igual que ella, luchaba por mantener el poco control que le quedaba.

Era consciente de que debía acabar o estaría perdida. No podía entregar su virginidad a ese hombre aunque lo deseara con todas sus fuerzas porque, a pesar de que en ese instante no le importaran las consecuencias, sabía que al final las habría y le importarían. Lo primero que haría su padre sería intentar dar con él para que

acabase, con mucha suerte, con los huesos en la cárcel hasta pudrirse.

—Lo siento —jadeó—. No puedo.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar con dificultad. Aunque sabía que debía alejarse, su cuerpo, su corazón y su alma le gritaban que regresara a él.

—Dime al menos cuál es tu nombre —suplicó.

—No puedo, he de irme.

—¿Volveré a verte?

—Nunca más.

No se giró para mirarlo, si lo hacía estaría perdida y se rendiría sin oponer resistencia. Así que se obligó a caminar en silencio, sin mirar atrás y dejando que las lágrimas bañasen su rostro. Lloraba de alegría y tristeza porque sabía que nunca más sería feliz con un hombre, ningún otro le haría sentir lo que sentía con Montés y ese amor era un amor prohibido para ella.

Capítulo 16

Alejandro sabía que no debía dejarla ir, que tenía que seguirla y no dejarla escapar, pero no podía moverse. Un agujero enorme lo tenía atrapado, un agujero lleno de soledad y amargura. Estaba permitiendo que se fuese y la seguridad de que ya no volvería a verla le dolió más que la certeza de que ya nunca podría estar con otra mujer que no fuese su sirena misteriosa. Una mujer que se había lanzado al agua para rescatarlo al pensar que estaba en peligro, una mujer hermosa que había despertado todos sus sentidos, una mujer de pura raza.

Sabía que no debía besarla, que tenía que estar buscando a su prometida sin descanso, pero la realidad era que después de varios días de búsqueda no habían tenido suerte y todos, aunque nadie lo dijera en voz alta, pensaban que

cada vez era menos probable encontrarla con vida.

Una voz le gritaba por dentro, imperiosa, que tenía que reaccionar, ir a descubrir quién era esa joven misteriosa. Muchas preguntas se agolpaban en su mente perdida en una espesa bruma de deseo que se resistía a abandonarlo y, entonces, una pregunta se hizo oír por encima de las demás.

«¿Qué hace tan cerca del campamento? ¿Quién es? ¿Una bruja? ¿Una sirena? ¿Una invención de mi mente? ¿Dónde se oculta durante el día? ¿Qué tienen de extraño sus ojos?»

¡Maldita sea! ¡Debía reaccionar! No podía quedarse así, sin más, con toda una montaña de dudas a la espalda, no sería capaz de soportar tanta incertidumbre.

Cuando pudo al fin salir del río, buscó por los alrededores como loco, pero no fue capaz de encontrar ni el más leve rastro de ella en la oscuridad. Molesto regresó a la cueva. Allí dormía el extraño joven que despertaba

sentimientos aún más extraños en él. Dormía profundamente. Pensó que lo protegería, que era demasiado débil para defenderse solo. Quizás era eso lo que le atraía del joven, ese aire de inseguridad que despertaba en él un instinto de protección.

Cuando casi se había convencido de ello, su entrepierna vibró. No, no era instinto de protección fraternal, no debía engañarse más, ese muchacho despertaba en su cuerpo un profundo deseo sexual que no podía seguir negando.

No quería reconocerlo, pero ahí estaba, sentía por él el mismo deseo que por esa sirena que acababa de dejar escapar. Y ahora además de excitado estaba confuso. Se metió en su lecho, se tapó hasta las orejas y cerró los ojos. Se quedó dormido rezando a Dios que le permitiese soñar con la sirena que le había traído la noche.

Carmen no pudo pegar ojo en toda la noche. Su corazón no dejó de latir con furia, su cuerpo protestaba por el desconsuelo que sentía y su cabello, húmedo por el chapuzón y encerrado de

nuevo en el mugroso pañuelo, le picaba horrores. Sabía que iba a enfermar por no haberlo oreado, pero no hubo tiempo; tuvo que regresar a la cueva antes que Montés y fingir que dormía.

Y eso había hecho durante las interminables horas de la noche, fingir que estaba dormida mientras escuchaba cada movimiento, cada respiración suave y acompasada de Montés, que dormía tan cerca de ella y a la vez tan lejos... y en un mundo diferente, pues nunca podrían estar juntos.

Al menos le había quedado claro que tanto Carmelo como Carmen lo atraían y eso había resultado un alivio.

Pasó la noche pensando en la fiesta. Deseaba que María se diera prisa con todos los preparativos, pues no podría seguir manteniendo mucho más tiempo su tapadera. Debía hacer desaparecer a Carmelo y traer a Prudencia.

Cuando encontrase al candidato adecuado, le confesaría la verdad. Esperaba que al hacerlo la comprendiese, le perdonara la pequeña mentira

y siguiera adelante con la proposición. ¿Sería suficiente una semana para enamorarse de alguien? Lo era, porque tenía la certeza de que lo estaba de Montés, aunque le apenaba haber conocido tal pasión y deseo con alguien con quien jamás podría compartirlos.

El golpeteo de cascos de caballo le indicó que el campamento se despertaba y decidió que no aguanta más en el catre. No se había querido mover en toda la noche para que Montés pensara que dormía profundamente y notaba las extremidades entumecidas por la postura.

Se levantó a duras penas y caminó sintiendo los calambres que la recorrían. Notó la espesa melena dorada tan mojada y pegajosa que abotargaba tanto su cabeza como sus pensamientos.

Montés escuchó cómo el chico salía de la cueva pretendiendo moverse sigilosamente... Si hubiese dormido a la intemperie ya estaría muerto. No había podido descansar en toda la noche, la había pasado luchando contra la necesidad apremiante de ir hasta el lecho del

chico y hacerlo suyo.

Sus pantalones estaban hechos un desastre. Estaba húmedo y preparado para embestir como un toro... Le daría unos momentos de ventaja y se levantaría. Se sentía mal, desolado, confuso... y las imágenes de la sirena y el chico le habían atormentado en sueños.

–Buenos días, Montés, ¿una larga noche? –rompió sus pensamientos la voz de su amigo.

–Buenos días. Sí, lo ha sido... Voy a volverme loco –confesó.

–¿Qué demonios te ocurre?

–¿Que qué demonios me ocurre? Anoche encontré de nuevo a la joven, la tuve entre mis brazos, la saboreé... y después se escurrió de entre mis manos igual que el agua de la poza en la que estábamos... La dejé ir...

–¿La mujer? ¿De nuevo?

–Estoy empezando a pensar que es un hada del bosque.

–Quizás sea una bruja –repuso Álvaro molesto. Esto estaba yendo demasiado lejos, la cordura de su amigo peligraba seriamente.

—No lo sé... ¡Me sentí tan bien! De nuevo tenía deseos por una mujer. Pensé que lo que me pasa con... ya sabes quién era una tontería porque esa mujer me hizo estallar en llamas. Pero cuando volví a la cueva y vi al jovencuelo de nuevo nacieron esas ganas de... ¡Dios! ¡No soy capaz ni de decirlo en voz alta! —gritó desesperado.

Álvaro sintió que su mundo se destrozaba. No podía ver a su amigo así, al borde de la locura, cuando él sabía la verdad.

—Además, me siento mal, Álvaro. Mi prometida, probablemente, estará sin vida en alguna zanja de algún camino olvidado y yo... aquí estoy primero besando a un chico, después a una mujer desconocida... ¿Qué me sucede, hermano? —preguntó atormentado.

Álvaro no pudo soportar más ver a un hombre fuerte y honorable, como era su amigo, destrozado. Tantas preocupaciones iban a terminar consumiéndolo, así que tomó una decisión complicada. Se encontraba entre aguas turbulentas: por un lado la promesa hecha a su

mujer y por el otro la salud de su más querido amigo.

—No te levantes de la cama. Escúchame con atención, no digas nada. Debes guardar el secreto o María me cortará la virilidad o peor aún, permitirá que la conserve y me tentará para no dejarme nunca llegar hasta el final —gimió ante tal posibilidad—. ¿Vas a esperar que te lo cuente todo sin interrumpir?

—Claro, pero ¿qué sucede?

—Verás... lo que te pasa con el chico tiene explicación.

—Sí, que soy un desviado.

—No, no me interrumpas o no voy a ser capaz de contártelo.

—Está bien, continúa.

—Tu prometida...

—¿Ha aparecido? —dijo levantándose de la cama como impulsado por un resorte.

—Alejandro... —Álvaro supo que iba a ser imposible contarle todo sin interrupciones, así que decidió que lo soltaría todo de golpe y después... después ya vería—. Tu prometida

apareció hace varias noches, de hecho tú la encontraste, es Carmelo.

—¡Pero qué demonios...! ¿Qué quieres decir?

La mente de Alejandro se aceleró. Cada pequeña pieza pareció encajar de repente para formar un gran puzle. El deseo que sentía por el joven, su aspecto afeminado, la mujer del río... sí, debía de ser la misma, por eso no daba con ella... ¡Maldición! ¿Lo había engañado? ¿Con qué propósito?

—Alejandro, cálmate y escúchame —pidió al ver que se levantaba y caminaba nervioso.

—Lo intentaré —dijo al cabo de unos momentos tensos.

—Llegó por casualidad. Se escapó para no...

—Para no casarse conmigo, ¿por qué?

—Porque, al parecer, se le ha metido en la cabeza que su padre la ha prometido con un hombre mayor.

—¿Mayor?

—La verdad... la palabra exacta que utilizó fue «viejo».

—¿Viejo? ¡No soy viejo! ¿Crees que soy

viejo?

—Por supuesto que no —dijo Álvaro divertido por el apuro que sentía su amigo—. Ha sido lista, sabía que todo el mundo buscaría a una mujer joven y ella se hizo pasar por un hombre.

—¿Sabe que soy yo?

—No, no lo sabe.

Alejandro trataba de asimilar toda la información, aunque no podía negar que se sentía aliviado al descubrir que la atracción por el joven tenía una explicación.

—Voy a decírselo.

—No puedes.

—¿No puedo?

—No, porque si se lo dices mi mujer sabrá que he faltado a mi palabra y no dormiré en mi cama nunca más.

—¿Has roto una promesa? ¿Por mí?

—Sí, hermano.

—Está bien. ¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Vamos a celebrar una fiesta.

—¿Qué demonios...?

—María va a organizar una fiesta. Va a durar una semana y su intención es que durante esos días Carmen se enamore y así no tenga que casarse obligada.

—¿Quieres decir que María no aprueba que mi prometida se case conmigo?

—No, no es eso. Su intención es que ella se enamore de ti en la fiesta sin que sepa que eres tú.

—¿Para qué?

—Porque Carmen quiere sentir qué es el amor y María... bueno, no sé, ha querido ponerle las cosas fáciles.

—Pero... ¿y si se enamora de otro?

—¿Crees que tienes rival?

—Espero que no. Es mía. Mejor será que nadie se meta en mi camino. Dile a María que está jugando a un juego demasiado peligroso.

Álvaro estaba de acuerdo con su amigo. Su mujer había pensado en cada detalle dando por sentado que Carmen iba a enamorarse de Alejandro, pero... ¿y si no sucedía así? Podía ser un desastre total, aunque él estaba casi

seguro de que su amigo no tendría rival.

—Alejandro, debes de guardar silencio, actuar como si no supieras nada.

—Lo intentaré, aunque ahora lo sé todo.

—Esa es la ventaja con la que cuentas. Ella piensa que solo eres un bandolero más, ni siquiera sabe que irás a la fiesta. Es tu oportunidad.

—¿Su padre sabe que ha aparecido?

—No, todavía no.

—¿Y Carvajal?

—Tampoco, solo lo sabemos nosotros.

—Está bien, solo una cosa más, Álvaro.

—¿Qué, amigo?

—Sugiere a María que a la fiesta haya que llevar antifaz.

—¿Cuál es tu intención?

—Que ella no sepa quién soy.

Álvaro asintió y sonrió. Sabía que su amigo pretendía cazarla sin que ella supiera quién era, iba a devolverle el golpe. Ahora el gato montés salía de su cueva para cazar al ratón.

Capítulo 17

El Caballero la estaba esperando cuando llegó de asearse en el río y de hacer sus necesidades. El pelo le picaba y se metió las manos en los bolsillos del gastado pantalón oscuro para evitar rascarse y que el pañuelo pudiera caer y delatarla.

—Nos vamos, Carmelo. María te necesita — dijo con seriedad—. Lola, tú también te vienes, tendrás que echar una mano.

—Señor —interrumpió Ángel—, ¿será seguro?

—Nadie va a ponerle una mano encima estando en mi casa, Ángel —contestó.

Este asintió con la cabeza. Fue a buscar una montura para Lola y todos se dispusieron a dejar el campamento. Las dos mujeres siguieron al Caballero y a Ángel describiendo los acostumbrados círculos para confundir las huellas.

Alejandro se quedó en el campamento. Iba a asearse y a ponerse sus ropas de guardia civil. Tendría que ir al cuartel y decir que no había dado con su prometida. Tendría que hablar con Carvajal en privado y hacerle entender que estaba seguro de que a su futura esposa le había ocurrido algo horrible, pero que no debían comunicar nada a su padre hasta no tener un cuerpo que mostrarle, vivo o muerto.

Así dispondría de tiempo para dedicarse a tentarla y hacerla arrepentirse de todo lo que le había hecho pasar, como Carmen y como Carmelo. ¡Menuda mujer! Se había reído de todos ellos y la única que había visto más allá de las ropas y la suciedad había sido María. Tampoco era que le sorprendiera porque, desde que la vio por primera vez, supo que era una mujer excepcional como pocas y no se había equivocado.

—Andrés, te dejo al mando. Id al pueblo a echar un vistazo. Quiero saber qué ha pasado estos días y que comprobéis que todos están bien, sobre todo don José. Y en cuanto al hijo del

herrero, a ver si te enteras de la razón que lo llevó a unirse a Carvajal.

—Está bien, señor —contestó sin más.

Alejandro espoleó su montura y se alejó del campamento a toda prisa. Necesitaba no despertar sospechas y, sin duda, los días que no había aparecido harían a Carvajal desconfiar. Solo le quedaba la esperanza de que le creyese un novio tan desesperado por hallar a su prometida que no había cejado en su búsqueda.

Se detuvo al escuchar a varios hombres hablar, justo cuando estaba a punto de abandonar la protección que le brindaba la espesura del bosque. Se acercó con cautela y comprobó que eran Luis y Antonio, dos de sus compañeros. ¿Qué estarían haciendo allí?

Tenía que pensar algo rápido y alejarlos. Estaban peligrosamente cerca del asentamiento y eso le ponía nervioso.

Se bajó del caballo y se ensució el uniforme impoluto con barro para que diese la sensación de que llevaba varios días perdido en la montaña tratando de encontrar a su prometida; sus

compañeros le servirían de coartada. Cogió el barro sobrante de sus manos y se colocó un poco por el rostro y los brazos, debía parecer que realmente no había aparecido ni por el cuartel ni por su casa ni para cambiarse.

—¿Quién anda ahí? —gritaron los dos hombres al unísono.

—Soy yo, vuestro sargento —dijo con voz apagada.

—Sargento —contestaron sincronizados y cuadrándose.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Buscamos a... a su prometida —dijo uno mirando de soslayo al otro.

Alejandro se dio cuenta de que mentían, pero no tenía tiempo que perder.

—Perdéis el tiempo, he rastreado cada palmo de tierra, no está aquí. Id hacia el norte, es la única zona en la que no he mirado —les dijo enviándolos lejos del camino—. Voy al cuartel a informar a nuestro capitán.

—Señor, ¿creéis que...? —Luis no se atrevió a terminar la pregunta, pero Alejandro supo lo que

quería decir.

—Me temo que sí, Luis, voy a hablar con nuestro capitán. Al padre no le quitaremos las esperanzas hasta que aparezca...

—Señor, sí señor —saludaron antes de montarse en sus caballos y alejarse en la dirección que les había indicado.

Sin más demora se dirigió a la casa cuartel, su hogar, o el que podría haber sido su hogar de haber sido su capitán un hombre honesto y decente en lugar del causante del malestar de la gente a la que se suponía que tenían que proteger.

Su relación con el capitán no era muy buena, ya que él nunca había caído en sus redes. No se había dejado convencer y hacía su trabajo lo mejor que le dejaban, de ahí su necesidad de formar parte de algo bueno, como una banda de forajidos que tenían más honor que los que manejaban la ley.

Al llegar fue directo al despacho de Carvajal, esa misma biblioteca que Lola llamaba guarida y en la que había abusado de ella sin

remordimientos. De camino se cruzó con la mujer del capitán en silla de ruedas, callada y con la mirada perdida, más en otro mundo que en este en que vivía. Quizás era lo mejor, pues vivir al lado de Francisco Carvajal no tenía que ser agradable.

—¿La han encontrado? —murmuró.

Le sorprendió, pues era la primera vez que la escuchaba decir algo.

—¿A quién, doña Catalina?

—A mi querida Lola. Ya no me hace compañía, le ha hecho algo, ¿verdad? Estoy segura de que le ha hecho cualquier cosa...

Alejandro iba a decir algo, pero la mujer de nuevo fue arrastrada a sus tinieblas y perdió su mirada en una espesa bruma que la alejaba de la realidad. Decidió que lo mejor era dejarla sola y se dirigió a su destino. Ya estaba al lado del despacho cuando escuchó voces.

—¡Yo soy la ley! —gritaba furioso su capitán.

—No, usted trabaja para nosotros, para mí. Por eso está ahí y yo aquí. Así que remueva cielo y tierra para dar con mi hija y deje de

malgastar el dinero extra que le doy en tratar de hallar a esa puta barata a la que se follaba a costa mía. Mi hija tiene más valor que ella y la necesito. Tiene que casarse.

—No malgasto su dinero en...

—¡No me mienta, tal vez usted cree que soy estúpido, pero se equivoca, soy perfectamente consciente de en qué está invirtiendo mi dinero!

Alejandro se quedó de piedra, no esperaba que el padre de su prometida fuese un hombre con tales ideales. ¿Es que él era el único al que no le importaba el abolengo? Para toda la nobleza parecía ser crucial ser de pura raza, cuando nadie podía elegir dónde nacer... Solo era una cuestión de suerte. Debían sentirse agradecidos y tener consideración con los menos afortunados, pero, al parecer, nadie pensaba así.

Alejandro esperó a que las voces se convirtieran en murmullos y, entonces, llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó su superior.

—Señor...

–¿Dónde diablos te habías metido, sargento?
–vociferó al verlo entrar.

–Señor, he estado rastreando cada palmo de terreno de las montañas, cada cueva, cada hueco en la tierra, cada huella...

–¿Y... ? –preguntó su futuro suegro con los ojos húmedos.

–No he encontrado nada, señor.

El alivio que se dibujó en el rostro del padre de su prometida le pellizcó el corazón. ¿Debía decirle que estaba con vida y que iba a darle una lección? ¿Pero cómo hacerlo sin desvelar que era uno de los bandoleros más buscados por sus compañeros?

–Bueno, eso significa que todavía hay esperanzas –sonrió Carvajal, sin duda pensando en que ahora el noble soltaría más reales para su propio bolsillo.

–No quiero dejar de creer que estará a salvo, pero hace ya varios días y cada día que pasa...

–Hay menos posibilidades de que esté con vida... ¿no es eso? –repuso el padre.

Alejandro no fue capaz de decir nada, así que

asintió con la cabeza para que supiera que eso era lo que pensaba.

Todos se quedaron en silencio, nadie quería decir nada al respecto. Alejandro se sentía mal en tal situación: no le gustaba ver sufrir a un padre cuando él sabía que su hija estaba a salvo, aunque no tenía claro que no fuera a estrangularla con sus propias manos cuando todo saliera a la luz. Se había comportado como una muchacha malcriada y él le daría una lección.

Sin poder evitarlo, se acercó a su futuro padre político y le miró a los ojos.

—La encontraré sana y salva, señor, lo prometo.

—Y nuestro sargento nunca rompe una promesa, ¿verdad?

—Cierto. Si no les importa, voy a asearme y a comer algo decente.

—Sí, te lo has ganado —sonrió Carvajal.

Alejandro salió del despacho con una sensación horrible en su pecho. No le gustaba Carvajal, nunca le había gustado, pero ahora

menos que nunca. No sabía de lo que sería capaz para encontrar a Lola ni el daño que era capaz de infligir a los aldeanos.

Salió de la habitación y se dirigió a su casa. Necesitaba quitarse el barro que se había puesto encima y vestirse con otras ropas. Quería pasear por el pueblo para saber qué se contaba. La gente no hablaba con él, porque lo consideraban uno de los hombres del capitán, pero lo prefería, así su tapadera quedaba a salvo.

Al llegar a casa se sintió solo. Acostumbrado a estar con todos en el campamento, la casa que había comprado para residir junto a su futura esposa le parecía vacía. No estaba demasiado lejos de La Andaluza, por lo que su esposa podría ver a María con frecuencia. Parecía que se habían hecho amigas de inmediato y eso le alegraba.

La gran casa de color blanco y techos oscuros se le hacía demasiado grande. Esperaba que alguna vez estuviese llena de pisadas de niños y risas que rompieran la quietud. Aún no le

había puesto nombre porque había pensado que tal vez a Carmen le gustase hacerlo, pues de alguna manera era un regalo para ella.

Al entrar por la gran verja de barrotes altos y negros que terminaban en bucles, se abría un camino de piedras redondeadas. A la derecha estaban los establos de piedra gris y el campo de doma, una de sus pasiones. No podía explicar lo que sentía al domar a un animal. No era por el hecho de demostrarle que él era superior, no era eso. Era por la sensación de llegar a entenderse con el animal, de alcanzar una conexión profunda que hacía al animal confiar en él. Eso era lo que amaba de la doma.

Había un gran jardín plagado de flores de todos los colores antes de llegar a la casa, y los altos pinos la bordeaban para darle intimidad. Detrás había un pequeño jardín independiente para el cultivo de plantas medicinales y aromáticas.

De momento, en la casa solo vivían la encargada de la cocina, una criada y el mayordomo, no necesitaba más.

–Bienvenido, señor, llevábamos varios días sin verlo.

–Sí, he estado ocupado buscando a mi prometida.

–¿Todavía no ha aparecido?

–No, Jesús, todavía no... –los dos hombres se quedaron en silencio.

–¿Y Lola? –preguntó el sirviente al cabo de unos segundos.

–¿Qué sabes de Lola?

–Poco. Al parecer el capitán hizo un trato con su padre: a cambio de librarse de la cárcel le enviaría a Lola para que hiciera compañía a su esposa, doña Catalina.

–Sí, la he visto hoy. Parece perdida en otro mundo...

El silencio se hizo espeso entre ambos y Alejandro supo que su empleado sabía algo más que no le contaba, lo que despertó su curiosidad. Estaba seguro de que, si le preguntaba, el hombre no tendría más remedio que decirle la verdad.

–¿Qué sucede, Jesús? ¿Hay algo que yo no

sepa?

—Nada, es solo que...

—¿Qué...? —le animó a continuar.

—Son solo rumores, señor.

—Dime qué dicen esos rumores, sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé, en quien no confío, con todos mis respetos, es en Carvajal.

Alejandro se llevó los dedos al puente de la nariz y lo pellizcó. Se sentía muy cansado, pero era cierto, Carvajal había abusado tanto de su poder que nadie lo quería en el pueblo. Se había ganado, no el respeto, sino el miedo de todos los habitantes a base de presionarlos hasta el límite. Y que eso sucediera era peligroso para los que ostentaban el poder.

—Habla con confianza, Jesús.

—Se rumorea que la señora Catalina no está tan enferma como aparenta.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Algunos criados que la sirven comentan que empezó a fingir su decadencia harta de los abusos del capitán. Al parecer le gusta realizar

prácticas poco ortodoxas...

–Entiendo... –murmuró pensativo–. Voy a ir a asearme. No hace falta que me ayudes, quiero estar solo, necesito pensar.

–Como quiera, señor. Antes de que se me olvide, ha llegado esta carta de La Andaluza.

–¿Una carta? –sabía lo que era, pero le sorprendió la rapidez con la que la mujer de su amigo era capaz de organizar una fiesta que duraría, ni más ni menos, una semana.

–Gracias, Jesús –dijo mientras subía por las escaleras a quitarse el barro y el enojo de encima.

Capítulo 18

Lola no dijo nada durante todo el camino. Todavía resonaban en su mente las palabras que Ángel le había dicho. ¿Quería pertenecer a alguien? Sería bonito tener a otra persona que cuidara de ella y con la que mantener una relación de respeto, amistad y... ¿amor?

Confundida y pensativa, dejó que su montura siguiera a las demás. No se molestó en preguntar por qué la requería su patrona, le daba igual, la verdad es que ellos la habían protegido y cuidado sin preguntas y ella haría lo que fuera por compensar la gratitud que sentía. Aunque el miedo a que Carvajal la viese y quisiera hacerse con ella la acechaba como una sombra oscura, sabía que mientras estuviese bajo la protección de aquellas personas, en sus tierras, su amo no se atrevería a tocarla. Pero si descubría que se ocultaba allí, ¿cuánto tardaría en encontrarla y

arrastrarla de nuevo al infierno del que había logrado escapar?

Además, la culpa la corroía. Temía que su padre pudiera estar preso porque ella hubiera huido pero, aunque no le gustaba la idea, si era honesta consigo misma tenía que admitir que menos le gustaba seguir siendo violada por ese animal.

—¡Ya estáis aquí! —escuchó la voz inconfundible de la duquesa dándoles la bienvenida.

—Sí, aquí las tienes —dijo Álvaro sin mostrar cuidado en sus palabras.

Lola apenas notó nada, pero Ángel, acostumbrado a estar siempre alerta, sospechó y miró a su jefe como pidiendo una explicación a sus palabras.

—Está bien. Carmelo, Lola, vamos, tenemos mucho que hacer.

Desmontaron y siguieron a una muy feliz María adentro mientras Ángel y Álvaro se encargaban de llevar los animales al establo.

—¿De qué darás clase hoy?

—Primero vamos a leer un rato. Los niños ya conocen las letras del alfabeto y están empezando a leer. Después seguiremos con aritmética.

—¿Te gusta?

—Me gusta ayudarlos, me gusta pensar que no serán analfabetos cuando crezcan, aunque no puedan tener la educación que tienen los hijos de los nobles.

—Eres un buen hombre.

—Lo intento. Sabes que haré cualquier cosa con tal de que Carvajal no abuse de ellos. Es un mal hombre.

—Tarde o temprano tendrá su merecido. Hablé con don José.

—¿Qué te contó?

—El capitán está peor que nunca. Ha metido al padre de Lola de nuevo entre rejas, don José dice que el hombre no es más que un saco de huesos. También amenazó al herrero, por eso tiene a su hijo trabajando con él.

—¿Por qué? ¿Qué excusa ha puesto?

—Le ha acusado de ayudar a los bandoleros

herrando sus caballos. Es un maldito hijo de perra.

—No debería sorprenderte. Permitía que tu hermano hiciera lo que quería.

—Lo sé... Intento arreglar todo el mal que hizo.

—No tienes por qué, lo sabes, ¿no?

—No estoy seguro.

—No tienes que remendar los errores de tu hermano, no eres él —sentenció Ángel con seriedad.

—Incluso así...

—Haces mucho por este pueblo, más bien que daño hizo él.

Álvaro se quedó en silencio. Necesitaba pensar en todo lo que iba a hacer a partir de ese momento. Necesitaba que Alejandro ocupara el puesto que le correspondía y que Carvajal fuese destituido, ¿pero cómo? Tenía que encontrar una manera de acusarlo de todos los abusos que cometía, aunque no estaba seguro de que fuese tan despistado como para dejar constancia de ello y, por supuesto, nadie iba a querer

denunciarlo.

Lola entró con Carmelo en la gran casa detrás de María, a la que se le notaba su avanzado estado. Subieron hasta una de las habitaciones y su señora abrió la puerta para que entraran. Una vez estuvieron dentro, cerró con llave.

Lola admiró la bonita habitación. Contaba con un gran ventanal que daba a la zona de doma de caballos. En mitad de la habitación la gran cama, de madera torneada y con dosel, llamaba la atención y un pequeño armario completaba el escaso mobiliario. También observó que había otra dependencia que sería el baño. Además había otra puerta que parecía pertenecer a la habitación de al lado; seguramente sería la habitación que ocuparía la doncella de su señora.

—Lola —dijo de repente—. Te presento a Carmen —y al decir eso, Lola observó cómo María quitaba el pañuelo de la cabeza a Carmelo y una larga y espesa melena dorada caía sobre los hombros del chico.

–¿Qué...?

–Vas a ayudarla, serás su ayuda de cámara. Para todos los demás, será Prudencia, una prima lejana que ha venido a visitarme por mi estado. Vamos a celebrar una gran fiesta que va a durar toda una semana, te quedarás en esta habitación –la informó mientras abría la puerta que daba, como había supuesto, a otra habitación acogedora y algo más pequeña.

–Pero... –dijo asombrada.

–Sé que es algo extraño, pero necesito tu ayuda. No podré ocuparme de todo sola y creo que aquí estarás bien, a salvo.

–Lo siento... –dijo Carmen, no se le ocurría otra cosa que decir ante la atónita mirada de la mujer.

–¿Quién eres? –dijo sin más.

–Es la prometida de Alejandro –le explicó María usando el nombre de pila del hombre. Sabía que no lo relacionaba con Montés y quería que fuese así.

–¿Del señor Alejandro? –volvió a preguntar atónita.

–Del mismo.

–¿Y por qué has huido, muchacha? –preguntó con sorpresa.

–Porque... es un viejo.

–¿Un... viejo? –sonrió mirando a María.

–Sí, cree que es un viejo lleno de verrugas peludas, ¿no era eso, Carmen?

–Eso mismo... y con una papada enorme... y una barriga descomunal de tanto beber cerveza y vino –acabó convencida.

Lola miró a María conteniendo la risa. Desde luego Alejandro era cualquier cosa menos un viejo decrepito como Carmen pensaba. ¿Cómo habría llegado a esa conclusión? Lo que estaba claro era que por algún motivo María no le había dicho a Carmen quién era en realidad su prometido, uno al que conocía muy bien sin saberlo.

Más tarde le preguntaría el motivo a su señora, pues estaba segura de que lo había.

–Ve a darte un buen baño, tienes el pelo...

–Lo sé, es por el pañuelo.

–Pues no vas a tener que llevarlo más. A

partir de hoy serás Prudencia.

—¿Prudencia? —preguntó Lola conteniendo una sonrisa.

—Sí, es perfecto para ella, ¿verdad? —sonrió en respuesta María—. Lola, ¿ayudarás a Prudencia?

—Sí, claro.

—Gracias, también hay ropa nueva para ti en tu habitación.

Eso sonaba genial. A Lola le pareció que se podía acostumbrar a estar en La Andaluza como doncella. María era una gran patrona y sin duda necesitaría ayuda cuando naciera el bebé, si no fuese por el miedo que le daba pensar que Carvajal podría descubrirla...

Mientras Lola le preparaba el baño, Carmen se asomó a la ventana y comprobó la extensión que tenían las tierras del duque. Hasta donde se perdía la vista se podían ver los olivares, los almendros, las tierras de cultivo... la zona de la doma.

El recuerdo hizo palpar su corazón a gran velocidad y al acordarse a su vez de la pasada

noche, en el río, un escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo. ¡Cómo le gustaba ese hombre! Lograba derretirla con solo una mirada, aunque no serviría de nada porque ¿qué iba a hacer? No podía fugarse con él, ¿no?

Aunque la verdad era que la idea de vivir como su mujer en el campamento no le desagradaba, era algo que podía llegar a plantearse... ¿Qué diría su padre? ¿La obligaría a cumplir con el contrato? Sí, estaba segura, y sabía bien que no debería deshonorar a su padre de esa forma, pero... ¡Es que no quería vivir toda su vida cuidando a un anciano!

Si encontraba un marido digno, quizá su padre la perdonase... ¡Se iba a volver loca! La verdad es que echaba de menos su casa, pero no quería ser una simple moneda de cambio. ¡Cómo le hubiese gustado nacer hombre! Habría sido todo tan diferente.

—Prudencia —la interrumpió Lola—. Voy a ir a por algunas hierbas aromáticas para el baño.

—Está bien —contestó distraída.

Lola bajó la escalera blanca que daba acceso

a la planta baja y desde allí se dirigió a las cocinas, más por intuición que otra cosa, pues no conocía la casa. El olor a pan recién horneado era tan delicioso que invitaba a seguirlo.

—Buenos días, soy Lola, la nueva doncella. ¿Dónde puedo conseguir algunas hierbas aromáticas para el baño de mi señora?

—Buenos días —contestó una mujer amable con la cara tan redonda como el pan que se cocía al fuego—. Sal por esta puerta, ahí atrás está el jardín de hierbas de la patrona. Seguro que encuentras algo que te sirva.

—Gracias. Ese pan huele que alimenta.

—Gracias —sonrió la mujer antes de ponerse de nuevo con sus quehaceres.

Lola salió y, como le había dicho la señora, enseguida encontró el pequeño y completo jardín que María cultivaba personalmente. No le sorprendió ver a Ángel rodeado de chiquillos enfrascados en sus explicaciones.

—Esa planta es manzanilla. Es un buen remedio para los dolores de estómago y también se dice que si su infusión se aplica en el cabello,

este se vuelve más claro... –comentaba distraído.

Lola pensó que era un buen hombre, pues era atento y cariñoso con unos niños que no eran suyos, y además atractivo. A pesar de no tener la altura del duque o del sargento, era alto, apuesto y fuerte. Sus ojos del color del cielo que anuncia tormenta la hechizaban. Cuando lo miraba solo pensaba en perderse en ellos, en dejar que la lluvia con la que parecían amenazar la mojase...

–Lola –dijo de repente sorprendido–, no te esperaba.

–He venido a buscar algunas plantas para el baño de la señora Prudencia, no quería molestarte.

–No me molestas en absoluto. Todo tuyo. Niños, un descanso, no os vayáis demasiado lejos.

Los niños se alejaron a toda prisa, a correr y jugar en el espacio libre de plantas. Ángel se acercó a Lola y rozó con su mano la de ella, despertando en su estómago esa sensación que

solo nacía cuando él la tocaba.

—¿Vas a trabajar en la casa?

—Sí, al menos durante unos días.

—¿No estás feliz?

—Me asusta que me encuentre.

—Nunca va a volver a tocarte.

—No estoy tan segura. Él siempre se queda con lo que le apetece, hasta que lo destroza y lo deja inservible.

—Cásate conmigo, así no podrás reclamarte.

—¿Tú querrías hacerme tu esposa? ¿Sabiendo lo que me hizo? ¿A pesar de saber que estoy rota, que no valgo nada...?

—¿Todavía no te has dado cuenta de lo que siento por ti? ¿No ves que cada pensamiento que tengo es para ti? Cada gesto, cada palabra, cada respiración te pertenecen. Lola, mírame, desde que te vi aquella noche en su casa, desde esa noche, te quise para mí.

—Yo... No lo sé.

—Piénsalo, Lola. Esperaré a que lo decidas, mientras...

No terminó la frase, porque antes de que Lola

le pidiese que continuara, su boca se había adueñado de la de ella, logrando que cualquier pregunta o queja quedasen relegadas al olvido. La boca de Ángel sabía a gloria, aunque despertaba en Lola un infierno ardiente que la hacía perder la cordura.

Quizás no era tan tarde para ella, quizás él podría ayudarla a ser de nuevo una mujer que valiese la pena. Tal vez... si le decía que sí estaría a salvo. Cualquier pensamiento coherente se desvaneció cuando la lengua de Ángel se introdujo en su boca y comenzó a saborearla.

Lola no pudo resistirse y jugó con aquella lengua. Aunque no era virgen, sí inexperta, pues sus únicas experiencias habían sido a merced de un animal que no dejaba de lastimarla. Esto era tan diferente... Se sentía tan bien, era tan cálido...

Gimió al sentir la mano de Ángel en su cintura y, cuando la apretó contra sí, notó su miembro viril listo para ella. Solo tenía que decir que sí y seguir disfrutando de ese placer que la recorría,

pero...

—Siento interrumpir —les dijo una voz familiar—, pero te necesito.

Ambos se separaron. Lola recogió a toda prisa un puñado de hierbas sin mirar qué eran en realidad y se marchó rápidamente hacia la cocina.

—¿Te la vas a quedar?

—Claro que sí, Montés. Se lo he pedido, pero está indecisa.

—Sabes que puede que nunca más vuelva a confiar. La ha destrozado.

—Lo sé y cada vez que pienso en todo lo que puede haberle hecho y de lo que ella no quiere hablar... siento que sería capaz de arrancarle la sucia cabeza de su grasiento cuerpo.

—No es que no lo merezca, pero no podemos ser igual que él.

—¿Qué necesitas?

—Me gustaría que me ayudaras con un semental, es demasiado impetuoso.

—¿Incluso para ti?

—Incluso para mí.

—Está bien, te ayudaré, me gustará ver cómo de brioso es el animal. Por cierto, ¿sabes quién es Prudencia?

—No —contestó. «Pero me puedo hacer una idea», pensó—. ¿Por qué?

—Lola va a ser su doncella. Al parecer va a haber una gran fiesta.

—Sí, así es, ya recibí mi invitación.

—¿Vas a venir?

—No me queda otra opción.

Capítulo 19

Lola estaba distraída cuando llegó a la habitación. Prudencia la esperaba dentro, desnuda y pensativa. Le asustaba lo que se le venía encima, pero María parecía tan convencida de que todo saldría bien que incluso ella empezaba a pensarlo.

–Perdona –se disculpó Lola.

–No tienes por qué disculparte, puedo hacerlo yo sola.

–Mira te he traído... ¿Qué es esto que he cogido? Lo siento, parece que no he acertado con la elección.

–¿Qué planta es?

–Manzanilla.

–Me encanta. Ponlas en el agua caliente, me gusta mucho su aroma.

Una vez hubo terminado el baño, Lola la ayudó a vestirse. Carmen decidió salir a dar un

paseo y conocer los alrededores de la casa. Lola se quedó en la habitación para darse un baño y cambiarse de ropa.

Carmen caminó por el largo pasillo repleto de puertas iguales a la de su alcoba hasta llegar a la gran escalera blanca por la que habían subido. Al bajar le maravilló la hermosa lámpara que colgaba del techo y contempló el que sería el salón de baile.

Salió a respirar un poco de aire y conocer los jardines. El sol era fuerte, debía de ser medio día, y caminó despacio. Se dejó llevar por la brisa que la acompañaba, hasta que sin darse cuenta se encontró cerca de la zona de doma y lo vio.

De nuevo no era capaz de quitar los ojos de aquella hermosa estampa. Montés, sin camisa, acariciaba al semental, negro como la noche. Su fuerte espalda brillaba con las gotas de sudor que bañaban su cuerpo dorado por el sol.

De repente, el animal se encabritó y se alzó sobre sus patas traseras, demostrando que era un pura sangre y que no iba a dejarse amilanar

por el hombre. Montés, con calma asombrosa, le hizo frente y lo miró a los ojos colocando el cuerpo hacia delante y las manos hacia atrás, como si imitara la postura del corcel.

Carmen sintió que se quedaba sin aliento. Sucedió algo mágico cuando Montés trataba de domar a un animal de esa envergadura. Y ella... sentía algo extraño remover sus entrañas, un sentimiento que bailaba entre el miedo, la admiración y el deseo intenso que ese hombre despertaba en ella. Ansió ser una yegua y que él la domara, que la acariciara de la misma forma que lo hacía con el potro.

El caballo volvió a su posición y bajó la cabeza. Montés se acercó hasta posar su frente en la del pura sangre. El animal era hermoso, pero lo era aún más el hombre que con manos firmes acariciaba sus largas y oscuras crines como un compañero, porque ahora eran dos iguales. La fina línea que separaba al animal del hombre había desaparecido y Carmen supo que si no se mantenía alejada de Montés, iba a terminar rendida a sus pies.

–Buenos días, señorita. ¿Puedo ayudarla en algo? –la voz de un hombre la sacó de sus pensamientos.

Alzó la mirada para toparse con la del forajido al que llamaban Ángel, pero él no podía notar que lo había reconocido porque se suponía que era Prudencia y no Carmelo. Así, pues, sonrió y se quitó las manos del estómago, aunque no se había dado cuenta de que las había puesto ahí.

–Solo miraba la doma. Es maravillosa.

–Sí, Montés es el mejor en esa disciplina. No se le resiste ni el más bravo.

–Soy Prudencia.

–Ángel –contestó el hombre –. Soy el maestro de estas tierras.

A Carmen debía de haberle sorprendido el dato, pero la verdad era que todo lo que envolvía al duque y su esposa parecía salirse de la normalidad, así que tan solo sonrió y no hizo más preguntas.

–Buenos días –dijo Montés, que se había acercado hasta ellos.

–Montés, es la señorita Prudencia.

—Un placer —dijo llevándose la delicada y suave mano de la mujer a los labios y dejando un sensual y húmedo beso entre sus dedos.

Alejandro tuvo que contener un gruñido, se había imaginado por un instante que su boca besaba otra hendidura más al sur... Quizás no podía decir que era su prometida, pero sí que podía relacionarla con la mujer del río, su sirena, porque ahora estaba seguro de que era ella y acababa de descubrir cuál era el secreto de su mirada: sus ojos no eran azules, sino violetas, como las pequeñas flores que salpicaban los campos aquí y allá.

—Prudencia... No me parece que sea un nombre adecuado —murmuró.

Carmen abrió los ojos, ¿la había reconocido? Por supuesto que sí, la había besado en el río, ¿la había visto casi desnuda! ¿Cómo no había pensado en eso? El rubor tiñó sus mejillas de un delicioso color rojo que hizo que a Montés le apretasen los pantalones.

—Buenos días —cantó la voz de María—. Veo que habéis conocido a mi pariente, Prudencia.

–¿Su pariente, señora? –preguntó Ángel.

–Sí, es una prima lejana que ha venido a visitarme. Vamos a celebrar una gran fiesta para que conozca a personas de su edad y, con suerte, encuentre un marido.

Carmen sintió que se ponía roja hasta la raíz. ¿Es que su amiga tenía que ser tan específica?

–Estoy seguro, duquesa, de que su joven prima no va a tener ningún problema para encontrar un esposo.

–Eso espero, pues solo tenemos una semana para lograrlo... –murmuró Carmen deseando alejarse de ese hombre que hacía que sus venas ardieran.

–Voy a seguir con los preparativos. Montés, ¿serías tan amable de enseñarle la finca a Prudencia?

–Claro, será un honor –sonrió malicioso.

Estaba seguro de que María le estaba tendiendo una encerrona, así que dedujo que todo lo que deseaba era que la conquistara, que su prometida le perdiese el miedo. Pero ahora él quería más, ahora quería hacerla suya, que lo

amara.

—Yo... voy a seguir con mis clases. Hasta otra ocasión, señorita —se despidió Ángel.

Montés se quedó mirándola unos instantes. Era muy diferente del vago recuerdo que conservaba de su prometida tras haberla visto en una pintura. Tenía que admitir que o el pintor no era muy diestro o la madurez le había sentado muy bien, pues Carmen era toda una belleza: largo cabello suave y del mismo tono que los rayos del sol que lo bañaban, piel pálida y ahora sonrojada en las mejillas, mirada intensa de ese tono extraño que trataba de disimular el deseo de alejarse de él, curvas que destacaban bajo ese vestido que él ansiaba arrancar para volver a tenerla como en el río.

Montés tuvo que detener sus pensamientos porque notaba el pantalón estrecho y... húmedo.

—Voy a vestirme —dijo de repente mientras se pasaba las fuertes manos por el pecho desnudo.

—Está bien —acertó a decir ella con un sonido estrangulado.

Carmen no podía quitarle la vista de encima.

Tenía una espalda firme y fuerte, y un trasero... ¡Oh, Dios! ¿Eso era pecado? Sentirse atraída de esa forma por un hombre debía de ser pecado, ¿verdad? Pero es que no podía apartar los ojos de ese cuerpo trabajado en el que no había ni rastro de grasa. Sus piernas eran largas y fuertes y caminaba con una seguridad que pocas veces había visto.

Se acercó al pozo. Carmen pensó que iba a dar de beber al animal pero de repente volcó todo el contenido del recipiente sobre su cuerpo. El agua caía llevándose los restos de sudor de su pecho y a Carmen se le pasó por la cabeza una imagen muy poco decente de su lengua lamiendo cada gota del transparente líquido.

Cuando él retiró con las manos el agua sobrante de su oscuro cabello y de su pecho, ella tuvo que tragar con fuerza toda la saliva que se había acumulado en su boca, aunque fue una mala decisión porque toda esa saliva se concentró entre sus piernas. Sí, eso debía de ser.

Montés se puso sobre el cuerpo húmedo una liviana camisa y se acercó hasta ella caminando.

La camisa dejaba ver parte del pecho y los pantalones se le pegaban aún más a las piernas ahora que estaban mojados.

Su aspecto era tan peligroso como tentador y Carmen deseaba ser tentada una y otra vez por ese hombre que nada tenía que ver con los otros que había conocido.

Ahora no estaba segura de si estar a solas con él iba a ser seguro... para él. No podía asegurar que no fuese a lanzarse sobre él y comérselo entero.

—¿Vamos? —le ofreció galante el brazo.

—Claro —se obligó a decir mientras fingía una sonrisa.

Comenzaron a pasear. Carmen se sentía tensa. El silencio entre ambos solo se alteraba cuando las aves trinaban o algún animal se escabullía entre la maleza. Carmen notaba su estómago moverse incómodo. En él se estaba cociendo una sensación de ahogo que luego trepaba para quedarse en su pecho e impedirle respirar con normalidad.

Estaba en el bosque, a solas con un

bandido... un bandido al que deseaba, un ladrón que podría llevarse su virtud y no encontraría impedimentos. ¿Le diría algo acerca del río?

—Así que busca marido, señorita.

—Es una larga historia —contestó sin mirarlo.

—Tenemos tiempo, hasta la hora del almuerzo queda mucho y el paseo será más ameno si nos distraemos hablando.

—La verdad... es que no estoy muy segura de querer hablar de ello con... un extraño.

—¿Por qué no? Ya nos conocemos, ¿no es así? Así que no soy un extraño.

—¿Sabe que era yo?

—¿Cómo olvidarla? —murmuró acercando la boca a su oído.

Se habían internado en el espeso bosque, nadie podría verlos. Carmen se quedó paralizada al notar su aliento en el cuello, cerró los ojos y se rindió con anticipación al beso que deseaba que le robase.

Alejandro estaba tenso. Parecía que deseaba que la besara de nuevo y una sensación de triunfo a la vez que decepción se le clavó en el

pecho. ¿Por qué no deseaba casarse con él?
¿Era miedo por no conocerse?

—Me parece raro —dijo para romper el momento—, que una mujer tan hermosa como usted no esté casada o al menos comprometida.

—Bueno, partiendo de la base de que eso no es asunto suyo, le diré dos cosas: una, no soy hermosa y dos, sí estoy prometida, pero no deseo contraer matrimonio con el hombre que mi padre ha elegido como esposo para mí.

—Por eso... —se contuvo, pues iba a decir que se había escapado y él no debía saberlo— ¿ha venido a ver a su prima?, ¿para encontrar un esposo que la satisfaga?

—Algo así. En realidad mi intención era huir. Desaparecer.

—¿Tan horrible es su prometido? —preguntó atónito por su sinceridad.

—No lo conozco.

Alejandro levantó una ceja, preguntándole con ese silencioso gesto cuál era la razón de su huida si ni siquiera lo conocía.

Carmen supo qué era exactamente lo que

quería saber y habló. ¿Qué más daba? No era como si un forajido fuese a entregarla.

—La verdad es que ni siquiera me apetece conocerlo. Además de ser muy mayor, escuché a mi padre decir que tenía una prominente barriga y que no se le veía el cuello por toda la grasa que tenía acumulada.

—¿De verdad cree que es así?

—¿Por qué iba a mentir mi padre a mi hermano?

—¿Tal vez hablaban de otra persona?

—No, estoy segura, por eso me he ido. No quiero estar condenada a un matrimonio sin amor.

—¿Desea un matrimonio por amor? ¿Siendo una noble? Creo que sueña demasiado.

—Todo es posible, mire a la duquesa.

—Sí, ellos son un extraño ejemplo. Pero no es lo normal.

—Preferiría no tener dote y poder elegir esposo.

—Y si pudiera elegir, ¿qué dones tendría que tener el afortunado?

Carmen dejó de pensar por un momento. Solo podía concentrarse en la boca que tenía frente a sí. Se habían detenido en el camino y Montés se había colocado justo frente a ella. Su cuerpo exudaba masculinidad que llenaba sus fosas nasales aturdiéndola.

–Debería ser fuerte y delicado, valiente y sensato y también me gustaría... –se interrumpió a sí misma antes de decir una tontería.

–¿Qué? ¿Qué le gustaría, Prudencia? –preguntó mientras le colocaba un mechón de su melena dorada tras la oreja y le acariciaba de forma furtiva la mejilla.

– Que me acariciase de la misma manera en la que usted acarició a ese semental hace un momento.

Carmen tenía los ojos cerrados por el dulce roce y, al darse cuenta de lo que había dicho, prefirió dejarlos así para evitar su mirada.

De repente notó que todo el oxígeno a su alrededor había desaparecido y que sus labios, incluso sin verlos, se habían acercado.

—Prudencia... murmuró asombrado por su sinceridad y su reacción—. No me parece que ese nombre le quede bien. Usted es más bien... una imprudente.

—¿Imprudente?

—Primero se lanza al río para salvarme, me tiente con su cuerpo y me besa de tal forma que no he podido dejar de pensar en usted —susurró con voz ronca y sensual—. Después se presenta como una aparición frente a mí, con este vestido que oculta su cuerpo y provoca que tenga ganas de arrancarlo para contemplar de nuevo sus delicadas curvas y por último... —murmuró tan cerca de su boca que ella no pudo hacer más que entreabrir los labios llenos.

—¿Por... último? —preguntó con voz entrecortada.

—Por último me pide que la acaricie como al pura sangre. ¿Sabe qué efecto tiene eso en mí? ¿Cree que voy a poder contener al gato salvaje que clama por salir? ¿Ese mismo que desgarrar con sus afiladas uñas mi piel para liberarse y marcarla como suya?

–Yo... –balbuceó abriendo los ojos–, solo...

No pudo seguir. La boca de Montés se colocó sobre la suya para darle un beso suave, tierno. Un beso diferente al del río, más estudiado. Se alejó tras el leve roce y acarició con su nariz la de ella para, de nuevo, besarla con suavidad.

–Te deseo, sirena –musitó.

–Y yo –contestó perdida en la bruma que la envolvía cada vez que estaba junto a él.

Montés no necesitó más. La alzó de forma inesperada y la colocó sobre el tronco de un árbol. Las piernas de la mujer se enroscaron alrededor de la firme cintura y notó todo el calor abrasador que despedía el cuerpo del hombre. Su boca se tragaba cada jadeo, gemido y suspiro con un hambre voraz que la hacía perder el control. La sensación de su estómago se le escapaba por la boca para ir a parar a la prisión que era el cuerpo del hombre. Se llevaba cada pensamiento, cada ilusión, cada esperanza.

Estaba arruinada, para todos los demás, para sí misma, porque sabía que no sería feliz si no era al lado de ese hombre que con un solo beso

destrozaba su mundo para hacer uno nuevo, mejor. Era algo diferente a lo que conocía, a lo que esperaba encontrar. Sus manos se enredaron en su cabello acercándolo, necesítándolo con una urgencia extrema.

Alejandro pensó que iba a morir. Esa mujer le entregaba todo de una manera tan íntima, tan inocente tan... suya. Sí, era suya y no sería de ningún otro, le pertenecía por contrato, pero la quería tener a su lado por propia voluntad, así que la conquistaría. Haría que se enamorase de él. La arruinaría para todos los demás condenándola a una vida triste si no la compartía con él.

Bajó las manos hasta sus pechos, que anhelaban caricias que estaba dispuesto a darles. Diestras, los sacaron del corsé que los aprisionaba y él les regaló tiernas caricias, roces de lengua, besos ardientes, hasta que ella comenzó a jadear su nombre fuera de sí.

Escuchar cómo le llamaba lo excitó más. Su miembro le dolía por la tensión que acumulaba y tenía la sensación de que en cualquier momento

iba a estallar el cinturón que lo sujetaba.

Pero sabía también que no iba a poder parar. Su boca siguió castigando sus senos y una de sus manos bajó hasta sus nalgas, colándose bajo las pesadas faldas y notando la humedad que empapaba sus muslos.

Pensó que iba a morir si no la hacía suya allí mismo, en el bosque y usando como lecho el tronco de un árbol. Y no se merecía eso. Pero no podía detenerse. Estaba comportándose como un gañán.

–Prudencia, debemos parar, si no... no respondo de mis actos.

Carmen se quedó quieta, tenía la respiración tan agitada que resonaba en sus oídos. Sabía que tenía razón, que debía terminar el beso, pero le costaba tanto pensar con claridad...

–Supongo que deberíamos... –asintió afligida.

Sin más, se ordenaron la ropa y después caminaron de regreso sin decir una sola palabra.

Capítulo 20

–¿Traes noticias? –preguntó Carvajal a uno de sus hombres.

–Sí, señor. Se rumorea que los duques del Valle van a dar una gran fiesta que durará toda una semana.

–¿Y qué tiene eso de interesante?

–Dicen que es para buscar marido a una prima de la duquesa y que solo asistirán los jóvenes casaderos.

–Interesante... ¿Crees que podría..?

–Tal vez se trate de Lola –contestó el joven guardia civil.

–Podría ser. Tal vez crean que buscándole un marido podrá escapar de mí. Está bien, vamos a dar una vuelta para conseguir algo de información.

Carvajal montó su pesado cuerpo en un jamego que era demasiado débil para sostenerlo

y arreó al animal hasta que este, con mucho esfuerzo, comenzó a trotar. Uno de sus hombres fue con él. Era un cabo que pasaba inadvertido, pero al que le gustaba participar de las fechorías de su capitán o en su defecto observar impasible mientras su superior las cometía. No podía evitarlo, le hacía feliz el sufrimiento de la gente.

Cabalgaron en silencio hasta la entrada del pequeño pueblo de casas encaladas y techos oscuros. Al primer sitio al que se dirigieron fue a la pequeña iglesia blanca que también hacía las veces de hogar de don José, el cura, que ayudaba a esa panda de bandidos desalmados, pero no tenían pruebas para encarcelarlo.

Bajó del animal apoyándose en su cabo y entraron juntos a la iglesia. Los aldeanos se alejaron y se encerraron en sus casas; una visita del capitán nunca traía nada bueno.

—Corre, avisa al sargento —avisó don José a su monaguillo al verlos con la intención de entrar.

El chico, raudo y sin hacer preguntas, se escapó por la puerta trasera de la capilla y

corrió tanto como sus pequeñas piernas le permitían en busca de Alejandro.

—A las buenas de Dios —dijo Carvajal a modo de saludo.

—Buenos días, capitán Carvajal. ¿A qué debo el honor?

—He escuchado noticias que quiero que me confirme.

—Poco sé de nuevas noticias, pero dígame en qué puedo ayudarle, hijo.

El cura era listo. Utilizaba las palabras adecuadas para no delatarse y dejarle claro que era un ministro que trabaja para Dios, el que lo juzgaría una vez dejase este mundo. Pero eso no le asustaba, pues con arrepentirse antes de morir de todos sus pecados, estaría en el cielo con el beneplácito del Supremo aun habiendo vivido en la tierra como el mismo diablo.

—He escuchado que en La Andaluza planean hacer una gran fiesta para que una pariente de la duquesa conozca a futuros pretendientes. ¿Es verdad?

—Es la primera noticia que tengo.

—¿No sabe nada, padre?

—Nada. ¿Para qué me iban a invitar a mí? Como sabe me debo a Dios y me mantengo casto.

Don José esperaba que el capitán se fuera. En realidad no sabía nada sobre la fiesta, no había visto a Álvaro ni a Alejandro en los últimos días porque habían estado muy ocupados buscando a la prometida de este último, que se había escapado para no contraer matrimonio. Una chiquillada que les traía de cabeza.

—Es cierto. Aun así sé que la duquesa le tiene estima, me parece raro que no sepa nada... —amenazó acercándose hasta él con la mirada cargada de odio.

—Pues es verdad. Nunca le mentiría, soy un hombre de buena voluntad que ve lo mejor en todos, incluso en usted.

—¿Insinúa que abuso de mi poder? —bramó a la vez que golpeaba con fuerza al cura en el pecho, provocando que cayese hacia atrás y se golpease con uno de los bancos de madera oscura.

—No digo tal cosa —murmuró don José rezando por que Alejandro llegase antes de que ese animal enfurecido lo mandase junto a su jefe.

—Más le vale, padre. No quisiera hacerle daño, pero, si llega el caso, se lo haré.

—No tiene decoro.

—No me importa quién cree que es su superior. En esta aldea mando yo —sonrió.

—Nadie está por encima de la ley divina.

—¿No? ¿Está seguro? —le provocó—. Si me entero de que me ha ocultado algo, se las verá conmigo —afirmó dejándolo tembloroso y asustado.

Cuando la puerta de la iglesia se cerró, don José cayó de rodillas y rezó como nunca en su vida.

Alejandro iba de regreso a su casa. No podía estar en La Andaluza. Si permanecía allí iba a coger a esa muchacha que le volvía loco de todas las maneras posibles e iba a hacerla suya sin esperar a que don José les diera el sagrado sacramento.

Le pareció escuchar que alguien le llamaba a lo lejos, un chiquillo tal vez. Fijó la vista y atisbó a un pequeño que corría, lloraba y gritaba a la vez. Azuzó a su montura para acercarse hasta el niño y ver qué sucedía.

—¡Lo va a matar! —gritaba—. ¡Dese prisa, sargento! ¡Lo va a matar!

—¿Qué sucede, muchacho?

—El capitán está en la iglesia. Va a matar a...

Antes de que el joven pudiese terminar la frase, se encontró en volandas y a continuación sentado sobre las rodillas de Alejandro, que ya iba a todo galope hacia la pequeña iglesia. Furioso.

«Si le pone la mano encima, lo mataré con mis propias manos.»

Al llegar bajó del corcel sin desmontar al niño, que quedó a lomos del poderoso animal, y entró corriendo a la iglesia. Sintió que las piernas se le doblaban cuando vio al cura arrodillado, nervioso y con un rosario en las manos.

—Don José, ¿está bien? ¿Le ha hecho daño?

—¡Hijo! —exclamó aliviado—. Sí, bueno, no...

No sé que le ha pasado. Quería que le dijese lo que sabía acerca de una fiesta que se va a celebrar en La Andaluza.

—Es cierto, padre. Es una larga historia. Siento no haber estado aquí.

—No es tu culpa, es culpa de ese hijo... de Satanás.

—Vamos a tener que terminar con esto.

Carvajal sonreía en el burdel mientras recordaba el miedo que le había causado al pobre viejo. Tenía que dejar claro quién mandaba en ese pueblucho al que se había visto relegado. La ramera no estaba colaborando, no gritaba, solo parecía aburrirse, y a él le gustaba que gritasen. El miedo le provocaba una excitación que lograba que su polla se levantase.

—Grita, zorra —dijo a la vez que le tiraba de la larga melena oscura.

La joven gritó. Sabía que era violento y no dudó en obedecerlo. Pero sus gritos no fueron suficientes, así que siguió golpeándola hasta que

no pudo dejar de gemir por el dolor que le ocasionaba. No contento, le dio la vuelta y la penetró con fuerza por el ano, desgarrando a la mujer, que dejó escapar un grito desesperado.

Después del grito, se quedó como muerta. Se había desmayado por el dolor. Carvajal terminó su tarea y dejó una bolsa llena de monedas para la dueña del prostíbulo, con eso callaría su boca.

Una vez satisfecho, salió dando tumbos ante las disimuladas miradas de los allí presentes, que no se atrevieron a decir nada por si acaso todavía tenía ganas de hacer daño a alguien más.

Andrés lo esperaba escondido cerca de la orilla del camino solitario. No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero ya no había marcha atrás. Estaba allí e iba a pactar con el mismo diablo.

—¡Alto! —gritó con el trabuco en la mano.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó sonriendo más por el exceso de bebida que por otra cosa.

—Vengo a ofrecerle un trato.

—¿Uno de los hombres del Caballero quiere

ofrecerme un trato? Parece que la historia se repite... ¿Qué clase de trato?

—Sé dónde la tienen.

Esas palabras bastaron para ponerle en alerta. Sabía que estaba con ellos y ahora ese forajido que no valía su peso ni en piedras se lo decía con claridad.

—¿Dónde? —preguntó de repente despejado a la vez que amartillaba su arma.

Su cabo, silencioso y temible, se posicionó a su lado con el arma apuntando a Andrés por si este decidía disparar.

Andrés sopesaba sus posibilidades. Sabía que si disparaba moriría junto a Carvajal, pues su hombre dispararía sin pensárselo dos veces. Así que bajó el trabuco y relajó la postura.

—En La Andaluza —soltó sin más.

—¿Qué quieres?

—Una bolsa llena de reales y que me deje largarme de aquí a otro lugar mejor.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Eso es asunto mío.

—No si quieres que te dé el dinero.

—Porque la quería para mí.

—Esa mujer tiene algo especial, ¿ves, cabo? Hasta es capaz de volver locos a los bandoleros... Un hombre que traiciona a los suyos por una mísera bolsa de reales no merece mi respeto. Cabo, llévelo a prisión.

Andrés trató de huir, pero no pudo. El ruido sordo que conocía tan bien le traspasó la pierna. Notó el líquido cálido resbalar por su pierna hasta llegar al suelo. La caída era inevitable y antes de darse cuenta la culata del arma impactó en su rostro. Todo se volvió tan oscuro como su alma.

Álvaro se paseaba furioso. María era capaz de saberlo solo por su postura. Caminaba nervioso en círculos sin sentido con las manos apoyadas en las caderas. Las tres mujeres lo miraban sin decir nada mientras Alejandro hablaba con él. Antes de que se calmaran las cosas, Ángel apareció y parecía que las noticias que traía tampoco eran alentadoras.

–¿Qué habrá pasado? –preguntó María sin esperar respuesta.

–Algo malo, seguro. Parecen muy enfadados, los tres.

–Sí, dan miedo... –murmuró Carmen.

Los hombres seguían discutiendo el asunto y entonces, levantaron sus miradas hacia la ventana para mirarlas directamente a ellas. María sintió que se mareaba. Fuera lo que fuese de lo que hablaban, estaba claro que ellas eran el centro de la conversación.

No podía echarse para atrás a estas alturas. Los invitados empezarán a llegar por la mañana, ya que la primera fiesta, la de presentación, sería por la noche. Habría una gran cena y un baile con máscaras, para hacer más atrayente la velada y acentuar el misterio que ya habían forjado en torno a la prima de la duquesa del Valle, Prudencia.

–¿Vienen hacia aquí? –preguntó sorprendida Lola.

–Eso parece –suspiró María.

Antes de que Carmen pudiese decir nada, la

puerta sonó con estruendo por el golpeteo de los tres hombres.

—María, abre, necesitamos hablar con vosotras.

—Está bien —dijo caminando pesadamente hasta la puerta.

Al abrir los tres tomaron posesión de la habitación, creando un muro protector de carne humana.

—No podéis abandonar La Andaluza bajo ningún concepto.

—¿Qué ha sucedido?

—Carvajal ha atacado a don José.

—¿Qué? —exclamaron las tres.

—Además Andrés ha desaparecido —dijo Montés.

Carmen quería y necesitaba dejar de mirarlo, pero le resultaba imposible. Ese hombre tenía un magnetismo contra el que no era capaz de luchar.

—¿Sabe que estoy aquí? —preguntó la voz ahogada de Lola.

—Creo que sí —murmuró Ángel acercándose a

ella.

Carmen observó que Lola empezaba a temblar. Le parecía extraña esa reacción en ella, pues parecía que tenía el temple de un soldado. Nunca la había notado nerviosa o preocupada, sin embargo ahora su rostro se había vuelto tan blanco como la leche.

—Vamos a protegerte. Mientras estés en La Andaluza no te hará daño.

—Será mejor que me entregue, el castigo será más suave si lo hago.

—¡No voy a permitir que te entregues a él! ¡Eres mía maldita sea! —rugió Ángel.

—¿Tuya? No puedo ser de nadie mientras él viva. No va a dejarme nunca, ¿no te das cuenta? Jamás estaré a salvo mientras viva.

—Entonces morirá... —repuso Ángel con voz fría.

Carmen notó que se le helaba la sangre, sin embargo María parecía impassible, pensativa tal vez. Montés no dejaba de mirarla y ella sintió que todo lo que le rodeaba se borraba excepto esa mirada que le penetraba hasta el alma.

¿Estaría enamorándose de él? Podría ser y, entonces, ¿qué iba a hacer? ¡No iba a poder ser feliz con nadie más!

—María, tenemos que hablar —ordenó Álvaro a su esposa.

—Sí, tenemos que hablar —asintió siguiéndolo.

—Nosotros también —dijo Ángel a Lola.

Esta, con paso sereno, se encaminó hacia su habitación y el hombre cerró la puerta tras de sí. Carmen sintió que se mareaba. Estaba a solas con ese hombre en su habitación, ¡sin nadie que los vigilara! Eso no estaba bien. Si deseaba arruinarla, podía hacerlo, pero ¿no lo había hecho ya? Comenzó a alejarse de Montés retrocediendo hacia la ventana sin quitarle los ojos de encima. Su mirada se había oscurecido y se mostraba felina como el gato salvaje que ocultaba en su corazón.

Montés sonrió al cerrar la puerta. Había estado pensando en ella todo el día sin poder quitársela de la cabeza. Estaba deseando que llegara la fiesta para poder bailar con ella, sentir su cuerpo al mismo compás que el suyo, notar

sus piernas junto a las suyas, ver su pecho subir y bajar por la agitada danza... ¡Con solo pensarlo ya estaba listo y preparado para ella! Tenía que acabar con esa tortura o no iba a poder contenerse. La deseaba tanto...

–Prudencia –dijo con tono contenido–. Tengo que pedirte que no abandones la hacienda, las cosas están muy revueltas y fuera de estas tierras no podemos asegurarte protección.

–¿Qué ha pasado?

–El capitán Carvajal ha agredido al párroco. Además parece ser que se ha llevado a uno de los nuestros que se ha ido de la lengua...

«Lengua... ¿no había otra palabra?»

–¿Lola corre peligro?

–Es más que probable.

–Entiendo...

–¿Tienes miedo?

–No... Sí, supongo que no tiene sentido mentir. Ahora me arrepiento... –calló para no decir lo que en realidad quería. Debía esperar a que todo se solucionara.

–¿De qué te arrepientes? –pregunto salvando

la distancia que los separaba.

–De nada.

El calor que nacía entre ellos cada vez que estaban cerca era más que evidente. No podía evitar sentir lo que sentía por ese hombre, pero era consciente de que era un locura, una locura deliciosa, pero una locura que no les traería nada bueno a ninguno de los dos, sobre todo a ella.

–Deberías abandonar la habitación –le pidió.

Montés se alertó. Sabía lo que podía llegar a pasar si no salía de esa habitación. El deseo de besarla de nuevo estaba creciendo con la misma rapidez que su miembro.

–Tienes razón, debería irme. Aunque si te soy sincero, no lo deseo.

–¿No lo deseas? –no pudo evitar preguntar ella.

–No, lo que deseo es hacerte mía, reclamarte.

–Pero... eso no puede ser.

–¿Te gustaría?

–Quizás... si no fueses un bandolero y yo...

–¿Una pura sangre?

–Es una forma de verlo.

–Pero me deseas.

–Creo que es evidente.

–Pero quiero que me lo digas. Necesito escucharlo de tus labios, notar el aliento cálido de tu boca mientras lo confiesas.

Alejandro se había acercado hasta ella, sigiloso. Ahora la tenía acorralada contra la ventana. Se acercó más y Carmen se dio cuenta de que estaba atrapada. Su trasero golpeó el alfeizar de la ventana de madera y Alejandro aprovechó para alzarla y colocarla sobre él. Abrió sus piernas y se coló entre ellas. La espalda de Carmen rozaba el frío cristal.

Lo miró a los ojos, tenía que decirle que se alejara, pero no lo deseaba. Lo que realmente quería era tenerlo más cerca, que su piel se mezclara con la suya al igual que el sabor de su boca lo había hecho en la de ella.

–Voy a besarte, Prudencia.

–Pero no puedes...

–¿No puedo?

–No, pertenezco a otro.

–No hay ningún otro –masculló molesto antes

de estrellar su boca en la de ella.

El impacto fue como esperaba. Su dulce sabor llenó de nuevo sus sentidos y el animal que aguardaba dentro se despertó con hambre. Hambre de ella. Esa mujer iba a ser suya aunque no lo supiera y quería hacerla sufrir un poco.

Se lo merecía, por escaparse, por llamarlo viejo... Ahora iba a demostrarle lo viejo que se sentía.

Carmen estaba perdida de nuevo en los brazos de Montés, embriaga por su sabor y consumida por el calor que despertaba en ella y que ese cuerpo masculino le devolvía. Sus manos hablaban solas, recorrían sin permiso la firme espalda de Montés, que aprobaba su actitud con gruñidos que la excitaban.

Su espalda presionó con fuerza la madera y el cristal y el cuerpo masculino la abrasó. Lo sentía tan cerca y a la vez tan lejos... Le sobraban el vestido, el miriñaque, la piel... Deseaba que su lengua le lamiese el alma dejando su huella.

De repente él se separó y se arrodilló frente a

ella. Confusa y con las mejillas arreboladas, lo miró sin saber qué iba a suceder por un momento antes de que desapareciera debajo de su falda. Sus manos acariciaron sus muslos y Carmen echó la cabeza hacia atrás sin poder pronunciar nada que no fueran suspiros tan profundos como su placer.

Algo húmedo comenzó a recorrer su pierna. Comenzó en la rodilla y fue subiendo hasta llegar a esa zona tan inflamada y caliente que necesitaba apagar. Sabía que tenía que protestar, que debía detenerlo, pero no podía. Estaba sumida en su propio placer y en esos momentos nada más le importaba.

Ahogó el grito que desgarró su pecho cuando notó la boca del hombre sobre su sexo. Apretó sus manos con fuerza al borde de la ventana y cuando sus dedos acariciaron el centro de su placer por encima de la ropa interior, creyó explotar.

¿Esto era la intimidad con un hombre? ¿Así de bien hacía sentir? ¿Se suponía que debía sentirse mal?

No quería que parase, pero no estaba segura de qué era lo que estaba sucediendo. Uno de los dedos se paseó por su sexo. Notaba las bragas húmedas y su respiración cada vez más agitada.

–Por favor –murmuró.

–Por favor, ¿qué?

–No... lo sé –balbuceó.

Montés sabía que era inocente. Ni siquiera tenía claro qué era lo que pedía ni lo que necesitaba. Eso le hizo sonreír y aspiró el aroma de su sexo. Estaba preparada para él, por él. Le gustaba ver que causaba en el cuerpo de la mujer los mismos estragos que ella en el suyo. Deseaba acabar lo que había empezado, su miembro se movía nervioso ante la expectativa, pero había llevado demasiado lejos el juego y tenía que detenerse ya.

Capítulo 21

Las voces de Lola y Ángel fueron el detonante que les hizo parar. Ella no podía permitir que la viesen de esa guisa. Era evidente que estaban discutiendo. Alejandro se levantó, colocó bien las ropas de su prometida, le sonrió y salió por la puerta sin decir más.

Carmen no sabía si llorar, gritar o salir detrás de ese hombre y golpearle hasta que no le quedasen fuerzas. ¿A qué jugaba con ella? No lograba entender qué sucedía... Lo que sabía era que cada vez se quedaba más y más desolada.

La puerta que comunicaba ambas habitaciones se abrió sin previo aviso y Carmen comprendió por qué Montés se había ido sin decir nada. Debía de haber advertido que Lola iba a abrir la puerta. Parecía disgustada, molesta.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Carmen todavía con el corazón a mil.

–Quiere que me case con él.

–Pero eso es una buena noticia, ¿verdad?

–No lo sé, Prudencia, no lo sé... Yo... no sé si podré...

–¿Qué no vas a poder?

–Volver a ser una mujer completa, tener ilusiones, sueños, esperanzas... Me lo arrebató todo.

–¿Quién? ¿Carvajal?

–Sí, él.

–¿Qué te hizo?

Y así, iluminadas por la luz de la luna, Lola le contó a Carmen todo lo que había sufrido, todo lo que había soportado, el dolor, la humillación, el abandono de su padre, las noches bajo el peso de su cuerpo... su olor. Eso era algo que no podía borrar, el hedor que despedía.

Carmen lloró junto a ella en silencio. No comprendía cómo alguien podía ser tan vil ni cómo un padre podía vender a una hija. Aunque no era tan raro, ¿no? ¿Acaso su padre no había

hecho algo parecido con ella? ¿Venderla a un hombre que no conocía y que no sabía cómo iba a tratarla?

—¿Le quieres?

—¿A Ángel?

Carmen asintió.

—Es un buen hombre —repuso Lola.

—Pero... ¿le quieres? —insistió.

—No lo sé, puede que sí, que esto que siento sea amor.

—Creo que si tú le amas y él a ti deberíais estar juntos. El amor es algo demasiado hermoso y escaso como para no atraparlo cuando se presenta.

—¿Y tú? ¿Vas a atraparlo?

—¿Yo? Mi caso es diferente... —confesó, y su voz sonó tan triste que incluso le sorprendió a ella misma.

—No, no lo es. Tienes miedo, igual que yo.

Con esas palabras, Lola abandonó la habitación y se encerró en la suya. Era tarde y Carmen estaba cansada por el largo día. Le dolía más abajo del vientre y notaba las piernas

mojadas. Todo por culpa de Montés.

Se acercó a la ventana y observó la quietud de la hacienda por la noche. Y allí estaba su bandolero iluminado por la luz de la luna, montado en su semental y abandonando las tierras del duque.

Sería la última vez que lo vería. A partir de la mañana siguiente, tendría que conocer a todos los jóvenes que acudiesen a aquella fiesta que tenía por objetivo que ella se hiciera con un buen partido, aunque se temía que ya ninguno le parecería bueno al lado de ese gato que había arañado su alma.

El grupo de forajidos sonreía y se frotaba las manos gracias a la gran cantidad de dinero y joyas que había conseguido. La madrugada había sido productiva: habían aprovechado el flujo de invitados que se dirigía a La Andaluza para llenar sus bolsillos.

Todavía estaban afectados por la detención de Andrés, pero Ángel ya había trazado un plan

junto a Alejandro para sacarlo de allí. Por un lado estaba contento, pues habían ganado mucho dinero, tanto como para ayudar a todas las familias más necesitadas y obtener un buen pellizco. Quería comprarle algo bonito a Lola, un abanico o un mantón... y si podía, las dos cosas. Se la imaginaba bailando desnuda bajo el mantón y meneando el abanico al compás de sus caderas.

Esa mujer le volvía loco. Haría todo lo posible por hacerla suya y Carvajal no iba a volver a poner ni una sola de sus sucias miradas sobre ella. Ahora le pertenecía.

—¿Vamos? —preguntó Alejandro disimulando.

—Estoy esperando.

—¿Quién es la nueva?

—Nos la mandó la dueña del burdel. Carvajal la destrozó y dejó una bolsa de monedas como pago.

—Se la ve asustada.

—El médico tuvo que coserla entera, la destrozó por completo. Gracias a Dios que perdió el conocimiento y apenas recuerda nada.

—Cada vez abusa más de su poder.

—Habrá que cortarle las alas —respondió Ángel.

Todavía faltaban un par de horas para que el sol brillase con fuerza y Alejandro le hizo una señal para que lo siguiera. Se escabulleron del campamento en silencio, no querían que nadie supiera qué se traían entre manos.

Al llegar al cuartel observaron que no había guardias en la puerta: o Carvajal estaba muy seguro de que era intocable o se había olvidado de su seguridad. Al entrar con cuidado notaron que algo no iba bien: el silencio sepulcral parecía decir a gritos que corrían peligro.

—¿La ha matado él? —preguntó una voz cansada de mujer.

Los dos hombres se miraron sin entender qué sucedía, hasta que Alejandro vio de quién se trataba. Se despejó el rostro, hizo una señal a Ángel para que continuara con su escrutinio y se acercó a la esposa de su capitán.

—¿Qué hace levantada tan temprano?

—¡No puedo dormir! ¡La culpa me corroe!

—¿Culpa? —preguntó sin saber a qué se refería la mujer impedida de la silla.

—Sí. Yo sabía lo que pasaba, lo que sufría y lo que él la obligaba a hacer, pero no hice nada, ¡nada! Dejé que acabase con ella porque así me dejaba tranquila a mí...

Alejandro no podía creer que esa mujer le estuviese dando a entender que sabía todo lo que sucedía en su casa y que creía que su esposo había terminado con la vida de Lola. Una mujer que parecía perdida en su propio mundo y que ahora resultaba saber cuanto sucedía. Después de todo, los rumores de los que le había hablado su empleado, Jesús, eran ciertos.

—La ha matado... —murmuró—. Estoy segura. ¡Y todo por mi culpa! —sollozó.

—No, no tiene usted la culpa de nada, señora...

—Sí, la tengo, no trates de consolarme, pero va a pagarlo muy caro. Ten, Alejandro, en este libro lleva un registro de todos los sobornos. Encárgate de hacer justicia.

Sin decir más, la mujer se fue en su silla de

ruedas tan silenciosamente como había llegado. Alejandro cabeceó y se dirigió hacia los calabozos. Quería ver qué sucedía allí abajo.

Al llegar al sótano lo primero que sintió fue esa bocanada de humedad que le azotó el rostro y lo obligó a arrugar la nariz. No había apenas ventanas al exterior y la suciedad mezclada con la sangre de algunos de los presos hacía que la atmósfera fuese densa. Pasó por las celdas, una a una, y de pronto vio en el suelo a un hombre mayor sucio y hambriento que se acercó a rastras hasta él cuando lo vio llegar.

—Señor, señor... Tenga piedad. Yo no tengo la culpa de que la zorra de mi hija escapara... —murmuró.

Sin duda era el padre de Lola y Alejandro sintió pena. ¿Cómo podía un padre hacerle eso a su hija y no sentir remordimientos?

—No mereces salir. Ella no es ninguna zorra, lo único malo que tiene es su progenitor —dijo de repente la voz de Ángel sobresaltándolo.

—¿Estás bien?

—Sí, me he dado una vuelta, lo tiene en la

última celda, pero no puedo forzar la cerradura para soltarlo.

—Está bien. Vamos —dijo Alejandro.

A cada paso la oscuridad se acentuaba, el olor era más intenso y el cuerpo de Alejandro tardó varios minutos en acostumbrarse. Nunca había llegado tan lejos. No era habitual, al menos que él supiera. Se preguntaba por qué su capitán lo había llevado hasta allí.

Tan solo la tenue luz de una tea que colgaba de la pared iluminaba el oscuro pasillo y el pequeño rincón que era la celda.

Andrés estaba al fondo, hecho un ovillo y con la cabeza oculta entre sus propios brazos.

—Andrés —le llamó en un susurro.

El hombre alzó la cabeza y los miró sorprendido.

—¿Habéis venido después...?

—¿Después de...?

—De lo que he hecho.

—¿Qué has hecho exactamente? —preguntó Ángel apretando los dientes.

—Quise hacer un trato con él, para largarme

de aquí.

—¿Qué trato? —preguntó Alejandro.

—Le dije dónde está Lola a cambio de una bolsa de monedas y la libertad.

—¿Cómo has sido capaz...? —gritó—. Después de todo lo que hemos hecho por ti...

—Yo... no lo sé. Estaba cegado...

—¿Estabas cegado? ¿Por qué?

—Por ella, la quería para mí, pero Ángel la reclamó primero.

—Eso no es motivo para delatar a tus hermanos —sentenció Alejandro.

—¿Me vais a dejar aquí?

—No mereces otra cosa, nos has puesto en peligro. Ya no eres uno de los nuestros.

El silencio se apoderó de todos cubriéndolos como una pesada capa. Ángel y Alejandro se dieron la vuelta y caminaron hacia la salida sin importarles las quejas y lamentos de los dos hombres que estaban entre rejas. Por una vez, solo una vez, Carvajal había acertado al ponerlos ahí, donde se merecían estar.

Al salir de la casa cuartel y perderse entre la

espesura del bosque, se relajaron y se sentaron para contemplar la puesta de sol. Alejandro no podía dejar de pensar en lo que Andrés les había dicho. Los había delatado. Había contado a Carvajal que ellos tenían a Lola y ahora iban a tener que doblar las guardias y ser más precavidos.

La fiesta de Álvaro era el lugar indicado para atacar. Al ser una gala con máscara, una idea que él mismo había propuesto, les había puesto en bandeja poder colarse sin ser reconocidos. ¡Ahora se arrepentía tanto! Pero... ya no había nada que hacer. Debía tratar de que todos, en especial su prometida y Lola, estuviesen a salvo.

—¿Crees que ha revelado tu identidad? —preguntó Ángel.

—No lo sé —suspiró—. Podría ser, pero tengo algo con lo que no cuenta.

—¿Qué es?

—La prueba de sus fechorías escritas con su puño y letra.

—¿De dónde demonios has sacado eso?

—No lo vas a creer, apenas sí me lo creo yo.

Su mujer cree que su marido ha matado a Lola y en venganza me ha dado el libro donde él tiene todo escrito.

—¿Qué vas a hacer?

—Enviárselo al rey.

Ángel asintió. Ya era hora de que ese saco de grasa diese con los huesos en el talego, igual que él hacía con los demás. Era el peor de todos y merecía la máxima condena. Sin mediar palabra, continuaron la marcha hasta La Andaluza. Debían poner sobre aviso a Álvaro y trazar un plan por si las cosas se ponían feas.

Capítulo 22

Álvaro estaba nervioso, enfadado y a la vez divertido. Sus invitados empezaron a llegar temprano y solo tenían quejas. Los bandoleros de la zona habían asaltado todas las diligencias que habían podido y los habían desplumado.

No quería reírse por las exageradas anécdotas que contaban de ellos. Ahora resulta que sus hombres medían tanto como un árbol y llevaban armas de una envergadura parecida a la de un caballo. Pensó que ninguno de los jóvenes que María había invitado podían hacerle sombra a su amigo Alejandro y comprendió que ese era precisamente el plan: mostrar a la joven Carmen que no había un hombre mejor y más adecuado para ella que su prometido.

Los invitados fueron llegando poco a poco a la casa solariega. Ocuparon las habitaciones y llenaron la hacienda de continuas risas y charlas.

Carmen no quiso salir de la habitación. Estaba nerviosa, no dejaba de repetirse insistentemente que se había equivocado.

¿Qué pasaría si no encontraba a ningún candidato que estuviese a la altura de desbancar al que su padre había elegido? ¿Se presentaría su prometido a la fiesta? No se había atrevido a preguntárselo a su anfitriona, pero no pudo dejar de darle vueltas a la cabeza pensando eso. Aunque todos llevaran disfraz, un hombre de esas características no podría ocultar su barriga, su papada y sus verrugas, ¿verdad?

Lo tenía claro: si se encontraba aunque fuese de lejos con alguien que encajara en la descripción, huiría de su lado. No iba a permitir que le pusiera una mano encima ni él ni nadie que no fuese... No, no podía seguir esa línea de pensamiento, lo suyo con Montés no era posible por más que le gustase la idea de pasar la vida junto a él. No podía ser.

Era noble y no podía ensuciar la pureza de su sangre. Su padre no se lo perdonaría, pero por otro lado, ¿sería tan terrible? ¿Merecía la pena

que su padre estuviese contento y ella infeliz por el resto de su vida? No, no podía pensar así. Debía respeto a su padre y lo demás la condenaría al infierno... si es que no tenía ya un pie allí después de lo que había permitido a Montés hacer con ella.

Solo recordarlo le causó una picazón agradable entre las piernas y un rubor que calentó su rostro. Se asomó por la ventana. Le gustaban las vistas que se vislumbraban desde allí. Podía verse la magnitud de la hacienda, los hermosos y cuidados jardines y... y a Montés.

De nuevo estaba reunido con el duque. Le parecía raro que entrara y saliera de la casa con tanta tranquilidad... ¡Por todos los santos! ¡Era un forajido que tenía puesto precio a su cabeza!

No comprendía nada, pero supo por sus gestos airados y sus cabeceos que algo malo había sucedido. De repente, Montés subió a su semental con un salto ágil y se alejó a toda prisa. Ella se pegó más a la ventana para poder ver cómo desaparecía tragado por la espesa vegetación y se sintió desfallecer. No, no podía

hacerlo, no sin él.

Su cuerpo reaccionaba con solo verlo y no podía sacárselo de la cabeza. ¿Tan malo sería entregarse a él aunque luego fuese de otro? ¿Podría, al menos, concederse una sola vez en los brazos del hombre que amaba?

Ángel entró en la casa y Carmen dedujo que iba a ver a Lola. Ese par de dos estaban locos el uno por el otro y no entendía por qué no estaban juntos, ¿qué se lo impedía? La clase social no, desde luego.

Escuchó cómo llamaban a la puerta de su amiga y sonrió. Ojalá ella tuviese la dicha de poder elegir al hombre con el que pasar su vida, entonces su elección sería fácil.

Lola abrió la puerta y se sobresaltó al ver quién estaba al otro lado. Ángel parecía furioso y a la vez preocupado. Eso provocó que se le hiciera un nudo en el estómago que le pesó y le impidió respirar con tranquilidad.

—¿Qué sucede? —preguntó sin más.

—Andrés te ha delatado. Carvajal sabe que estás aquí.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nuestras sospechas eran ciertas, pero nos equivocamos pensando que Carvajal iba a sacarle la información a Andrés por la fuerza. La verdad es que nos ha vendido.

—¿Qué? ¿Cómo ha podido tu hermano hacer eso? ¡Sois de la misma sangre!

—Ya no. Te quería y eso le ha empujado a hacerlo.

—¿Me quería? ¿Por qué? Nunca hice ni dije nada para alentarle.

—¿Por qué? ¿Lo preguntas? Lola eres la mujer más fuerte, decidida y hermosa que pisa este mundo. ¿No entiendes por qué los hombres caen rendidos a tus pies? Y, cuando bailas... tu cuerpo hace magia con esos movimientos y entonces no somos capaces de pensar más que en hacerte nuestra.

—¿También tú tienes esos pensamientos?

—Desde el momento en que me dijiste que mis ojos eran del color de las tormentas. Cásate conmigo, Lola, hazme el hombre más feliz del mundo.

–Yo... –se detuvo, pero ¿qué podía perder? Además amaba a ese hombre que era tan diferente a los que había conocido—. Sí, Ángel, me casaré contigo.

–¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

–Sí, claro que lo digo en serio –sonrió al ver su estado de excitación.

–Está bien. Esta noche haré que don José se acerque a la hacienda y nos case mientras los demás están en el baile.

–¿Esta noche? Pero... ¡no tengo vestido que ponerme!

–De eso me encargaré yo –sonrió dándole un beso profundo que hizo que sus piernas temblasen.

–Hasta la noche, mi Lola.

–Hasta la noche –contestó con la respiración agitada y una gran sonrisa que le iluminaba el rostro.

María se había despertado con dolores, pero no quiso decir nada para no alterar a Álvaro, bastantes preocupaciones tenía ya. Se levantó con cuidado y caminó para aliviar la tensión.

Sabía que era algo normal, ya se acercaba la recta final del embarazo y a partir de ese punto todo serían molestias hasta que diese a luz.

Se puso un vestido ancho y se miró la tripa en el espejo. Estaba enorme. ¿Traería dos? Mejor no pensarlo. Si solo tener uno le asustaba, que fuesen dos... la aterraba. Dejó de darle vueltas a algo de lo que no podía estar segura y salió para ayudar al servicio a ir recibiendo a los invitados.

La casa bullía de actividad. Los invitados iban llegando y ninguno parecía feliz. María saludó a todos los que se fue encontrando y salió en busca de su marido.

—Buenos días, amor —la saludó él con una radiante sonrisa al verla. Su mujer siempre lo conseguía, era capaz de alegrar hasta el más tormentoso de sus días.

—Buenos días, mi Caballero —dijo devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué pasa? Todos los invitados parecen... molestos.

—Sí, bueno... Nuestros hombres los han desplumado camino de la casa.

—¿Qué?

—Ya no tiene remedio.

—No, no lo tiene, pero que se preparen.

—María.

—¿Sí, amor?

—Alejandro la quiere para él, ¿te has dado cuenta?

—Ese era el plan.

—Espero que todo salga bien.

—Todo va a salir bien —dijo, antes de lanzarle un beso y darse la vuelta. Tenía mucho, mucho que hacer.

María se pasó el día por las cocinas, comprobando que todo estuviese en orden, pendiente de los invitados que llegaban y de hospedar a todos tras darles la bienvenida. Iba tomando nota mental de cada uno de ellos. No había ni uno solo que pudiese hacer sombra a Alejandro. Su plan marchaba de maravilla y estaba deseando que llegase la noche y con ella la fiesta para ver cómo se sucedían las cosas.

Carmen no quiso salir. Se pasó todo el día en su habitación e incluso pidió a Susana, la

doncella de confianza de su amiga y anfitriona, que le subiera la comida a la habitación. Tenía el estómago revuelto y el cuerpo hecho un manojo de nervios. No había dejado de observar desde la ventana a cada uno de los invitados. Hasta ahora el único hombre que le había llamado la atención se había ido temprano por la mañana y no iba a presentarse en la fiesta por la noche.

Lola se reunió con ella en su alcoba ya entrada la tarde y la ayudó a prepararse para la fiesta. Recogió su dorada melena en un moño alto y lo adornó con horquillas con forma de flor cuyos pétalos eran del mismo color violeta que sus ojos.

María irrumpió en la habitación cargada con vestidos. Lola fue a ayudarla enseguida, no debía hacer tantos esfuerzos con un embarazo tan avanzado. Dejaron los vestidos sobre la cama y María miró a las dos sonriendo.

—Elegid.

—¡Son preciosos! —exclamó Carmen.

—Creo que este te irá a la perfección. Es del mismo color que tus ojos y los adornos plateados

son hermosos.

—Sí, tienes razón —sonrió al colocarse el corpiño plateado con los ribetes en violeta. Las mangas eran cortas y de encaje y el escote dejaba ver algo más de sus pechos, pero estrechaba la cintura y cuando le colocaron la falda sus caderas se veían sugerentes.

—Estás preciosa —afirmó Lola—. No van a poder quitarte los ojos de encima.

—Sí, lo está —asintió María—. Toma, esto completará el conjunto.

María le tendió un antifaz color plata con unas plumas que lo adornaban del mismo tono violeta que los adornos del traje. Al ponérsela ahogó un suspiro, estaba realmente preciosa. No parecía ella.

—¿Esa soy yo? —preguntó con extrañeza.

—Sí, esa eres tú —dijo con una gran sonrisa.

—Esta noche vas a conseguir a más de un candidato —dijo Lola.

—Ahora te toca a ti —sentenció María.

—¿Yo?

—Tú también vas a asistir al baile. Todas

vamos a estar en el gran salón de baile. Allí será más fácil que los hombres nos protejan.

—¿Hay algún peligro? —preguntó Carmen asustada.

—Parece ser que uno de los nuestros nos ha delatado. Le ha contado al capitán que Lola está aquí.

—¿Podrá entrar?

—No le sería difícil porque la casa está llena de extraños con máscaras, así que si se lo propusiera le resultaría de lo más sencillo.

María escogió un vestido con corpiño de tono rojo intenso, como eran los labios de Lola, y la falda de un negro brillante, como su cabello. La ayudó a ponérselo y le peinó el pelo oscuro en un semirecogido. Las puntas largas y rizadas le cubrían parte de la espalda. La máscara iba a juego con el traje: era negra y tenía a la izquierda una flor hecha del mismo material y de color rojo que imitaba a una rosa.

Cuando Lola se vio tuvo una sensación similar a la de Carmen. Se veía hermosa. Se sentía guapa, atractiva. No parecía ella y no pudo

evitar sonreír. Alguien tocó a la puerta. María abrió y recogió un paquete que Susana le traía.

—Lola, es para ti.

—¿Para mí?

—Eso dice la tarjeta.

Lola lo cogió con manos temblorosas y abrió la pequeña misiva, en la que había una nota:

No puedo creer que esta noche, al fin, vayas a ser mía.

Tuyo, tu Ángel.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Lola al leer esas palabras que tanto significaban para ella, y se acrecentó cuando abrió la caja y sacó lo que contenía: un precioso mantón negro con flores rojas bordadas. Era un trabajo delicado sobre un encaje suave y hermoso.

—Vaya, parece que tienes a un enamorado rondándote.

—Es de Ángel —confesó—. Vamos a casarnos esta noche.

—¿De verdad? —preguntó María casi en un

grito.

–Sí, me lo pidió y he dicho que sí.

–Te lo mereces. Te va a hacer muy feliz, ese hombre te adora.

–Lo sé. Sé que es uno de los buenos, de lo que no estoy segura es de si yo soy lo bastante buena para él.

–Nunca dudes de eso –le dijo María acariciando sus hombros desnudos.

–Es tan bonito –las interrumpió Carmen con los ojos llenos de lágrimas–. Espero que seas muy feliz.

–Tú también lo vas a ser, de eso nos vamos a encargar nosotras.

Capítulo 23

Carmen estaba nerviosa. María le había pedido que fuese la última en bajar para crear expectación. Cuando llegó al filo de la escalera sintió que desfallecía. No sabía si iba a ser capaz de lograrlo. Le bastó echar un vistazo a la pista de baile que se abría a sus pies y ver que estaba repleta de máscaras y hombres que miraban hacia arriba para sentir vértigo.

—Bajando por la escalera, la señorita Prudencia de Ayala, baronesa de Lerma —dijo uno de los criados.

Todos los presentes comenzaron a aplaudir. Carmen no tenía ni idea de si eso era normal o no, pero sintió que sus piernas no la iban a sostener. ¿Cómo iba a bajar por las escaleras sin caer rodando como una pelota?

Se llevó las manos al estómago y trató de encontrar el aire que le faltaba en los pulmones,

cuando una mano firme y masculina se ofreció para ayudarla a bajar. Carmen se sintió aturdida y al alzar su mirada violeta se encontró, bajo el antifaz, los ojos pardos de Montés. Podría reconocerlo entre miles de ellos. Tenía algo único y era lo que lograba despertar en ella con un solo roce.

—Estás preciosa, Prudencia.

—Gracias, también tú estás muy elegante. No deberías haber venido, es peligroso.

—Nadie sabe quién hay bajo la máscara y no quería dejarte sola en tu gran noche.

—¿Eres consciente de que trato de encontrar un marido noble?

—Lo sé, pero no pienso dejar que otro te toque. Te guste o no, eres mía.

Bajaron hasta la pista de baile, donde Alejandro la sostuvo para bailar con ella el primer baile. Lo había deseado desde que supo lo de la fiesta. Sus manos se posaron despacio en su cintura, dejando que la suave tela del corpiño acariciara sus ásperas palmas.

—¿Me concede el primer baile, señorita?

–Con mucho gusto –susurró.

La música comenzó y sus cuerpos empezaron a moverse al compás de la sonata. El vuelo de la falda rozaba las piernas de Alejandro cada vez que giraban. Su mano mantenía una fuerte lucha por permanecer quieta en un punto medio de la espalda en vez de recorrerla por completo, como deseaba. Se inclinó un poco hacia ella tan solo para sentir su aliento agitado por el baile en su rostro y cerró los ojos sumido en un profundo placer. En ese momento ella entreabrió los labios rosados y sus pupilas se dilataron.

Danzaron sin cesar. No hablaron, dejaron tan solo que los roces inocentes y sus ojos se dijeran todo lo que el otro necesitaba oír. El baile terminó y todos los asistentes aplaudieron. Carmen no quería alejarse del calor de ese hombre, pero las manos de María tiraron de ella con suavidad y la llevaron por todo el salón para presentarle a los posibles candidatos.

Carmen no quería, solo podía pensar en bailar de nuevo con él. Se había arriesgado tanto solo para verla que su corazón le gritaba que debía

significar algo. ¿Sentiría él por ella lo mismo que ella sentía por él?

Carmen saludó a todos los invitados y bailó con muchos otros. Cuando el sonido de los relojes de la casa avisó de que la media noche había llegado, se escapó al jardín para tomar un poco el fresco. Necesitaba alejarse del alboroto que había dentro. Caminó despacio por el camino de rosas. Podía entender por qué María estaba enamorada de esas tierras, de esa casa, de esa gente. La Andaluza tenía algo especial que te atrapaba sin que te dieras cuenta y para cuando lo advertías ya no querías liberarte.

Unas manos fuertes la arrastraron por un camino poco transitado. Quiso gritar, pero esas mismas manos se lo impedían.

—Soy yo, no grites o nos descubrirán.

Carmen reconoció la voz y calló. No iba a gritar. Alejandro liberó su boca, esa que deseaba atrapar de nuevo, pero con sus labios. A continuación se alejó con ella hacia un rincón apartado donde nadie pudiese verlos.

—Prudencia —dijo en la oscuridad.

–Montés, corres peligro. Deberías irte.

–Lo sé, pero no puedo mantenerme alejado de ti. Te deseo tanto, Prudencia.

–Eres un imprudente.

–Igual que tú –sonrió–. ¿Qué haces con un hombre como yo, un triste forajido que no tiene nada que ofrecer salvo a sí mismo?

–Sé que lo nuestro no puede ser, trato de convencerme a mí misma, me lo repito día y noche. Pero no puedo evitar que tu rostro, tu voz, tu recuerdo ocupen mi mente constantemente.

–¿Acaso me amas, Prudencia la imprudente?

–No lo sé, nunca antes he amado, pero podría ser... Dime, ¿esto es amor? ¿Este sentimiento que me llena el estómago de extrañas sensaciones? ¿Este calor que nace en mi pecho y corre por mis venas solo con una de tus miradas?

–Parece amor –sonrió complacido antes de besarla, como llevaba deseando hacer toda la noche desde que la había visto al pie de la escalera tan hermosa que dejaba sin aliento y

era capaz de robar la razón a cualquiera.

Antes de que ella pudiese protestar, se sentó colocándola a horcajadas sobre él. La pesada falda cayó entre ellos. Sus manos acariciaron su cuerpo con un ansía y una necesidad desconocidas para él hasta ahora. Solo pensaba en enterrarse en su interior tan profundamente como fuera posible y hacerla suya hasta que ella no pudiese pensar en la posibilidad de estar con ningún otro.

No tenía ni idea de cómo reaccionaría al saber quién era él en realidad, pero no le importaba. Solo quería disfrutar de ese momento a solas y alimentar a su miembro que se moría de hambre por ella, de ella.

—Montés... —suspiró cuando su boca se hizo con su cuello.

—¿Sí, mi querida sirena?

—Yo... en realidad no sé qué es lo que quiero decir.

—Di que solo serás mía.

—Solo seré tuya —confesó.

Sus manos acariciaron sus pechos por encima

del corsé y Carmen gimió presa de un placer que la iba a enloquecer. Cuando su boca se posó sobre la tierna piel y empezó a besar y mordisquear sus senos mientras sus manos se colaban por debajo de las pesadas faldas y acariciaban sus muslos, creyó que iba a morir. Nunca se había imaginado que aquello pudiera ser tan bueno.

Alejandro sintió que su pantalón iba a estallar. Esa mujer era suya, le pertenecía en cuerpo y alma y le llenaba de orgullo. No sabía cómo lo había logrado, pero allí estaba rendida a él, solo a él y era suya, su futura esposa. Sus manos acariciaron los muslos llenos y cuando llegó a su interior y descubrió cómo estaba de mojada, gruñó como un animal. Sus dedos acariciaron la tela de la ropa interior, mojada por su deseo, y rozó su vulva caliente y tierna.

Carmen jadeó y Alejandro gimió. ¡Estaba tan excitada! Sus dedos jugaron con su sexo acariciando los labios, suaves por los flujos, hasta detenerse en el centro de su placer. Carmen dio un pequeño grito y se inclinó hacia

atrás para permitirle un mejor acceso. Con el pulgar describió círculos que le dieron tal gozo que llegaron a marearla.

Estaba loca por ese hombre que la hacía sentir tanto con tan poco.

Alejandro siguió besándola a la vez que apretaba esa perla inflamada que ocultaba bajo la ropa. Sus caderas se movieron alocadas buscando aliviar el deseo que contenía entre las piernas. Cuando llegó al orgasmo y se dejó arrastrar de esa forma entre jadeos y gemidos que gritaban su nombre, creyó que iba a morir.

Ambos quedaron con la respiración entrecortada y se miraron a los ojos: los de ella velados, los del él dilatados por el deseo que esa mujer le despertaba.

—Tenemos que irnos, si no haré algo de lo que me arrepentiré.

—Montés, no me importa, tal vez si me entrego a ti mi padre no me obligue a contraer matrimonio.

—¿Serías capaz de arriesgarlo todo por mí?

—Sí, no me importaría vivir en el campamento

toda la vida si es a tu lado.

—Mañana recuerda estas palabras —dijo besándola de nuevo.

El beso despertó en ella el recuerdo de lo que acababa de sentir y en Alejandro el anhelo de hacerla suya, pero debía esperar. Ahora tenía otra cita a la que acudir.

Carmen lo observó marcharse y se colocó la ropa y el pelo en su sitio. No fue consciente de que unos ojos maliciosos la miraban sonriendo. El cabo de la guardia civil había encontrado una presa que deseaba para sí. Había visto el rostro de Montés y con suerte daría con Lola.

Estaba seguro de que su capitán, después de toda esa información, le ascendería. Con suerte obtendría el puesto de sargento, el de ese que jugaba un doble juego peligroso. ¿Quién iba a imaginar que ese pánfilo de Alejandro resultaba ser el famoso bandolero Montés?

Sonriendo siguió escudriñando en la oscuridad. Ahora iría a averiguar cuál era esa cita tan importante a la que Alejandro debía acudir.

Cuando Alejandro llegó al lugar acordado, don José, el párroco, ya estaba preparado. No habían querido generar mucho alboroto, así que los únicos testigos serían él mismo y el cura.

Lola estaba preciosa y Ángel no dejaba de mirarla con los ojos llenos de ilusión. Se lo merecía, era un buen hombre al que Carvajal había hecho mucho daño. Nunca pudo probarlo, pero estaba seguro de que el capitán se había encaprichado de su esposa y de que estaba involucrado en su muerte.

—Lo siento —se disculpó colocándose a un lado del novio.

—Comience, padre —dijo Ángel a don José, que procedió con la ceremonia.

Don José fue breve. Sabía que no tenía mucho tiempo para formalizar el acto. Una vez que los novios sellaron su compromiso con un beso en los labios, don José pidió a Alejandro que lo llevase hasta la iglesia.

Alejandro usó su carruaje. Irían más cómodos y reguardados del frío, que ya se hacía notar. Durante el camino el párroco le puso al día de

las cosas que habían ocurrido en el pueblo y le comentó que su futuro suegro, o el que ya lo era, se había pasado varias veces por el cuartel para hablar con Carvajal.

Alejandro sabía que el padre de su prometida estaba sufriendo, pero todavía no podía revelar que la había hallado. Lo último que deseaba era que Carvajal la amenazase a ella también. Llegaron a la iglesia y don José se despidió de su acompañante, quien decidió darse una vuelta por el pueblo, solitario y tranquilo a esas horas.

Mandó al cochero a casa. No tenía que esperarle, regresaría andando y tomando el aire. Necesitaba apagar el fuego que Carmen había encendido en él y que todavía crepitaba con fuerza. Distráido no vio cómo su compañero bajaba del caballo y avanzaba directo en busca del capitán.

El cabo Rogelio no esperó a que le dieran permiso para molestar a esas horas de la noche a su superior. Entró como un huracán y le contó a Carvajal todo lo que había presenciado y escuchado. Carvajal se relamió. Habían

averiguado la identidad de uno de los bandoleros. ¡Y era uno de los suyos! ¿Cómo no lo había visto antes? Porque Alejandro tenía sangre noble en sus venas y no tenía ningún motivo para mezclarse con esa gente sin escrúpulos, por eso no lo había visto venir. ¡Ni se lo había imaginado!

Bajó las escaleras con una asombrosa agilidad, teniendo en cuenta su envergadura. Seguido por su cabo, se dirigió con enfado hacia el preso.

—Dinos dónde está el campamento.

—¿Qué obtendré a cambio? —preguntó impasible Andrés.

—La libertad.

—Trato hecho.

Capítulo 24

Ángel no podía creer que fuera a ser suya por fin. Había preparado un lecho suave cerca del río, sin salir de los límites de La Andaluza. Mientras se encontrasen allí nadie osaría ponerle la mano encima. Aun así temía que Carvajal apareciera disfrazado en el baile y que tratara de llevársela a la fuerza.

Ahora tenía un esposo que cuidaría de ella. Si tuviera que perder la vida para protegerla, lo haría sin dudar. Carvajal no iba a volver a ponerle encima ni uno solo de sus dedos jamás.

Lola lo miraba nerviosa. Sabía que estaría aterrada al no saber cómo se comportaría él con ella, pero iba a calmarla con besos y suaves caricias que irían encendiéndola poco a poco hasta hacerla estallar en llamas.

—Lola, ven —la llamó.

Lola se acercó sin decir nada y se sentó al

lado del que ahora era su esposo sobre una manta colocada en el suelo. El río pasaba al lado y su sonido constante la relajó. El aire soplaba entre los árboles moviendo las hojas, que parecían danzar a su son.

—Lola, pararé cuando me lo pidas —le susurró cerca de la boca.

Ella estaba tan asustada que solo pudo asentir con la cabeza. El primer beso la pilló desprevenida y eso la hizo abrir los labios para gritar, pero no salió ningún sonido. La lengua de Ángel saboreaba su interior y rozaba su lengua, provocándola para que se atreviese a jugar su juego.

Con suavidad rozó la lengua de Ángel, que se retorció de placer en su boca y la acercó más a él sosteniendo su nuca con la mano. Cuando quiso darse cuenta, estaba sentada sobre la virilidad de su hombre contenida por el pantalón. El beso se hizo más intenso y las manos de Ángel acariciaron su espalda. Retiraron el mantón lentamente, acariciando los brazos desnudos. Su boca descendió hasta su cuello,

donde dejó besos tiernos y ardientes.

La respiración de Lola se agitó y su cuerpo se inclinó hacia atrás para facilitarle el acceso... ¡Se sentía tan bien! Esto era tan diferente a estar con su amo...

Sus manos se apoyaron sobre los hombros fuertes y apretó con sus uñas la curtida piel al sentir cómo la boca se perdía entre sus senos. Poco a poco sacó los pechos encerrados en la prisión de encaje y tomó con delicadeza un pezón sonrosado entre sus labios. Bebió de él, lo lamió, lo besó y lo rozó con los dientes cuando notó el botón inhiesto y duro por el placer.

Lola pensó que se iba a morir allí mismo. Nunca había experimentado una sensación tan intensa que la obligara a cerrar los ojos. La boca de su marido se paseaba de un pecho a otro, torturándola con esas deliciosas atenciones. Sus manos empezaron a bajar y dibujar su silueta, resbalando perezosas por cada curva.

Cuando se colaron por debajo de la tela de la falda, sintió el ardiente roce en sus piernas. Avanzaron desde el tobillo hasta detenerse

detrás de la rodilla, donde la acarició haciéndola gemir de gozo. Las manos continuaron el ascenso, a la vez que la boca le regalaba miles de besos, hasta que se detuvieron en el centro húmedo de su placer. Con dedos diestros empezó a acariciarla y apartando la tela húmeda de la ropa interior introdujo un dedo dentro de ella.

–Si quieres que pare –murmuró entre besos–, solo dilo.

–No, no quiero que pares, nunca –confesó con la voz velada por la pasión que la llenaba de una forma deliciosa que le era desconocida.

Sus dedos se movían por el cuerpo femenino arrancando suspiros profundos y movimientos de sus caderas que le decían que deseaba albergarlo en su interior.

–Voy a hacerte mía, ahora –musitó.

Lola asintió y Ángel la colocó sobre la manta. Levantó sus faldas y de una firme y a la vez suave investida la penetró hasta el fondo.

Ambos gimieron por el placer que estremecía sus cuerpos. Dentro de ella era justo donde tenía

que estar. Se acoplaron el uno al otro y empezaron a moverse al unísono. Ángel no podía detenerse y cada gemido de Lola lo excitaba más. Agarró sus manos por encima de su cabeza y aceleró la marcha, dejándose llevar.

Cuando percibió que ella se apretaba más contra él, cerraba los ojos y se dejaba ir la acompañó con el primer jadeo y, así, se dejaron mecer por las olas del deseo y la pasión que arrasaban sus cuerpos.

Ahora sí que era suya.

El día se despertó perezoso. Carmen pensó que seguramente se debía a las nubes que abrigaban al sol y no se acababa de despertar. Se acercó a la cristalera para ver el paisaje. Era un ritual que no entendía cómo había surgido.

Se llevó las manos al estómago. Todavía recordaba el placer que le había dado Montés. No era tan inocente como para no saber que eso no comprometía su virginidad... o más bien su forma física, porque virginal, virginal... no podía

ser después de haber tenido los dedos de Montés en un sitio tan íntimo.

El rubor cubrió su rostro de nuevo. ¿Qué podría hacer? Había dado vueltas al asunto durante toda la larga y pesada noche. Debía elegir un candidato adecuado y Montés no estaba entre ellos. ¿Un forajido? A su padre podría darle algo, aunque si todavía seguía vivo después de que ella se escapara y lo deshonrara de tal forma, tal vez sobreviviese a una hija casada con un bandido. Al fin y al cabo ella no era la heredera del título ni de las tierras ni de la responsabilidad...

¿Qué podía hacer? ¿Estaba tan asustada...! ¿Y si no podía volver a sentir lo que sentía estando con Montés? ¿Por qué tenía que ser un bandolero? ¿Por qué...? ¿Por qué...? Preguntas que comenzaban de igual forma y para las que no tenía respuesta.

Cerró los ojos, frustrada, y en su mente apareció el recuerdo de Montés ofreciéndole su brazo, confesándole que se había colado en la fiesta, a pesar del riesgo que corría, porque no

podía dejar de pensar en ella, su boca llamándola sirena...

Su corazón se puso a mil y sus muslos de nuevo destilaron pasión. ¿Podría renunciar a tener eso? Suponía que debería, aunque no le agradase la idea. Se lavó y se puso un vestido más sencillo de color verde intenso. Después se colocó un mantón a juego, pues hacía fresco o tal vez ella estaba demasiado... caliente.

Bajó las escaleras hasta la cocina y se sentó a hacer compañía a la cocinera, que de nuevo tenía las manos en la masa.

—Buenos días, señorita —la saludó risueña la mujer—. ¿Desea romper el ayuno?

—Sí, por favor. Querría un poco de leche y pan de ese recién horneado que huele tan bien y también un poco de queso y....

—Buenos días. Veo que te has levantado con hambre —saludó Lola resplandeciente.

—Sí, anoche apenas probé bocado.

—Pues te comías a tu acompañante con los ojos.

—Chiss —dijo sonriendo—. Da igual, de todas

formas lo nuestro no puede ser.

—¿Qué no puede ser? —las interrumpió la voz cansada de su anfitriona.

—No... —suspiró.

—Nada es imposible si se desea con fuerza —sonrió María pensando en su singular historia.

—No, nada lo es —confirmó Lola.

La cocinera les puso leche, pan recién cortado, queso y unos dulces de la pasada noche para las tres y se marchó de vuelta a sus labores.

—Esta noche será diferente. No podrán llevar antifaz.

—¿Por qué? —se quejó Carmen al saber que sin esa protección Montés no podría visitarla de nuevo.

—Es una medida de precaución —le informó María.

Álvaro y Alejandro no se fiaban de Carvajal y sus hombres. Alguno podría irrumpir en la fiesta amparado por la máscara y hacerle daño a alguna de ellas. Alejandro no deseaba seguir con el juego y un muchacho había llegado por la

mañana temprano para entregar una carta a Álvaro en la que lo ponía al día de todo, incluido el hecho de que probablemente Andrés los hubiera vendido.

El duque no deseaba que su mujer ni nadie salieran heridos, así que Alejandro se había marchado a informar a su futuro suegro de que había hallado a su hija sana y salva. Los esperaban para el baile de la noche.

Álvaro no deseaba perturbar a su mujer, que cada vez tenía más molestias porque el momento se acercaba.

El resto del día Carmen lo pasó triste. Sabía de antemano que su bandolero no se presentaría a la fiesta y eso le puso de mal humor. No le llamó la atención ninguno de los jóvenes que se acercaron y mostraron interés por ella, ni siquiera recordaba con claridad sus nombres: el duque de algo, el barón de no sé qué, el conde de más allá... Le habían parecido todos iguales.

Estaba cada vez más segura de que al final o bien se casaría con su decrépito prometido o se fugaría con su bandolero de ojos pardos y voz

profunda.

La hora del baile llegó. María, de nuevo, llegó cargada de hermosos vestidos. Eligió para ella uno de color azul profundo con bordados más claros que resaltaban sus ojos. Lo completó con un recogido que dejaba suelta parte de su melena larga y dorada.

María también le colocó muchas piedras pequeñas que brillaban al reflejar la luz mostrando todos los colores del arco iris. Lola se puso un vestido rojo intenso que destacaba su piel morena y su oscuro cabello. María eligió para ella una rosa roja que entrelazó a un lado de su hermosa cabellera. ¡Estaba preciosa!

—Anoche contraje matrimonio —soltó sin más.

Carmen se quedó en silencio. No sabía qué decir, sin embargo su anfitriona se abalanzó hacia ella con su enorme barriga y la abrazó para darle la enhorabuena. Ambas mujeres sonreían de pura felicidad.

La puerta sonó y al abrir se encontraron con el duque engalanado para la ocasión. Era un hombre realmente atractivo. Carmen no podía

dejar de mirarlo y Lola le dio un codazo poco disimulado entre risitas.

Las jóvenes bajaron al salón principal donde la música ya llenaba el ambiente. El servicio se paseaba con bandejas llenas de porciones de comida del tamaño justo para llevárselas a la boca y tragarlas de un bocado.

Carmen estaba tan nerviosa que no podía pensar en meterse nada en el cuerpo. Se imaginó haciéndolo y le vino a la mente la imagen del miriñaque explotando y dejando a la vista de todos sus cremosos pechos.

Fue saludando a todos los que se acercaban a ella, cuando se dio de bruces con su padre y su madre. La miraban entre aliviados y enfadados. Su hermano, por el contrario, no estaba.

—Padre, madre... ¿Qué hacen aquí?

—Creo, jovencita, que la pregunta que formulas no es la correcta.

—Yo... lo siento. No esperaba encontrarlos aquí.

—¿Qué pretendías? Hemos removido cielo y tierra para encontrarte. A tu prometido casi le

cuesta la vida... Menos mal que al final te ha encontrado.

—¿Mi prometido? ¿Me ha... encontrado? — Carmen tenía unas intensas ganas de llorar y de no haber sido educada para no hacerlo en público las lágrimas hubieran desbordado sus hermosos ojos.

—Sí, gracias al cielo. Ven, ya es hora de que lo conozcas. Más tarde, cuando nadie pueda escucharnos, hablaremos del castigo que te mereces, jovencita. Nos has decepcionado —continuó su padre refunfuñando—. A tu madre casi le da un ataque al corazón. He tenido que soportar a ese capitán sin educación día sí y día también... —seguía con su regañina.

Carmen no podía pensar. Trataba de concentrarse en no llorar. Llegaba su fin. Iba a conocer a ese viejo verrugoso que sería su esposo y sentía un nudo en la garganta que cada vez la apretaba con más fuerza.

No podía, no, no era capaz. Tenía que confesarle a su padre que amaba a otro. Todo a su alrededor daba vueltas como si girase sin

control. Le fallaban las piernas y el corsé le impedía respirar con normalidad. Iba a desfallecer.... Su padre hablaba, lo sabía porque lo veía mover sus labios, y su madre asentía con la cabeza constantemente para dejar claro que apoyaba las palabras de su padre. Entonces vio a su hermano. Estaba hablando con otro hombre al que ella no podía ver y al verla le sonrió. Carmen sintió un escalofrío.

La mano de su padre, que la estaba agarrando, apretó más para tirar de ella. ¿Había dejado de andar? Eso parecía, pero no podía estar segura de nada, de nada... salvo...

—Aquí está mi hija, su prometida —la presentó su padre llamando la atención de un hombre que estaba girado de espaldas.

—Lo siento —dijo entre lloros y casi gritando—. Amo a otro. Me he enamorado de...

—¿De..?

—De ti —confesó atónita.

—Me alegra escucharlo, Carmen.

Su padre iba a decir algo, pero de repente calló y los dejó a solas murmurando algo como

«No entiendo a la juventud de hoy en día. ¿Cuándo se habrán conocido?».

—¿Pero qué demonios...? —blasfemó.

Frente a ella estaba Montés vestido de gala. Iba vestido de guardia civil. ¿Era un sueño? Ya lo sabía: se había quedado sin aire, había pasado a mejor vida y estaba imaginando todo aquello, porque no podía ser real.

—Cuida esa lengua, querida.

—¿Qué demonios...?

—Eso ya lo has dicho.

—¿He muerto?

—Bueno, anoche casi, pero lo mejor, mi futura esposa —murmuró acercándola a él para bailar con ella—, está por llegar.

—Montés...

—Eso solo en la intimidad. Ahora soy Alejandro, Alejandro Pérez, barón de Zahara, para servirla siempre, mi adorada y encantadora prometida.

—¿Pero...? ¿Entonces...? ¿Lo has sabido todo el tiempo?

—Al principio me engañaste. Creí volverme

loco, pensé que de repente mis apetitos sexuales habían cambiado. Luego lo supe y decidí darte una lección.

—Supongo que me la merezco.

—No te preocupes, con esa lección hemos disfrutado los dos —murmuró dándole un beso suave en el cuello, junto al oído, que la hizo estremecer. No podía creer que fuera él.

Una gran felicidad la embargó y sintió que las lágrimas humedecían su rostro. No dejó de girar perdida en esos ojos color miel con motas doradas.

Lola estaba extasiada, María le había contado todo y se alegraba por su amiga Carmen. Ángel había ido a ver los caballos, que estaban formando mucho alboroto, y tardaba bastante, así que salió al jardín por si lo veía regresar. Antes de poder darse cuenta de qué pasaba, se encontró con la cara bajo una gruesa tela que le impedía ver y llevada a hombros por alguien que no era su esposo.

Trató de gritar, pero el miedo al adivinar de quién se trataba o, más acertado, de saber para

quién trabajaba, la dejó sumida en el pánico. Apenas fue consciente de nada, ni siquiera de cuando la bajaron del caballo y la colocaron cerca de alguna fuente de calor con las manos atadas a la espalda y los pies amarrados a la altura de los tobillos.

Carvajal la había encontrado y ahora sabría dónde estaba.

Ángel entró en la fiesta alterado. No encontraba a Lola por ningún lado. María y Carmen se quedaron en la fiesta tratando de aparentar que no ocurría nada, mientras el Caballero, Montés y Ángel salían a investigar lo sucedido.

En cuanto abandonaron la casa empezaron a rastrear todas las posibles pistas, hasta que Montés divisó en el jardín la rosa roja que Lola llevaba en el pelo como adorno. Estaba claro, se la habían llevado. ¿Pero a dónde?

—Andrés nos ha delatado, le dijo dónde encontrarla. ¿Creéis que también le ha dicho lo

demás?

—Vamos a comprobarlo ahora mismo.

Los tres cabalgaron a marchas forzadas. Ángel se quedó sin resuello, al igual que su montura. Descabalgaron y dejaron los animales en un lugar seguro, lejos del asentamiento. El silencio y la falta de vigilancia les gritaban que algo había sucedido.

Ángel no podía dejar de imaginarse todo lo que ese animal habría podido hacerle a su mujer, porque era suya. Se la había ganado con amor, no a la fuerza, como todo lo que tomaba ese malnacido y si le había tocado un solo pelo... lo mataría con sus manos desnudas. No necesitaba más.

Los tres se camuflaron en el entorno que tan bien conocían y que por tanto tiempo les había brindado refugio. Alcanzaron a ver que Lola estaba allí maniatada, aunque aparentemente se encontraba bien. El cabo Rogelio y el capitán Carvajal mantenían a todos quietos a punta de pistola.

Ángel apretó los puños. Igual que sus

compañeros, sabía que no era el momento, pero hubo de emplear toda su fuerza en mantenerse ahí anclado en vez de salir corriendo como un loco a matar a ese cerdo hijo de perra.

—¿Crees que va a venir a por ti? Estás muy equivocada, para cuando se dé cuenta ya estaremos lejos.

—Nunca me tendrás.

—¡Oh! ¿Eso crees? ¿Estás oyendo, Rogelio? ¡Qué desconsiderada!

—Sí, todas las zorras lo son —rió entre dientes su compinche.

—Voy a hacerte mía de todas las maneras que me plazca.

—Quizás uses mi cuerpo, pero, nunca, jamás voy a ser tuya.

—Lola, Lola, Lola... Mi dulce Lola, ¿quién me lo va a impedir? ¿Estos cuatro mequetrefes que ha dejado aquí el Caballero para cuidar este...? Ni siquiera sé cómo llamar a este sitio. ¿O tal vez esas tres tristes rameras? No lo creo. Para cuando lleguen, no va a quedar nada de ti. Voy a consumir tu alma y tu espíritu y al final, quizás te

conceda una muerte rápida, como a Luisa. ¿No te ha hablado de ella? —río por lo bajo.

Ángel se tensó. No iba a esperar más. Estaba confesando que había sido él y de nuevo iba a arrebatarse lo que más amaba.

—Veo que no lo ha hecho. Luisa fue su primera mujer, una zorra muy atractiva, como tú. Ese hombre que vale menos que nada tiene suerte con las perras. Vi a Luisa una mañana —comenzó a contar perdido en sus recuerdos—. Iba al horno a comprar pan. Sonreía a todo el mundo, era amable, dulce como el azúcar con todos menos conmigo y decidí cambiar eso. Lástima que la zorra no aguantó tanta... pasión —estalló a carcajadas acompañado por el cabo.

Ángel salió de su escondrijo y sus amigos lo escoltaron. Se abrió paso como una bestia feroz y atacó a Carvajal, que no esperaba tal empujón. Lo lanzó contra el suelo, donde rodó como la bola de sebo que era.

Antes de que Rogelio pudiese disparar, Álvaro tenía colocado el puñal en su garganta.

—Tira el arma —le ordenó—. ¡Tira el arma! —

rugió esta vez.

Rogelio dejó caer el arma al suelo y puso las manos en alto. Ya no se reía.

—Sabía que habías sido tú... ¡Siempre lo supe!
—gritó lleno de rabia y dolor—. ¿Te ha tocado? —preguntó a Lola sin mirarla.

—No, no, tranquilo.

—No vas a volver a mirarla nunca más.

—¿Qué vas a hacer? ¿Matar a un capitán de la Guardia Civil? Sé quiénes sois todos: el duque del Valle, el barón de Zahara... ¡Todos! Estáis acabados.

—No, eres tú quien lo está. Hemos mandado a nuestro rey el libro en el que tienes constancia de todos los delitos que has cometido.

—¿Qué...? —empezó a preguntar—. Esa zorra...

—Esa zorra es tu esposa, esa a la que nunca has respetado —dijo Alejandro.

—Sabía que era muy extraño que no dieras con ellos. No podías ser tan inepto. No me equivocaba, al final tenía razón. Eres uno de ellos, pero cuídate, muchacho, sabemos qué es

lo que más quieres y podemos hacerle mucho daño... Quizás la reviente como hice hace algunas noches con esa prostituta... Se quejaba, pero sé que en el fondo le gustaba, siempre le gusta.

Álvaro miró hacia las jóvenes que estaban en un rincón. Cegado por su ego ni siquiera había reconocido a la chica que casi mata.

—No vas a amenazarnos ni a mí ni a ella. Estás acabado, *mi capitán*.

—¡Qué pena que ya no esté tu hermano! Lo pasábamos tan bien juntos... —rió.

—No menciones a mi hermano... —repuso Álvaro entre dientes.

—¿O qué? —le dijo amenazándolo de repente con un arma que ninguno sabía que llevaba.

—O acabaré contigo.

—¿Sin armas?

—No las necesito.

—Sí, él habría disfrutado mirando como hacía polvo a esa ramera. Sintió tal grado de dolor que se desmayó...

Un ruido sordo los sorprendió a todos.

Miraron en todas direcciones sin saber quién había disparado a quién, hasta que Carvajal cayó al suelo cubriéndose el estómago con la mano. Por él salía un flujo continuo de sangre rojiza.

Una mujer, la prostituta a la que casi quita la vida, sostenía uno de los trabucos de los hombres y lo mantenía encañonado con la mirada ida, perdida en el dolor y en el odio.

Alejandro se acercó a ella para tratar de calmarla.

–Está bien, todo ha acabado... –murmuró.

–Yo... yo... lo siento –lloró.

–No pasa nada, todo está bien.

–¿Es que no pensáis ayudarlo? –rugió Rogelio escapando de Álvaro y enfrentándose a él con una navaja.

–No querrás que esto acabe así, ¿verdad? –le advirtió el Caballero.

–¿Qué más me queda?

–La cárcel.

–Diré la verdad.

–¿A quién van a creer? –dijo Alejandro tratando de disuadirlo.

Rogelio pareció sopesar las consecuencias y algo estalló en su cabeza que le hizo reaccionar. Ante la mirada de todos, se rebanó el pescuezo y se dobló sobre sí mismo como un muñeco sin vida; lo que era.

Alejandro y Álvaro corrieron para socorrerlo, pero no había nada que hacer. Ángel se acercó a su Lola y la desató con lágrimas en los ojos por el alivio de saberla al fin libre de Carvajal

—¿Qué vamos a hacer con este desaguisado?

—Está bien, dejadme pensar. Rogelio será el bandolero que buscamos. Había raptado a Lola y Carvajal lo había encontrado. Al venir sin apoyo el bandido lo redujo y cuando llegamos nosotros y tratamos de detenerlo, se quitó la vida, algo que es verdad. Tenemos el diario que demuestra que era un criminal y que abusaba de su poder. No creo que nadie se moleste en reclamar justicia, ni siquiera su esposa.

—Está bien. Tendremos que tener clara la coartada.

—Dejadme eso a mí —dijo Alejandro—. Y ahora regresad a la fiesta.

–¿Quieres que le diga algo a tu prometida?

–Sí, dile que el castigo implica que esté vestida de hombre –dijo, y guiñó con picardía un ojo a su amigo.

Ángel, Lola y Álvaro regresaron a la fiesta. El duque les pidió que se fueran a la habitación que su esposa les había asignado. Necesitaban descansar y hablar.

Álvaro entró en la fiesta y buscó con la mirada a su mujer. Estaba hablando con Carmen. Parecían preocupadas y al acercarse apreció la mirada de alivio de María y la confusa y asustada de Carmen.

–Todo está bien, Carmen, no te preocupes. Más tarde os pondré al día.

–De acuerdo... –dijo más tranquila.

–Me ha dado un recado para ti.

–¿Un mensaje?

–Sí. Me ha pedido que te diga que el castigo implica que te vistas de hombre –sonrió.

Carmen le devolvió la sonrisa y su corazón latió desbocado solo de imaginar qué placeres le tenía preparados su futuro esposo. Había

hablado con sus padres y, después de la regañina interminable, se rieron de la imagen que se había hecho de su prometido.

Se relajó y pensó en las ganas que tenía de que llegase el día de su boda. Estaba deseando perderse en los brazos de su misterioso bandolero.

—¿Alguna partera en la sala? —gritó Álvaro.

Al parecer la noche todavía tenía guardadas más sorpresas. De nuevo iba a aumentar la familia.

Epílogo

La boda había resultado tan especial como esperaba. El llanto de los gemelos de los duques del Valle había arrancado sonrisas a todos, incluidos los novios.

Ahora Carmen, vestida de hombre, esperaba impaciente en la cama a que su esposo llegara y acabara lo que tan deliciosamente había empezado noches atrás, sometiéndola a una tortura continua que nunca parecía dejarla satisfecha del todo.

–Veo, querida esposa –ronroneó al entrar en la habitación–, que te has puesto muy sensual. Me gusta verte así.

–¿Te gusta? Creí que te molestaba sentir ese deseo por un... jovenzuelo.

–Creí que iba a volverme loco... pero ahora entiendo por qué: eras mía desde antes de conocernos.

–Sí, solo tuya –confesó ella.

La boca de su marido se hizo con la suya arrancando jadeos que esta vez no serían interrumpidos hasta que juntos alcanzaran el clímax y quedaran saciados el uno del otro, pero... ¿ocurriría eso alguna vez?

Cuando Alejandro estuvo dentro de ella, supo que no, que nunca se saciaría de ese regalo que había llegado en la oscuridad de la noche.

Agradecimientos

En primer lugar a mi editora, Elisa Mesa, por confiar en mí y en mis historias, esas en las que siempre dejo un trozo de mi alma.

A mis compañeras y amigas Paola C. Álvarez, Dama Beltrán, García de Saura, Ailin Skye (Naitora), Judith Romero, Noa Xireau y Marissa Cazpri, por estar siempre disponibles al otro lado del teléfono.

A mis amigas Yasnaia Altube Lira, Miriam Buñuel, Eugenia Dorado y Almudena González, por tantas risas compartidas y por disfrutar de mis historias.

A mi querida Beatriz Cortijo, por estar siempre dispuesta a echar una mano.

Y por último, pero no por ello menos importantes, a todos los que dais una oportunidad a las páginas que encierran mis historias.

Gracias a todos, porque sin vosotros todo esto no sería posible.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

HQN™

JULIA
Autora best seller de The New York Times
LONDON

PLACER
PROHIBIDO

www.harpercollinsiberica.com